

Kelly Dreams

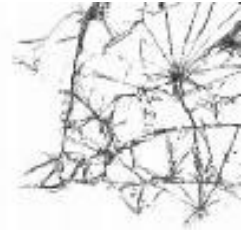


DULCE,
Perversion

Serie completa
Hermanos Falcon



Kelly Dreams



DULCE,
Perversion

Serie completa
Hermanos Falcon



Dulce Perversión

Serie completa
Hermanos Falcon

Kelly Dreams

COPYRIGHT

DULCE PERVERSIÓN

© Edición 2020

© Kelly Dreams

Imagen de Portada: © www.adobestok.com

Diseño Portada y maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización por escrito del propietario y titular del copyright.

Amis lectoras.

Gracias por acompañarme en cada viaje.

SINOPSIS

Cuatro historias, cuatro hermanos, cuatro formas de entender el placer.

SOLO UNA NOCHE

En la más oscura de las noches se esconde el pecado, pequeñas y ardientes fantasías dispuestas a cobrar vida. Un aviso de la central de policía hace que el detective de homicidios Reaver Falcon se presente en el club *Triple Trouble* para poner orden en una riña, un inesperado encuentro que lo llevará de vuelta al pasado y a la única mujer con la que ha vivido obsesionado.
¿Bastará una sola noche para quitársela de la cabeza?

TODO O NADA

Wolf Falcon solo tiene una misión en mente esa noche, emborracharse hasta acabar en coma; ese sería sin duda el colofón perfecto a una desastrosa semana. Pero cuando una tímida y deliciosa desconocida traspasa las puertas del *Triple Trouble* se da cuenta de que la borrachera puede esperar... la desea y está dispuesto a todo para tenerla. La pregunta es, ¿le dará ella todo lo que quiere o se quedará sin nada?

SERÁS MÍO

Gabriel Falcon supo que esa mujer le traería problemas nada más verla traspasar la puerta de su local. La conocía desde que era una niña, siempre había estado ahí para él, especialmente cuando su mundo se vino abajo. Pero aquello era el pasado y Kitty ya no era la mocosa que recordaba, era una mujer dispuesta a recuperar lo que creía suyo.

CONQUISTADA

Jeremy Falcon tenía una cosa clara en la vida, no quería comprometerse. La soltería le gustaba demasiado, disfrutaba de su trabajo, de sus esporádicas compañeras de cama y estaba dispuesto a que siguiese siendo así. Pero entonces, la dulce y tímida Lizzie se cruzó en su camino y, lo que prometía ser solo una conquista más, se convirtió en algo más peligroso.

ÍNDICE

COPYRIGHT

DEDICATORIA

SINOPSIS

SOLO UNA NOCHE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

TODO O NADA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

SERÁS MÍO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CONQUISTADA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

SOLO UNA NOCHE

Kelly Dreams

CAPÍTULO 1

El detective de homicidios Reaver Falcon empezaba a pensar que el que lo hubiesen arrancado de la reunión de antiguos alumnos de la academia de policía no era tan malo como había pensado al principio. No solo lo habrían librado del tedio de la celebración al que lo había arrastrado su primo, sino que ahora estaba ante una suave y deliciosa gatita, que, según los testigos, era la parte principal de la reyerta que se había gestado.

Ella contrastaba estrepitosamente con el ambiente en el que la había encontrado. Su aspecto recatado y conservador nada tenía que ver con los corsés, faldas y vestidos de látex que formaban el código de vestimenta del exclusivo club en el que habían incursionado. La llamada del dueño informando de un altercado, protagonizado por uno de los gilipollas de turno, lo había llevado hasta allí.

El que dicho dueño fuese además su hermano, tenía mucho que ver.

Gabriel era la oveja negra de la familia, el capullito de alení que le había dado la espalda a la tradición familiar y había dejado la rama de las fuerzas de seguridad para dedicarse a la construcción. Su hermano mayor era un contratista endemoniadamente bueno y el *Triple Trouble*, no era más que uno de sus «caprichos», uno del que él mismo había disfrutado de vez en cuando.

Y, definitivamente, ella no encajaba en ese ambiente.

Nerviosa y desconfiada, sus ojos reflejaban claramente que no confiaba en uno solo de los presentes. Eso la convertía en una mujer inteligente. La recorrió con la mirada y observó la manera en que se tensó, la forma en que vacilaba cambiando su peso de un pie a otro. Estaba incómoda, en cierto modo parecía fuera de lugar y, al mismo tiempo, demasiado segura para encontrarse en un club como aquel. Pero eran las breves miradas que le lanzaba lo que despertaron por completo su curiosidad; había algo que la delataba en cierta forma. Escondía algo, pero ¿qué?

Entrecerró los ojos y la contempló con mayor detenimiento, había algo que despertaba su curiosidad, tenía la extraña sensación de haberla visto antes, pero era poco probable. Su aspecto no era el del tipo de mujeres con las que solía salir.

—¿Cuál es su relación con el agredido?

Y aquello era otra de las cosas interesantes de aquel caso; ella había sido la agresora.

Sus mejillas se tiñeron de un bonito tono rojo, levantó ligeramente la nariz y bufó.

—No es asunto suyo, detective.

Enarcó una ceja ante el tono de animosidad presente en su voz y el peligroso brillo en sus ojos. Oh, la gatita podía vestir como una jodida maestra de escuela católica, pero esa mirada y esa seguridad no lo eran.

—Oh, me temo que sí lo es, señorita...

Su mirada se volvió más intensa cuando dejó que su nombre emergiese de entre unos apetitosos

labios pintados de carmín.

—Abby —respondió sin apartar la mirada de la suya—. Y no me une ninguna relación con esta escoria, a excepción de un contrato con mi cliente.

—¿Contrato?

Y esa era sin duda una respuesta que no esperaba escuchar.

—Su *esposa* me contrató para encontrarlo y obligarle a presentarse al juicio... y también quiere recuperar la pasta con la que se largó.

—¡Está loca! ¡No sé de qué mierda está hablando! —gruñó el agredido cubriéndose la nariz con un pañuelo ya ensangrentado—. ¡Esa zorra está loca! ¡Me ha roto la nariz!

Los ojos claros se cerraron sobre el hombre, su rostro adquirió un gesto serio y duro.

—Te la rompiste tú solito por gilipollas.

—¡Eso es falso!

Enarcó una ceja.

—Sí, claro y yo me chupo el dedo —resopló—. ¿Quieres que te refresque la memoria, *cariñito*?

El chillido que emitió cuando el tacón de la mujer entró en contacto con sus partes íntimas sobresaltó a todos los presentes.

—Ey, ey, ey... —Tiró de ella hacia atrás, notando en el proceso las curvas de sus senos.

—Arréstela y métala en una celda, agente. ¡Está loca! —chilló el hombre—. ¿Ha visto lo que me ha hecho?

—No eres más que otro pedazo de mierda...

El vocabulario de la muñequita contrastaba una vez más con su cándido aspecto.

—¡Presentaré cargos! —insistió él. Vestido con pantalón y chaleco de látex, no inspiraba precisamente seriedad—. ¡Esa zorra me ha atacado y me ha roto la nariz!

—Adelante, pero lo harás después de presentarte como un buen maridito capullo en el juicio —aseguró totalmente tranquila—. Imagino que a Ruby le encantará saber además dónde te he encontrado.

La sola mención de ese nombre hizo palidecer al agredido, quién empezó a mirar de un lado a otro como si esperase que esa mujer saliese de algún lado.

—No sé de qué estás hablando...

—Pues para no saberlo, pareces bastante preocupado, chico —comentó Gabriel, quién se había mantenido en silencio hasta ese momento. Su hermano parecía disfrutar del espectáculo casi tanto como el resto de los presentes.

—Has hablado de un contrato... y, a juzgar por tus palabras, asumiré que le conoces... —optó por tutear a la mujer a la que todavía sujetaba.

Ella lo fulminó con la mirada y después descendió hasta el punto en el que la tocaba dejándole claro que quería que la soltase.

—¿Le importaría soltarme, detective?

Enarcó una ceja ante la manera en la que casi escupe su cargo.

—Entonces, ¿quién es esa tal Ruby? —Se interesó Gabriel, el cual parecía realmente divertido por el intercambio que parecía estar sucediendo entre los dos.

—La esposa de este mierdecilla.

El aludido entrecerró los ojos y la miró con renovado odio.

—¿Y quién coño eres tú?

Sus labios se curvaron ligeramente, se enderezó la chaqueta y se inclinó ligeramente hacia

delante.

—Abigail Nuales, la caza recompensas que ha contratado tu mujer, la cual da la casualidad que es mi prima, hijo de puta.

Reaver no estaba seguro de quién palideció más ante la declaración de la chica, si el agredido, su hermano Gabriel o él mismo.

—¿Has dicho Nuales? —se atragantó.

—¿Qué la zorra de Ruby ha contratado una caza recompensas? —bramó el agredido—. Espera... tú... tú eres la chalada de su familia, la que va por ahí pegando tiros...

—No me jodas... —Gabe lo miró con los ojos como platos—. ¿Abigail Nuales? ¿Esa Abigail Nuales?

—¿Caza recompensas?

La aludida fulminó a su hermano con la mirada y se giró hacia él con la misma cara de pocos amigos.

—Ahora, ¿podría dejarme hacer mi trabajo, detective Falcon?

Todo lo que pudo decir al respecto fue un gran y rotundo.

—Mierda.

La mujer que estaba ante él no era otra que la chica con la que había pasado uno de los fines de semana más eróticos de su vida. Uno que había terminado cinco años atrás, con él mismo y una mujer llamada Abigail Nuales, delante de un juez de paz vestido de Elvis, en la pecaminosa ciudad de Las Vegas.

Una mujer a la que no había vuelto a ver hasta ahora.

CAPÍTULO 2

Si alguien le hubiese dicho a Abby que esa noche iba a encontrarse con el diablo, se habría reído en su cara y luego le había disparado. Menos mal que nadie lo hizo, o, ahora mismo, tendría que disculparse por el tiro.

De todas las alimañas que había perseguido a lo largo de los últimos tres años, la última de ellas, un marido infiel al que le gustaba demasiado el juego y el sexo alternativo y que se había largado sin pagar lo que debía a su mujer, había tenido que ser el que la condujese a este estúpido club y al policía con el que había protagonizado un episodio ya olvidado de su vida.

¿Olvidado? ¿De verdad? ¿Has podido olvidar ese pecaminoso fin de semana?

Él ni siquiera la había reconocido, la había mirado con abierta curiosidad y apreciación sensual, pero no había tenido idea de quién era ella hasta que escuchó su nombre. Qué conveniente.

Ruby había acudido a ella un mar de lágrimas, solo para pedirle que le hiciese una rebaja en el precio cuando la contrató para que buscase al cabrón de su marido; la joyita se había largado con el dinero de la venta de no sabía qué coche a Las Vegas, después de que su mujer hubiese pagado la fianza. No dejaba de ser irónico que recurriesen a ella, especialmente cuando gran parte de su familia no quería ni siquiera escuchar su nombre; una mujer caza recompensas, ¿dónde se había visto algo así?

Lo gracioso es que ese giro de su vida había venido precisamente tras su primera visita a esa ciudad cinco años atrás, una que la trajo para celebrar la despedida de soltera de su hermana pequeña y que la condujo a perderse el final de la velada y terminar follando toda la noche con un completo desconocido —la mejor noche de su vida—, solo para descubrirse casada al día siguiente y sin rastro de su supuesto marido.

Afortunadamente, las bodas exprés de las Vegas solo tenían validez si se validaban en un juzgado, cosa que ninguno de los dos cónyuges había hecho.

Y, por cierto, dicho cónyuge estaba ahora mismo delante de ella, con la sorpresa e incredulidad escrita en el rostro.

Sin interés por alargar más esa velada y deseando volver a la habitación de su hotel, dónde pudiese coger una buena borrachera y finalmente, dormir la mona antes de tomar el vuelo de vuelta a casa al día siguiente, sacó su identificación del bolsillo y se la plantó delante de las narices.

—Soy caza recompensas y trabajo para la Asociación Nacional de Agentes para el Cumplimiento de Fianzas y este hombre se ha escaqueado antes de presentarse a juicio —declaró mirando a la sabandija—. Estaré encantada de entregarlo a su custodia, detective, cuando me devuelva los diez mil dólares con los que se largó.

La cara del detective era un verdadero poema, su mirada iba de su presa a ella como si no pudiese entender lo que le estaba diciendo. No es que lo culpase, la cosa se le había ido un

poquitín de las manos cuando el muy gilipollas la había confundido con una de las mujeres del club. Había estado tan empeñado en que hiciese una escena con él, que no le había quedado otro remedio que reducirlo y romperle la nariz; en su defensa tenía que decir que el cabrón se había atrevido a apretujarle una teta.

—Caza recompensas.

Ladeó la cabeza y se cruzó de brazos.

—¿Es tan difícil de entender el término?

—Estás en mi jurisdicción, guapa y, en lo personal, no me gustan los caza recompensas... de ningún tipo.

Descruzó los brazos y alzó las manos.

—No te preocupes, *cowboy*, estoy dispuesta a salir corriendo de tu territorio tan pronto ese hijo de puta devuelva lo robado y sea llevado ante el juzgado para presentarse a juicio. Lo cual, estoy segura, puedo dejar en tus capaces manos.

Um. Al poli no le gustaba ni un pelo que le llevasen la contraria, o, quizá lo que no le gustaba era que fuese una mujer el que le diese la réplica.

—Tengo que recordarte que nos han llamado por una agresión y el único herido que veo aquí, es... él.

Se llevó las manos a las caderas y resopló.

—Eso no es una agresión, es... un accidente.

Él enarcó una ceja.

—No aceptó un no por respuesta, me tocó una teta ergo le casqué los huevos —se encogió de hombros—. Si él ha sido tan gilipollas como para romperse la nariz contra la mesa, ¿qué culpa tengo yo?

—*Err...* ella tiene razón...

El hombre que había estado detrás de la barra del bar y había llamado a la policía, la señaló con un gesto de la mano.

—Se oyó claramente su negativa.

—¿Y por qué no hiciste nada?

La ofensa vibró en su piel.

—No me dio tiempo, para cuando salí de detrás del bar, ella le había pegado ya un rodillazo en las pelotas y él sangraba como un cerdo al golpearse en el proceso.

—¡Esa puta me ha roto la nariz!

—¡Cállate!

La respuesta surgió al mismo tiempo de la boca de ambos haciendo que el tercero se echase a reír.

—Entonces, ¿sacas la basura a la calle?

—¡Pienso presentar cargos!

—Estupendo —aseguró el detective girándose hacia él—. Podrás hacerlo en comisaría, dónde estarás en custodia hasta el juicio y, después de que ella llame a tu mujer y le diga que te ha pillado en un club erótico y tocándole las tetas a la caza recompensas que ha contratado.

La risita del barman se convirtió en una carcajada.

Abby, por otro lado, optó por acucillarse y tenderle la mano.

—El dinero, por favor.

Él escupió al suelo, fallando por poco sus piernas.

—¡Que os jodan a ti y a esa zorra!

Chasqueó la lengua, se levantó y antes de que pudiese hacer algo más, había presionado el tacón de sus zapatos contra los huevos haciéndolo cantar como un soprano.

—¡Putá! ¡Oh, joder!

—El dinero...

—¡No lo tengo! —chilló como un cerdo—. ¡Me lo he gastado!

—Joder... —se encogió también el barman.

—¿Todo? —Insistió apretando su tacón.

—¡En mi bolsillo! ¡En el jodido bolsillo! ¡Es todo lo que queda, lo juro!

Se inclinó para bucear en su bolsillo, sacó un rollo de billetes, lo metió entre sus pechos y le lanzó un beso antes de apretar un poco más arrancándole un alarido que hizo que los hombres presentes se encogiesen.

—Gracias —declaró—. Que lo pases bien en el juicio.

—¡Serás zorra! —lloriqueaba retorciéndose en el suelo—. ¡Putá! ¡Mis huevos! ¡Me ha roto los huevos!

Le dio la espalda y miró al policía, el cual tenía cara de pocos amigos.

—Todo suyo, detective.

Sin más, les dio la espalda a todos y salió tan dignamente como había entrado.

CAPÍTULO 3

Reaver se había quedado sin palabras, todo lo que podía hacer era mirar a la peligrosa mujer que se alejaba atravesando el espontáneo pasillo formado por la gente que esa noche estaba en el club. Nadie parecía dispuesto a darle el alto después de lo que habían visto, en especial los hombres.

—Joder, menuda mujer —ronroneó su hermano—. Dime que vas a ir tras ella.

—Bueno... —Habló entonces el policía que le había acompañado y que se mantuvo en silencio hasta el momento. Él, al igual que los demás, había palidecido ante tal despliegue femenino—. Parece que alguien va a tener que hacer una visita al hospital, antes de salir de viaje hacia un juicio.

Su mirada se encontró con la de su compañero, quién enarcó una ceja un poco sorprendido. Entonces bajó sobre el despojo del suelo.

—Llévatelo —señaló al perdedor con un gesto de la barbilla—, y asegúrate de no perderlo por el camino...

El aludido puso los ojos en blanco.

—Como si fuese sencillo perder algo como esto... —declaró con un resoplido. Levantó al hombre casi en vilo y lo obligó a caminar—. Vamos, te dejarán esa nariz preciosa para que puedas lucirla en el juicio.

Sacudió la cabeza ante la ironía presente en las palabras de su compañero y se giró hacia su hermano, quién lo miraba con intensidad.

—¿Qué?

Gabriel indicó la salida con un gesto de la barbilla.

—¿Y bien? ¿A qué esperas?

Enarcó una ceja sin comprender.

—Reaver, no has dejado de hablar de esa maldita muñeca desde que la perdiste de vista ese fin de semana —le recordó con sorna—, y mira por dónde ha vuelto a la ciudad del pecado. ¿De verdad tengo que decirte lo que debes hacer?

Ella había sido como una espinita clavada, como una obsesión juvenil que lo había desesperado y cabreado a partes iguales durante mucho tiempo. Y ahora, ese sueño de una noche, había vuelto con más fuerza que nunca y maldito fuera, pero esa actitud irreverente y mandona lo había puesto duro al momento.

—De acuerdo, pues quédate aquí vigilando el frente que me presentaré yo mismo a tan caliente gatita.

Antes de que pudiese saber que estaba haciendo, había extendido el brazo para detener sus avances.

—Ella es mía.

Su hermano dejó escapar una risita.

—Jim —llamó a su compañero, quien todavía no había abandonado por completo la sala—, no

me esperes despierto.

El policía se echó a reír.

—De acuerdo. No te he visto y no sé a dónde has ido.

—Exacto.

Sin una palabra más, dejó a su compañero y a su hermano para encargarse de aquel desastre y salió tras su presa.

CAPÍTULO 4

Reaver estaba convencido de que estaba de camino al purgatorio, o al menos lo estaría si tan siquiera creyese en algo parecido. Para él, el Purgatorio estaba en la tierra y cobraba la forma de casos sin resolver, de las víctimas que no podía salvar o de las reuniones interminables con su familia, especialmente cuando esta se dedicaba a criticar a Gabriel. Había incluido incluso su insana y antigua obsesión por la desconocida con la que había pasado una magnífica noche de sexo, una con la que se había casado en las Vegas y en la que no había vuelto a pensar en los últimos años; hasta ahora.

Pero Abigail Nuales no era el purgatorio, era el mismísimo infierno y estaba lo suficiente loco como para querer quemarse en él. No podía evitarlo, si había algo que no soportaba era no poder quitarse de encima una obsesión y ella era una que ya llevaba en sus huesos demasiado tiempo.

No la había reconocido y, al mismo tiempo, algo en ella había tirado de su memoria. Sus rasgos habían cambiado ligeramente, quizá debido al cambio de peinado y el serio maquillaje que llevaba, así como esa dureza exterior con la que se armaba. Una caza recompensas, sin duda era un trabajo extraño para una mujer, pero no era la primera ni sería la última y él era lo bastante hombre y buen policía como para reconocer un buen trabajo cuando lo tenía delante.

La mujer había abandonado el club solo para caminar un par de manzanas y entrar en un pub dónde se instaló en la barra, rechazó los avances de un par de espontáneos, pidió una consumición y procedió a disfrutar de ella lentamente.

Su previa actitud seguía dándole vueltas en la cabeza, la animosidad con la que lo había mirado —obviamente ella sí lo había reconocido al momento y no le hacía ninguna gracia su presencia—, y esa fiera actitud que casaba perfectamente con su profesión y chocaba estrepitosamente con el aspecto de maestra de escuela católica que identificaba su vestimenta.

La vio abrirse un par de botones de la chaqueta de punto, seguidas de un par más de la blusa, cruzó las piernas, unas largas y deliciosas piernas torneadas dejando ver parte de una liga y empezó a marcar la melodía que sonaba en el local con el pie.

—Toma asiento, poli, no me gusta que me miren por encima del hombro.

El directo comentario vino acompañado de un largo sorbo de su bebida y de una sesgada mirada.

—¿Se te ha olvidado decirme algo o vienes a esposarme por ser una chica mala?

Sonrió para sí, cruzó el espacio que los separaba y se sentó en un taburete a su lado. Los ojos claros de su obsesión se posaron en él y supo, sin lugar a dudas, que ella sabía perfectamente quién era.

—Si quisiera esposarte, lo habría hecho antes de que abandonases el Triple Trouble.

Los llenos labios se curvaron en una perezosa sonrisa que a duras penas ocultó tras el vaso de su bebida.

—Me gustaría verte intentándolo.

Su abierto desafío lo llevó a reír, se giró hacia el barman y pidió una cerveza negra fría.

—Dudo que cooperases dócilmente —replicó y se giró en el taburete para mirarla—, aunque eso podría resultar un punto de inflexión interesante...

—Te gustan los desafíos, ¿eh? —declaró ella dándole un largo trago a su consumición.

Cogió su cerveza cuando la dejaron sobre la barra y sonrió de medio lado.

—Solo con ciertas mujeres —respondió llevándose el cuello de la botella a la boca—, especialmente con aquellas con las que he llegado a casarme.

Los bonitos ojos claros se volvieron en su dirección, no hubo necesidad de palabras, ambos se comunicaron con la mirada, reconociéndose mutuamente, sabiendo quienes eran ambos y lo que habían compartido una vez.

—Son cosas que solo pasan en Las Vegas.

Dejó la cerveza sobre el posavasos y asintió.

—Sí, sin duda solo aquí podrían volver a encontrarse dos desconocidos, que disfrutaron de una gran noche, varios años después, en un club erótico.

Ella rio, dejó su vaso y se giró hacia él por completo.

—No te olvides de una apresurada boda delante de Elvis.

—Y de una apresurada desaparición femenina.

Sus ojos se entrecerraron, la vio lamerse los labios, entonces se levantó y se acercó a él, separándole los muslos para introducirse entre ellos y deslizar la mano sobre su ya dura erección.

—Hay cosas que merecen la pena dejarlas entre las sábanas de una cama y el misterio de la noche.

Le cogió la mano, la alzó y se la llevó a la boca, eligiendo uno de sus dedos y succionándolo con premeditada lentitud, acariciandoselo con la lengua antes de soltárselo, sin dejarla ir a ella.

—El cual es también el lugar perfecto para recordarlas.

Intentó retirar la mano, pero no se lo permitió.

—Pero esta vez, intentemos no terminar de nuevo ante Elvis.

Ella parpadeó visiblemente sorprendida por su respuesta, entonces se echó a reír.

—Estás muy seguro de tus posibilidades.

La soltó, pero no se apartó.

—Si no estuvieses interesada, ya me lo habrías hecho saber —declaró recorriéndola con la mirada—, y, casi apostarí, después de lo que he visto, que no me quedarían ganas para replicar.

Enarcó una ceja y curvó los labios.

—Un hombre inteligente —resumió—. Y yo que pensaba que ya estaban extinguidos.

Le cogió de nuevo la mano y le acarició la palma con el pulgar.

—Te demostraré que no.

CAPÍTULO 5

Abigail sabía que estaba cometiendo una locura, que volver sobre el pasado era siempre una mala idea, pero ¿y si el pasado volvía incluso más arrogante, más sexy y jodidamente masculino que nunca? Además, solo sería una noche, a la mañana los caminos de ambos volverían a separarse y cada uno retomaría sus vidas.

Optó por invitarle a su habitación de hotel, quedaba cerca y era un lugar que abandonaría a la mañana siguiente para coger su vuelo de regreso a casa.

—Adelante.

La miró, echó un rápido vistazo alrededor y de nuevo a ella.

—Interesante elección.

Sonrió de soslayo.

—Estaba cerca y disponible.

—Una combinación que sin duda apruebo, *cielo*.

Cielo. Él la había llamado así la primera vez que se vieron.

Habían coincidido en la barra del local en el que se estaba realizando la despedida de soltera de su amiga, ella ya estaba achispada por las bebidas, él estaba con su grupo de amigos y lo que empezó con una charla y un inocente coqueteo, terminó con ambos retozando en su habitación de hotel.

La primera gran locura que cometiste en tu vida, la segunda, fue convertirte en caza recompensas.

Una decisión que había cambiado todo, que la había alejado de su familia pero que trajo consigo una satisfacción personal que llenaba su necesidad de ser útil para los demás.

Durante los años que llevaba colaborando con detectives privados y, esporádicamente, con la policía, había ayudado a resolver un par de secuestros, tres desapariciones y algunos casos menores con los que se había consolidado en ese difícil mundo dónde si no eras un hombre, no te tenían en cuenta.

Había tenido que endurecerse y no solo físicamente, la muchacha inocente que había sido maduró y se convirtió en la dura mujer que era ahora, una que obtenía lo que deseaba, cuando lo deseaba y, lo que quería ahora mismo, era a ella.

—Eso demuestra que eres un hombre inteligente, detective —aceptó mirándole de arriba abajo.

—¿Y qué te hace a ti?

Se acercó a ella hasta que apenas podía correr el aire entre ellos. Se movía con una elegancia y agilidad asombrosa para un hombre de su envergadura en un espacio tan pequeño.

Se lamió los labios y levantó ligeramente la barbilla.

—Una mujer que sabe lo que quiere.

Sus labios se curvaron lentamente, su mirada se volvió abiertamente sexual y su intensidad la

hizo estremecer de placer.

—Bien, entonces encajaremos a la perfección —aseguró—, porque yo soy un hombre, que también sabe lo que quiere... Y en estos momentos, te quiero a ti. Desnuda. Y en la cama.

Se llevó las manos a los botones de la chaqueta, se la quitó y pasó a la blusa, demorándose ahora a propósito en cada pequeño botón.

—¿Y yo puedo pedir lo mismo?

Caminó hacia ella, el rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia ella.

—Puedes —declaró resbalando la mano por el muslo, subiendo por la cadera hasta rodearle finalmente un pecho.

Contuvo la respiración, su osadía la encendía.

—Otra cosa es que lo consigas —murmuró bajando sobre su cuello, besádoselo y mordisqueándole la piel—. Um... eres incluso más dulce de lo que recuerdo.

Abby gimió cuando le acarició el pezón por encima de la ropa, sus palabras la excitaban con inesperada facilidad. Algo le decía que no iba a andarse por las ramas.

—Los recuerdos pueden palidecer frente a la realidad.

Él le sonrió dejando que sus pensamientos se reflejasen en sus ojos.

Los botones que quedaban de la blusa salieron disparados en todas direcciones cuando se la abrió de golpe, el jadeo le quedó atascado en la garganta mientras lo veía mirarla con desnuda hambre. Bajo la tela del sujetador, sus pezones se revelaban duros e invitantes, rogando en silencio por su contacto. Reaver la cabeza sobre sus pechos y dejó un sendero húmedo con su lengua a lo largo de la línea superior de la tela que la estremeció de placer.

Su mirada subió entonces hacia ella, mirándola por debajo de esas espesas pestañas.

—Sí, sin duda, los míos palidecen...

Lo miró a los ojos sin poder evitar que el sensual rubor que cubría sus mejillas se extendiese también por sus pechos hasta que todo su cuerpo se volvió de un adorable sonrojo.

—No serían los únicos...

Su sonrisa se hizo más predadora, enganchó los dedos índices en el broche delantero del sujetador y se lo abrió.

—Veo que pensamos igual.

Bajó sobre su pecho y se llevó un duro y puntiagudo pezón a la boca haciendo que se estremeciese de inmediato. Sus manos parecían estar por todo su cuerpo. Notó como los dientes se cerraban suavemente alrededor de su pezón, poniendo de manifiesto sus pensamientos y revelando ese lado peligroso que rodeaba al policía. La mordisqueó como si fuese un postre, apretándolo para luego lamerlo mientras dejaba que su peregrina mano descendiese sobre su caliente piel.

Tembló bajo su contacto, excitada y estremecida mientras hundía la mano bajo su falda y hacía a un lado la tela del tanga.

—Caliente y húmeda —ronroneó contra su pecho—, perfecta.

Se contorsionó bajo él, necesitada de más y enfebrecida por sus caricias. Su boca era increíble, decidida a no hacer prisioneros. Pronto la tuvo retorciéndose contra él, contra esa maldita mano que se había colado bajo la falda y retozaba contra su sexo desnudo.

—Tanto que podrías convertirte en una obsesión —ronroneó haciéndose con su boca para devorarla con hambre. Su lengua se enlazó con la suya y combatió en un duelo que no admitía prisioneros.

Abandonó su boca solo para descender por su cuello, lamiéndola y mordisqueándola de una manera sumamente erótica, podía sentir los dientes raspándole la piel, pero en vez de disuadirla

eso la ponía más y más caliente.

El deseo había arrollado con su cordura, el anhelo largo tiempo oculto surgió de su escondite deseando tomar para sí aquello que se le había negado. Le deseaba, no importa que hubiese sido la locura de una noche, su cuerpo le recordaba, su alma lo había mantenido vivo de alguna manera en modo de anhelo. Siempre lo había deseado, más aún después de aquella primera y única noche.

—Nos sobra la ropa —ronroneó en su oído, mordiéndole la oreja—, te quiero desnuda. Completamente desnuda.

—¿No prefieres quitármela tú?

Sus ojos se encontraron con los de ella cortando al momento cualquier hilo de pensamiento.

—Depende, ¿quieres conservar la ropa entera? —resumió con voz grave, empañada por el deseo—. Porque no me hago responsable de los desperfectos que cause mi... entusiasmo por liberarte de ella.

—Todo un poeta... —se burló.

—Soy realista, nena, solo digo lo que pienso —aseguró y la recorrió con la mirada—. Y ahora mismo solo pienso en devorarte entera.

Su cabeza se hizo eco de la directa respuesta y le sonrió.

—Una sugerencia que secundo.

Abby se quitó los zapatos y el pantalón en un abrir y cerrar de ojos, la blusa rota y el sujetador siguieron el mismo camino dándole lo que deseaba; a ella, desnuda y dispuesta.

—Los recuerdos son pálidas imágenes en comparación a la realidad —murmuró él dejándose guiar hasta el dormitorio, para luego empujarla sobre la cama—. Eres mucho más bonita de lo que recordaba...

Se mordió el labio inferior. Se sentía expuesta, más que desnuda bajo esa ardiente mirada que no dejaba un solo centímetro de su cuerpo por admirar y excitada, tanto que dolía.

CAPÍTULO 6

Reaver se sostuvo sobre los talones, admirando la deliciosa creación que destacaba contra la amalgama de colores de la colcha. Sus ojos brillaban de deseo, su color se había oscurecido dotándolos de una intensidad que se colaba en sus entrañas, sus mejillas llenas y sonrojadas lo llevaron a sus labios, entreabiertos y rojos por sus besos. No era una belleza clásica, no era el tipo de mujer por la que los hombres se girarían al verla pasar, pero poseía ese raro atractivo que hacía que no pudiese evitar desearla, que cada vez que la veía quisiese estar con ella.

Inspiró profundamente y se relamió, el aroma a cítricos que la envolvía era muy adecuado, encajaba muy bien con ella. Dejó que sus labios se curvasen lentamente mientras deslizaba la mirada sobre el resto de su cuerpo, admirando a la mujer que tenía ante él, aquella que se le había escapado una vez entre los dedos.

—Me gustan tus tetas.

Toda una declaración de amor, sin duda. Pensó irónico. Pero era verdad. Le gustaban sus pechos, eran grandes, redondos y encajaban a la perfección en sus manos. Los duros y lujuriosos pezones no hacían más que llamarle y terminó sucumbiendo una vez más a ellos, bajando y llevándose uno a la boca.

Su polla protestó dentro del confinamiento de los pantalones, notó como se le encogía el estómago y el placer se disparaba de nuevo por su cuerpo. Estaba hambriento, había pasado demasiado tiempo fantaseando con este momento y, ahora que estaba a su alcance, iba a disfrutarlo.

Tenía las ideas muy claras; la deseaba y quería hacerla suya, quería enterrarse profundamente entre sus piernas y cabalgarla hasta saciar ese maldito anhelo que le generaba.

—Eres peligrosa para mi salud mental, Abigail —pronunció su nombre completo. Se echó hacia atrás una vez más y empezó a desnudarse. La camisa terminó en una esquina, los mocasines siguieron el mismo camino que el cinturón y los pantalones, quería toda esa piel contra la suya, sin nada en medio. Quizá el lugar no fuese el adecuado, pero no podía importarle menos.

Tumbada sobre la cama, con el pelo revuelto y desnuda, parecía una ofrenda pagana, el suave y breve vello entre sus piernas lo hizo salivar. Aspiró profundamente y se estremeció ante el dulce y especiado aroma de su feminidad. Se le hacía la boca agua por probarla una vez más.

—Creo que antes de ir a por el plato principal, tomaré un pequeño aperitivo.

El deseo se reflejó en los ojos femeninos y le arrancó un pequeño jadeo cuando se instaló entre sus muslos, abriéndolos y dejándola por completo a su merced.

—Sin duda tienes en mente una cena de gala...

Se rio al tiempo que se inclinaba sobre el húmedo y rosado objeto de su deseo y sopló sobre la tierna carne antes de levantar la mirada sobre su cuerpo y guiñarle el ojo.

—Oh sí, todos y cada uno de los platos.

Ocultando su sonrisa bajó sobre la cálida carne, la lamió un par de veces, degustando su sabor

antes de atormentar su clítoris con los dientes.

—¡Cristo!

El sobresalto de su cuerpo y la inesperada exclamación casi lo hacen reír. Esa pequeña guerrera era muy sensible. Iba a pasarlo realmente bien.

—El de arriba nada tiene que ver con esto, dulce.

Nada en absoluto... pensó interiormente mientras bajaba de nuevo para darse un apetitoso festín con ella.

Introdujo un dedo en su interior mientras seguía atormentando su clítoris con la lengua, chupándolo y mordisqueándolo hasta que las palabras perdieron su consistencia y se convirtieron en ininteligibles gritos y jadeos.

Ella se arqueó bajo él, jadeando, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, presa del placer. Sus íntimas y mojadas paredes se cerraron alrededor de su dedo y no pudo evitar gemir ante el pensamiento de cómo se sentiría cuando estuviese profundamente alojado en su interior.

—Eres incluso mejor que en mis sueños —ronroneó contra su cuerpo—, y mucho más real.

—Real... ese es el punto... dios... no se te ocurra parar ahora.

Se rio entre dientes. Ella deseaba más y, esos deseos, encajaban perfectamente con los suyos.

—Eres tan dura por fuera como blandita por dentro.

Ella bufó y se revolvió bajo él.

—¿Es necesario que hables?

Soltó una carcajada.

—No cabe duda de que eres divertida, nena... —chasqueó y la atormentó un poco más antes de alejarse de entre sus piernas y escuchar como lloriqueaba por el abandono—, pero esta noche, el que lleva los pantalones, soy yo.

Esos bonitos ojos claros se encontraron con los de él con tanta incredulidad que a duras penas pudo dejar de reír. Era refrescante, ese desafío en sus ojos lo encendía casi con la misma efectividad que su cuerpo.

—O, mejor dicho, el que va a quitárselos...

Necesitaba estar dentro de ella, estaba deseoso por hundirse en esa dulce humedad. Se lamió los labios y se arrastró sobre su cuerpo, cubriéndola, haciéndose sitio entre sus muslos para penetrar finalmente en el mojado y ajustado pasaje que lo acogió por completo.

El suave y dulce gemido lo llevó a sostener su peso sobre los codos, a planear sobre ella y contemplar el expresivo rostro que le devolvía la mirada. Era la viva imagen del deseo y la lujuria, con el pelo suelto y revuelto sobre las sábanas, la piel transpirada de sudor y ese brillo sensual.

—Empiezo a preguntarme si una noche será suficiente, cielo —musitó manteniéndose en el borde—, y temo que la respuesta no sea lo que espero.

—No esperes...

Se rio y bajó sobre su boca para darle un dulce beso.

—Sí, tienes razón, ¿para qué perder el tiempo con cháchara?

Le rodeó uno de los firmes pechos y atormentó el pezón entre los dedos provocando un estremecimiento en el dulce y voluptuoso cuerpo que le servía de colchón, la otra mano resbaló sobre su cadera, rodeándole el muslo e instándola a enlazar la pierna alrededor de su cadera, buscando profundizar más en su interior.

Las suaves y pequeñas manos dejaron de enredarse en las sábanas y volaron sobre su espalda, acercándole más a él y volviéndolo loco con inevitable eficacia.

Salió de ella solo para volver a hundirse, su cuerpo recibíéndole con la misma pasión y deleite que sentía él, acompasando sus movimientos, saliendo a su encuentro y tomando en su interior todo lo que estaba dispuesto a darle.

Los duros pezones apuntaban hacia arriba, meciéndose al compás de sus embestidas, convirtiéndose en un atractivo que no pudo rechazar. Bajó la cabeza para llevarse uno a la boca, succionándolo con fuerza mientras ella clavaba los dedos en sus hombros y echaba la cabeza hacia atrás entregada al placer.

Abigail estaba segura de que iba a hacerse pedazos de un momento a otro. El duro miembro en su interior la enloquecía, hacía que todo su cuerpo se deshiciese y pidiese más. Nunca había sentido algo tan intenso, ni siquiera la vez anterior en la que había estado con él. La boca prendida en su pecho la dejaba sin aliento, empezaba a temer que si subía un poco más en esa escala de lujuria desatada terminaría desmallándose.

El calor se instaló en su vientre, creciendo exponencialmente con una rapidez que arrolló su mente y terminó en una explosión que se llevó hasta la mismísima cordura de su mundo.

—Sí... justo así... —escuchó su voz en medio del caos provocado por el orgasmo—, déjate ir, cielo... disfrútalo.

Su cuerpo parecía pertenecerse solo a él, reaccionando a sus caricias y a cada movimiento como si hubiese sido adiestrado para ello.

Antes de darse cuenta, deslizó las manos por detrás de sus rodillas y le levantó las piernas, abriéndola por completo, exponiendo sus mojados pliegues antes de volver a hundirse de nuevo en ella, moviéndose ahora un poco más despacio, enloqueciéndola y construyendo sobre los rescoldos de un orgasmo uno nuevo.

Sacudió la cabeza incapaz de hacer otra cosa.

—Por favor... —Ni siquiera sabía que decir, las sensaciones eran enloquecedoras.

Reaver se relamió por dentro. Con las piernas abiertas, su dulce y caliente sexo aferrándole íntimamente y la pátina brillante que le otorgaba el sudor a su piel era una visión de lo más erótica, una que lo endurecía incluso más de lo que ya estaba.

Se arrastró hacia atrás con perezosa lentitud solo para volver a empujar en su interior, deleitándose con la manera en que lo apretaba. Su polla brillaba al salir mojada por sus jugos antes de desaparecer de nuevo en su interior.

—Dame todo lo que tienes, cielo, ven a mí y dame lo que deseo, lo que ambos deseamos.

Acarició el sonrojado pezón con la lengua sin dejar de torturarla con movimientos pausados de sus caderas, entrando profundamente, sosteniéndola ahí para luego retirarse y repetir la operación una y otra vez. Sus gemidos inundaban la habitación haciéndose eco de la pasión compartida.

—Oh dios, oh dios, oh dios...

Abandonó su pecho y subió a su boca para devorar sus labios con glotonería, le soltó las piernas, que se enlazaron por sí solas alrededor de su cintura clavándole los talones en el culo y se apoyó en los brazos para mecerse ahora con mayor intensidad contra ella.

—Reaver, cariño, nada de dios, harás que me crezca el ego —replicó en su boca, bebiéndose sus gemidos, enlazando la lengua en la suya y degustándola hasta quedar borracho de ella.

Quería sentir de nuevo esos suaves y húmedos músculos internos cerrándose a su alrededor y arrancándole la cordura, obligándole a sucumbir por fin a ella.

Empezó a empujar con más fuerza, ahogó sus gritos con la boca y no se detuvo ni siquiera cuando ella gritó su nombre al llegar a su propia liberación. No la dejó ir, enterrándose en su sexo una y otra vez hasta que los espasmos de aquella dulce presa tiraron de su propio orgasmo

haciendo que se derramase completamente en su interior.

—Y esto, cielo... —ronroneó un minuto después tendido todavía encima de la cama a su lado
—, no es más que el principio.

CAPÍTULO 7

Una noche. Eso era todo lo que le había concedido, lo que ambos habían pactado y, sin embargo, no había sido suficiente. Su piel lo añoraba, su cuerpo revivía nítidamente cada momento pasado entre las sábanas, bajo el calor del agua de la ducha y sus pasos se volvían erráticos, resistiéndose a avanzar a través del aeropuerto.

Era hora de volver y continuar con su trabajo.

Esa misma mañana se había puesto en contacto con su prima para ponerla al corriente de los pormenores; el haber perdido más de la mitad de lo que el gilipollas le había quitado la hizo gritar como una *banshie*, pero parecía satisfecha, lo suficiente como para ingresarle en su cuenta la tarifa acordada.

«Me quedo con que le has aplastado los huevos, Abby, solo por eso, te pagaría la mitad de tu tarifa. Una lástima que no hayas podido grabarlo en vídeo».

Sacudió la cabeza al pensar en su conversación. No dejaba de resultar curioso que fuese su familia la que la considerara la rara, la diferente... en ese saco había algunos que podían postularse para el psiquiátrico y sin hacer oposiciones.

La megafonía anunció la próxima salida de su vuelo, tenía que embarcar ya si no quería quedarse en tierra.

—Joder, solo ha sido sexo —se recordó a sí misma—, y al menos esta vez no has terminado delante de Elvis y casada con él.

No, esta vez se habían despedido como... algo parecido a amigos. No hubo salidas a hurtadillas, ni arrepentimientos, ambos eran adultos, dos personas perfectamente sanas y cuerdas que disfrutaban del sexo y de un rocambolesco momento vivido en el pasado.

Reaver se había ofrecido incluso a llevarla al aeropuerto, pero había rehusado.

«Acordamos una noche y ya es por la mañana. Gracias por una velada increíble, detective. Cuidate».

Un *«tú también»* fue su única respuesta. Recogió sus cosas, la besó una última vez en los labios y salió por la puerta dejándola a solas consigo misma.

—Necesito volver al trabajo...

Tenía que volver a enterrarse en su cotidianidad, revisar expedientes, devolver llamadas y volver a la carretera. Había gente que la necesitaba y no podía darse el lujo de pensar en tonterías. Ya no era la mujer de antaño, hacía mucho que había dejado de creer en cuentos de hadas.

«Este es un aviso para el pasajero Abigail Nuales, del vuelo VX488 con destino a Florida. Por favor, preséntese en la oficina de la Policía».

Parpadeó al escuchar su nombre a través de los altavoces y frunció el ceño. El aviso volvió a repetirse al momento por megafonía, confirmándole que no había escuchado mal.

—¿Qué demonios...?

Volvió a echar mano al bolso y sacó el teléfono móvil en busca de algún aviso que le diese una pista de lo que estaba pasando. No era la primera vez que tenía que dar media vuelta para colaborar en algún caso de la zona, el hijo puto de su jefe era muy dado a no avisarla sino hasta el último momento.

Pero, en esta ocasión, no figuraba aviso de ningún tipo.

«*Este es un aviso para el pasajero Abigail Nuales, del vuelo VX488 con destino a Florida. Por favor, preséntese en la oficina de la Policía*».

La megafonía insistió una tercera vez en el mismo aviso aumentando su frustración. Se golpeó el muslo con la tarjeta de embarque y arrastró la maleta en dirección opuesta a la de su vuelo.

—Voy a meterte un palo por el culo, Thomas Larkin y voy a disfrutar como nunca haciéndolo —siseó, pronunciando el nombre de su jefe mientras caminaba hacia la oficina de la policía.

No tardó ni cinco minutos en dar con el pequeño reducto que utilizaba la policía en el aeropuerto, la puerta estaba abierta y había una mujer sentada detrás de un breve escritorio.

—Soy Abigail Nuales —se presentó.

La mujer levantó la mirada y señaló la pequeña habitación acristalada a sus espaldas.

—La están esperando.

Dejó la maleta a un lado, el bolso encima de la mesa y apuntó a la agente con un dedo.

—La hago responsable si se extravía alguna de mis cosas.

No esperó respuesta, pasó a su lado y entró en la habitación adyacente solo para detenerse en seco.

—¿Qué demonios...?

Reaver estaba sentado en el borde de un enorme escritorio lleno de papeles jugando con un set de esposas de metal y parecía realmente satisfecho consigo mismo.

—¿Has...? —Miró hacia la puerta y luego hacia él, empezando a juntar las piezas a la velocidad de la luz—. ¿Fuiste tú?

Se pasó la lengua por los labios y se incorporó, en el reducido espacio, su altura y corpulencia parecían incluso mayores.

—He llegado a la conclusión de que una sola noche no es suficiente —declaró. Y, ante su atónita mirada, le cogió la muñeca y cerró la pulsera de un lado de las esposas a su alrededor.

Parpadeó con incredulidad y levantó la muñeca alrededor de la que se movía la pulsera.

—¿Y es necesario que me esposes para decírmelo?

Sus labios se curvaron lentamente hasta formar esa pícara sonrisa que le provocaba escalofríos de placer.

—Te escapaste una vez, cielo, ¿de verdad pensabas que ibas a poder hacerlo otra?

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Entrecerró los ojos y agitó la muñeca.

—Suéltame. Ahora. Mismo.

Su respuesta fue levantar el otro extremo de las esposas y agitarlo en el aire antes de cerrarlo alrededor de su propia muñeca.

—Como dije, una noche no fue suficiente.

Sin más, la atrajo hacia él y la besó en la boca, arrebatándole las palabras y la cordura en un húmedo y caliente beso.

—Vas a tener que darme más, una semana, un mes... lo que surja...

Fue incapaz de decir nada, sus palabras no eran sino un eco de sus propios pensamientos, unos tan rocambolescos que se había obligado a hacerlos a un lado.

—¿Te das cuenta de que has hecho que pierda mi vuelo?

Le apartó un mechón de pelo del rostro y le acarició la nariz con el dedo.

—Es usted una mujer difícil de atrapar, señorita Nuales —ronroneó levantando las manos de ambos, esposadas—, así que, he tenido que recurrir a métodos... extremos.

Sacudió la cabeza.

—Estás loco.

—Quizá un poco.

—No. Estás loco de remate —aseguró, entonces, para su propia sorpresa, se echó a reír—. Por lo que es una suerte que yo lo esté también.

Después de todo, ¿quién, sino, una completa demente, se enamoraría de un hombre en el transcurso de una sola noche?

—¿Me concedes una noche más? —le preguntó él de nuevo.

Levantó su mano esposada y ladeó la cabeza.

—No veo cómo puedo negarme a tan apetitosa propuesta, detective.

—Y esa, cielo, es la respuesta correcta —declaró antes de capturar su boca en un húmedo y delicioso beso.

TODO O NADA

Kelly Dreams

CAPÍTULO 1

—Mi cerebro se ha frito y yo estoy a punto de entrar en el mismísimo infierno.

Mai O'Connor contempló su reflejo en el retrovisor interior del coche. La sombra de ojos cubría parte de sus párpados, realzando el tono castaño claro de sus iris, incluso en el interior del antifaz. Casi agradecía no poder ver el resto de su atuendo, pues no saldría del coche de hacerlo.

Deslizó los dedos alrededor del volante y lo apretó al tiempo que respiraba profundamente para luego dejar escapar el aire.

—Estás loca, Mai, estás completamente chalada —gimoteó dejando caer la frente contra el volante—. Una persona cuerda no haría algo tan estúpido.

Sí. Una persona cuerda no habría cogido prestada la tarjeta de socio de un club de la cartera del novio de su prima, no habría investigado dicho club y no habría solicitado una invitación en su nombre para una fiesta de disfraces, solo para demostrarle a la tonta y enamorada cabeza hueca, que el hijo de puta le estaba poniendo los cuernos.

Ellie estaba totalmente cegada por él, lo había conocido hacía un año en una fiesta y desde ese momento se había empeñado en que era el hombre de su vida. Había sido tal el flechazo, que en menos de un mes ya se había ido a vivir con él y no hacía más que decir lo increíble que era.

Resopló. Sí, increíble. Tan increíble que el muy cabrón la acusó a ella de intentar seducirle, cuando era precisamente él quién la acosaba sin descanso.

Levantó de nuevo la mirada y contempló su reflejo en el retrovisor.

—Lo que hay que hacer por las personas que quieres —hizo una mueca—, aunque creo que sería mucho más efectivo liquidarle y esconder su cadáver.

Hizo una mueca y gimió. Ellie era lo más cercano que tenía a una hermana. Durante gran parte de su vida había sido su confidente y, dios sabía que se había alegrado infinitamente cuando creyó descubrir el amor, nadie se merecía más ser feliz que ella. Pero, aunque sonase a cliché, lo suyo no era amor, era obsesión, una que le impedía ver la realidad que todos los demás veían.

Sacudió la cabeza, se recolocó la máscara y se miró por última vez en el espejo.

Tenía que tener cuidado para no ser reconocida. A la máscara le había añadido un tinte rojizo a su pelo castaño claro, además de un nuevo peinado que la alejaba de la sencillez con la que solía vestir para convertirla en una sexy sirvienta digna de cualquier club nocturno.

—Ay, Ellie, si salgo de esta... te voy a recordar esta noche toda tu jodida vida.

Sin más, cogió el mini bolso y se apeó del coche lista para iniciar su investigación nocturna.

CAPÍTULO 2

—Ponme un whisky.

Gabriel enarcó una ceja, se apoyó en la barra y le miró con ojo crítico.

—¿No te parece que ya has bebido bastante?

Wolf abrió la boca para responder, pero su amigo se le adelantó.

—Si le dices eso, beberá aún más —añadió su amigo.

Puso los ojos en blanco e ignoró el tono jocoso que había en la voz de Casio para señalar el vaso una vez más a la espera de que su hermano le sirviese una nueva consumición. No había venido esa noche al *Triple Trouble* para que le dijese lo que podía o no podía hacer, ambos sabían que sus decisiones eran únicamente suyas y que no llevaba nada bien que otros se metiesen en sus cosas.

El menor de los cuatro hombres que formaban la familia Falcon, había optado por seguir la tradición de la rama familiar y se había dedicado a la seguridad; de hecho, era propietario de una empresa a medias con su socio y amigo; Casio King.

—Ni siquiera he empezado a embriagarme —declaró con un mohín.

Y hoy era sin duda una buena noche para emborracharse.

Después de pelear durante los últimos quince días en los tribunales con la zorra de su ex mujer, estaba tan harto de todo que abrazaría con gusto la botella solo para poder olvidarse de la mierda que era su vida. El último año había sido una verdadera pesadilla, una que terminó a modo de colofón de cuatro años de un matrimonio insostenible. Las continuas exigencias, los reproches por la pérdida de un bebé que, aunque sonase duro, ni siquiera estaba seguro de que fuese suyo y su insaciable necesidad de atención, los había mantenido a ambos en una continua discusión que a menudo terminaba con portazos y él marchándose de casa.

No era un secreto que su familia nunca había visto con muy buenos ojos su relación, de hecho, Gabriel había sido el primero, seguido por Reaver, que le habían hecho partícipes de que creían que estaba metiendo la pata, pero él había hecho oídos sordos al creerse enamorado de ella.

Un amor que se convirtió en odio, en rencor y en una necesidad imperiosa de alejarse de ella y de desfogarse con toda mujer disponible que encontrase por delante. Eso lo había llevado a ser un asiduo del club de su hermano y a empezar a interesarse por otras vertientes del sexo.

Desde el momento en que pidió el divorcio, un año atrás, había hecho de nuevo de su vida, algo solamente suyo. Se había mudado con su mejor amigo y socio mientras seguía adelante con la demanda que lo había llevado finalmente a los tribunales y a luchar con uñas y dientes para que esa zorra no viese ni un solo centavo de su dinero.

Gabriel dejó una cerveza delante de su vaso de vodka vacío.

—Si tienes intención de jugar esta noche, hermanito, será mejor que te pases a algo más liviano.

—O directamente prescindir de ello —reclamó Casio, arrebatándole la cerveza para darle él

mismo un trago—. Por cierto, ¿qué ha pasado con Reaver? Oí algo sobre un altercado y una mujer...

Sí, esa era una historia que él también oído, uno de los cotilleos que se había esparcido por la sala poco después de su llegada.

—¿Recuerdas esa muñequita con la que se había obsesionado?

Arrugó la frente mientras intentaba recordar. El poli era bastante reservado con su vida privada, eso suponiendo que tuviese vida privada, ya que vivía para su trabajo tanto o más que él mismo.

—¿La que le sorbió el seso al extremo de terminar ante Elvis?

Los dos hombres dejaron escapar una risita.

—La misma —asintió Gabriel—. Pues, casualidades que tiene la vida, la chica acabó aquí el viernes de la semana pasada. Resulta que es una caza recompensas y venía tras la pista de un pobre incauto. Un idiota de turno que hizo lo que no debía y terminó con la nariz rota antes de que yo pudiese hacer algo para evitarlo.

—¿Caza recompensas? —La revelación no podía ser más sorprendente.

Su hermano asintió.

—Se quedó tan impactado, que tuve que darle un empujoncito para que fuese tras ella.

—¿Y?

Se encogió de hombros.

—¿Tú lo ves por aquí ahogando sus penas en alcohol? —le soltó, aludiéndolo claramente a él.

—Reaver no es de los que ahoga sus penas en alcohol.

—No, pero sí es de los que suelta pestes si las cosas no le van bien —replicó—, y, dado que no ha dado señales de vida en los últimos seis días, tengo que deducir que las cosas le han ido bien.

—Al menos a alguien le van bien las cosas... —aceptó girándose en el taburete para contemplar el ambiente que se estaba gestando en el local.

Esa noche el club estaba bastante animado con la fiesta temática, los asistentes iban vestidos de mayordomos, sirvientes o señores, creando una cacofonía de colores y creativas indumentarias que se repartían entre las varias áreas en las que se dividía el local. La música inundaba el ambiente y ponía banda sonora a las escenas que se estaban llevando a cabo en cada área.

—El ambiente está bastante animado esta noche —comentó sondeando la sala con la mirada buscando una presa con la que poder jugar. Quería sacarse de encima el mal humor, dejar de pensar y el sexo, era tan buena opción como la bebida o incluso mejor.

—La sala del Oeste es nueva, ¿no? —comentó Casio entrecerrando los ojos en dirección a una zona acotada donde había una especie de erótico toro mecánico y un par de elementos que recordaban al Viejo Oeste.

—Es mi nueva incorporación —aceptó el dueño—. Y se le sumará pronto una nueva habitación temática.

Enarcó una ceja.

—¿De qué temática?

La misteriosa sonrisa de su hermano le indicó que no pensaba decir ni una sola palabra.

—Ya lo veréis cuando esté terminada —le soltó con todo divertido—, te dejaré incluso inaugurarla.

Puso los ojos en blanco y volvió a darle la espalda para continuar con su particular caza. Más allá de las parejas ya hechas, de las que charlaban animadamente en las áreas de descanso, había

algunas mujeres que se limitaban a mirar o se exhibían con sensualidad, dedicando sonrisas, pequeñas caídas de ojos e incluso se animaban a charlar. Una de esas cruzó la mirada con la suya, una bonita rubia vestida de sirvienta con un traje que dejaba muy poco a la imaginación.

—¿Ya has encontrado algo interesante? —preguntó Casio, notando su cambio de atención.

Le sostuvo la mirada a la mujer durante unos segundos, encontrando en ella una equidad en sus ojos y en sus gestos que daba una clara respuesta sobre su interés.

—Puede que...

La frase quedó a medias cuando captó un movimiento por el rabillo del ojo, el de la breve falda de un traje de sirvienta francesa que se agitó con sensualidad cuando la mujer que lo llevaba se apartó como un conejito asustado para evitar tropezar con una pareja.

No podía verle el rostro desde aquella distancia, menos aún con el antifaz que le cubría la parte superior del rostro, pero había algo en ella inocente y sensual que captó de inmediato su atención. Sus movimientos hablaban de cautela y sorpresa, como si aquella fuese la primera vez que se veía en un lugar como ese. La forma en que movía la cabeza, la suavidad con la que avanzaba, los movimientos de sus dedos jugando con la tela del vestido... era como si una pequeña gacela hubiese entrado en la guarida de una manada de leones.

Siguió avanzando, mirándolo todo y, a juzgar por la forma abrupta en la que se detuvo un par de veces, la manera en que retrocedió ante una escena con un *flogger* en una *Cruz de San Andrés*, aquel no era su ambiente.

La vio girarse lamiéndose los labios con gesto nervioso y entonces, sus ojos se encontraron. Incluso en la distancia, apreció el maquillaje ahumado que los enmarcaban, la forma en la que se abrieron ligeramente para finalmente dejar caer los párpados bajando la mirada con gesto avergonzado.

—La quiero a ella. —Se levantó sin apartar la mirada, sintiendo como el deseo despertaba al instante en sus venas y engrosaba su sexo en el confinamiento de los pantalones.

Su amigo siguió la dirección en la que miraba y entrecerró los ojos.

—Parece un poco perdida, ¿no?

—No me preocupa, haremos que se encuentre a sí misma en un abrir y cerrar de ojos — declaró uniéndole a su nueva caza.

Casio y él solían jugar juntos en el club, formando un divertido e interesante tándem que le había descubierto otra manera de ver e interpretar el sexo. Si había un hombre en el que confiaba, además de los miembros de su familia, era él.

Casi se rio entre dientes.

—Lo tuyo es todo o nada, ¿eh?

Sonrió de medio lado.

—Como si no me conocieras a estas alturas.

Los tres hombres se quedaron mirándola durante unos instantes, intercambiando comentarios mientras la veían moverse por el local.

—¿La conoces, Gabe? —preguntó su amigo. Su hermano solía llevar un control de las personas que accedían a su local. Al ser un club privado, solo se podía entrar por membresía o con invitación de alguno de los miembros.

—Juraría que es la primera vez que viene por aquí —aceptó Gabriel—, quizá ha sido invitada por alguno de los miembros.

—Pues descubramoslo —declaró relamiéndose interiormente.

La risa del barman le acompañó.

—Buena caza.

Ni se molestó en mirar a su hermano, palmeó a su amigo en el brazo, quién se levantó y atravesó la sala dispuesto a interceptar a su presa.

CAPÍTULO 3

—Si has perdido algo, quizá pueda ayudarte.

Mai dio un respigo, girándose de golpe a punto de perder el equilibrio si Casio no la hubiese sujetado.

—Cuidado, gatita.

Su azoramiento le pareció tierno y sexy, esos enormes ojos, que ahora veía eran de un castaño claro, se abrieron desmesuradamente y se vio obligada a levantar la cabeza para mirarle a él y luego a su acompañante.

—Lo siento... me habéis sobresaltado —respondió alternando la mirada de uno a otro—, err...

—Soy Wolf y él es Casio. —Se presentó, señalando a su amigo, quién se había inclinado sobre ella para apartarle un mechón de la cara—. Parecías un poquito perdida...

—¿Solo un poquito? —replicó y, al darse cuenta de que lo había hecho en voz alta, se sonrojó.

—No te preocupes, ni siquiera se te ha notado.

Esos labios se curvaron lentamente en una especie de sonrisa, cambió el peso de uno a otro pie y permaneció entre ellos a pesar de que era palpable su nerviosismo.

—Tú ya sabes nuestros nombres, pero todavía no he escuchado el tuyo —le recordó, inclinándose hacia ella sin llegar a moverse. Su presencia la descolocaba—, y me gustaría poder dirigirme a ti apropiadamente...

—Mai —respondió. No pudo evitar una sonrisa al ver como las palabras habían vertido de sus labios voluntariamente—, Mai O'Connor.

—¿Y qué te ha traído hasta el club, pequeña Mai? —Hizo la pregunta de manera despreocupada, dándole su espacio, dejando que se acostumbraba a su presencia.

—Pues tú seguro que no...

La inesperada y sincera respuesta lo dejó descolocado e hizo que Casio soltase una carcajada.

—Y a eso le llamo yo, sinceridad en estado puro —aseguró su amigo entre risas—. Además de sexy, refrescante... una combinación interesante.

Su mirada vagó de uno al otro y, muy sutilmente, empezó a retroceder.

—Sí, bueno... gracias, creo —murmuró y dio un nuevo paso atrás—. Si me disculpáis, tengo... algo que hacer.

Y, sin esperar una sola palabra, se escurrió entre ellos para mezclarse al momento con el resto de los miembros del club.

—¿Soy yo o acaba de dejarnos con un palmo de narices? —preguntó su amigo con gesto divertido.

Su sorpresa no podía ser mayúscula.

—Lo ha hecho —aceptó entrecerrando los ojos al tiempo que la seguía con la mirada—. Esa gatita me ha ignorado y nos ha despachado.

Su diversión no podía ser mayor. Por regla general no tenía ningún problema para conseguir una mujer, solo tenía que elegir y en un abrir y cerrar de ojos era suya. Si le ponía trabas o le daba mucho trabajo, sencillamente la ignoraba y pasaba a la siguiente, pero ella... No, a ella la deseaba y punto.

—Te ha pinchado el ego, amigo.

Hizo una mueca, entrecerró los ojos y chasqueó la lengua.

—A la mierda mi ego —rezongó y señaló en la dirección en que se había ido ella con un golpe de la barbilla—. Peores cosas le han hecho en los últimos años, ella sencillamente... Demonios. ¿Has visto la forma en la que se mueve? Está nerviosa, no encaja y sin embargo... ha sido capaz de darme con un no en las narices.

Casio sonrió de soslayo.

—Tiene un aire de dulzura y timidez que no encajan con el Triple Trouble y eso, amigo mío, la hace realmente interesante.

Asintió y le dio una palmada en el brazo.

—Lo suficiente como para desear ver que más hay debajo de esa dulce fachada.

Su amigo se frotó la barbilla.

—Parece que esta va a ser una noche realmente interesante.

CAPÍTULO 4

Mai no se detuvo hasta haber puesto varios metros de distancia entre esos dos hombres y ella. Jesús, ¿de dónde habían salido? Casi le había dado un infarto al ver a esa montaña de testosterona tras ella para quedarse enseguida sin aire al encontrarse con esos ojos; los mismos con los que se había topado nada más entrar.

Se lamió los labios y contuvo un nuevo escalofrío de placer. Si su mirada la había afectado ya de por sí, el escuchar su voz y verle ahora cerca de ella, la había dejado totalmente en shock. ¿Cómo era posible que un total desconocido tuviese tal poder de presencia que hacía que prácticamente se le cayesen las bragas? Y su compañero, no se quedaba atrás.

—Céntrate, Mai, céntrate —se recordó in extremis—. Estás aquí para encontrar a ese capullo y obtener las pruebas que necesitas para desenmascararlo.

Cerró los ojos, respiró profundamente y volvió a abrirlos.

Dios, cuando descubrió que era un club nocturno había esperado otro tipo de local, algo parecido a un club de striptease o de baile, pero ni en sus más disparatadas fantasías había esperado encontrarse con algo como esto.

No era una mojigata, la verdad sea dicha, de hecho, era bastante liberal en lo tocante al sexo, pero tenía que confesar que era la primera vez que veía en acción algo como la mujer que había atada a una enorme X de madera, la *Cruz de San Andrés*, siendo azotada con una fusta por un hombre que le doblaba en tamaño. El caso es que la mujer parecía estar extasiada, disfrutando de la escena con plena confianza en su compañero de juegos. Y aquella no era sino una de las muchas facetas que podías ver alrededor de la sala.

Dejó la peculiar escena y continuó vagando por la sala, tenía que encontrar a ese imbécil y mostrarle a Ellie, de una vez y por todas, la clase de hombre en el que había depositado toda su confianza.

La música parecía hacerse más intensa en ciertas zonas, como si los altavoces estuviesen sobre su cabeza. A su alrededor las parejas interactuaban charlando, compartiendo una copa, caricias nada sutiles o bailes que hacían subir la temperatura. Y fue, precisamente en la pista de baile, dónde encontró al hombre que había venido buscando.

Moreno, con un cuerpo trabajado en el gimnasio y cerca de los cuarenta, bailaba con una mujer rubia de exuberantes curvas que, obviamente no era su prima. La chica paseaba las manos por un pecho desnudo mientras su pareja disfrutaba magreándole el culo y comiéndole la boca y el cuello.

—Te pillé —musitó para sí. Se llevó la mano al delantal dónde había guardado su teléfono móvil y lo sacó con disimulo, accionó la cámara y enfocó de modo que no fuese muy obvio el que estaba sacando fotos.

Se movió con sutileza, esquivando a gente e intentando pasar inadvertida mientras se acercaba lo suficiente para obtener una buena fotografía.

—Espero que no estés haciendo lo que creo que estás haciendo, pequeña Mai.

La voz a su espalda hizo que diese un respingo justo antes de que una fuerte mano se cerrase alrededor de la suya.

—Oh, eso no está bien, muñequita, nada bien —chasqueó Casio, cortándole la retirada.

—Pero que... —jadeó, mirando entre uno y otro, sintiéndose repentinamente acorralada—. ¿Qué te crees...?

—¿...que estoy haciendo? —concluyó Wolf por ella, acorralándola con su altura, su presencia y esa cruda sensualidad que exudaba—. Dímelo tú, pequeña y procura sonar convincente o tendremos un verdadero problema.

Su voz no sonaba precisamente ligera, ya no había ese tono de sexy curiosidad en sus palabras.

—Uno que podría llevarte a tener que dar explicaciones en comisaría —añadió Casio, quién se adelantó, ocultando con su cuerpo el agarre de su compañero.

Mierda. ¿En qué lío se había ido a meter? Esos dos no parecían precisamente dispuestos a dejar que se marchase, no cuando la habían cogido con las manos en la masa.

CAPÍTULO 5

Wolf le quitó el teléfono de las manos y comprobó rápidamente el contenido. La mujer había enfocado la pista de baile para fotografiar a una pareja que se magreaba. La había estado vigilando, viendo cómo se movía con disimulo, intentando acercarse a la pareja para encontrar un mejor encuadre. Él era un asiduo al club, lo había visto en más de una ocasión y siempre con alguna compañera distinta.

¿Un novio infiel? Poco probable.

Bajó la mirada sobre el rostro enrojecido de Mai. La chica no estaba avergonzada por haber sido pillada infraganti, estaba furiosa, lo que hacía la situación incluso más interesante.

—Déjame adivinar, ¿tu novio? —sugirió y no pudo evitar escupir la palabra. Lo último que le apetecía era inmiscuirse en una pelea de celos, mucho menos irse a la cama con alguien que se colaba en el club para sacar fotos furtivas como pruebas, suponía, que para una presunta infidelidad.

Parpadeó y abrió los ojos como un búho antes de responder con una rotunda negación de cabeza.

—¿Qué? Noooo. —Su indignación, unida a la voz de asco que emergió de sus labios—. Antes me afeito la cabeza que tener algo con ese neandertal.

Su amigo soltó un bufido.

—Ni se te ocurra —declaró Casio extendiendo la mano y acariciando un mechón de su melena —, me gusta demasiado esa mata de pelo rojiza.

Su gesto de sorpresa fue tal que no pudo evitar sonreír a pesar de todo, pero se obligó a jugar su papel y levantó el móvil a modo de recordatorio.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de que estés aquí, sacando fotos, en vez de disfrutar del club?

Apretó los labios dispuesta a mantener ese supuesto secreto, por lo que le mostró el teléfono y lo dejó caer en el bolsillo superior de su americana. Su expresión de asombro fue tan natural que sintió una inexplicable necesidad de besarla para borrarla de la cara.

—Oye, no puedes...

—Claro que puedo, dulzura, acabo de hacerlo —la interrumpió, cortando su réplica con sencillez—, y se quedará ahí hasta que me des una explicación que nos satisfaga a los dos.

Mai deslizó la mirada entre él y Casio, su asombro era palpable, casi tanto como la incredulidad y la creciente molestia que crecía en ella reflejándose en sus gestos. Era transparente, sus respuestas no eran fingidas y su naturalidad era lo suficiente refrescante para captar cada vez más su atención.

—¿Quiénes sois? ¿Los jefes de seguridad del club? —replicó entonces ella con tono molesto.

Ladeó la cabeza y sonrió de medio lado. No le quitó la mirada de encima y eso, tal y como comprobó, la ponía incluso más nerviosa. Él la ponía nerviosa.

—Además de sexy es inteligente, Wolf.

Mai arrugó la nariz, sus ojos se abrieron desmesuradamente tras el antifaz y vaciló entre ambos.

—Es broma, ¿no?

—No, pequeña Mai, no es una broma —declaró acercándose lentamente a ella—, y como jefe de seguridad del club, estoy deseando saber que tienes que decir sobre esto.

CAPÍTULO 6

Mai empezaba a pensar que el mejor lugar para estar ahora mismo era en su casa y no en una habitación a solas con dos hombres que tenían testosterona suficiente como para hundir el *Titanic*.

Esos dos eran como una deliciosa y masculina apisonadora cuyos mandos pasaban de unas manos a otras y amenazaba con aplastarla con su presencia. Juraría que estaban jugando con ella a poli bueno y poli malo; mientras uno la presionaba, el otro fingía apoyarla, empujándola al mismo tiempo a cooperar.

Tenía que admitir que la situación era tan absurda como divertida y también, muy, pero que muy caliente. Esos dos formaban un tándem de lo más extraño. Tan moreno uno como rubio el otro, sus diferencias eran claras. Mientras Casio era una montaña de hombre, con una envergadura y musculatura digna de la *WWE*, Wolf era más delgado, con una complexión fibrosa y un aire de elegancia que le recordaba al lobo al que homenajeara su nombre. Él era el poli malo, el que empujaba, el que la acechaba y la acusaba. Casio era su apoyo y el poli bueno, su presencia la envolvía, le ofrecía una imaginaria seguridad que la hacía más receptiva a responder a sus preguntas.

Juntos formaban un equipo increíblemente bueno, su complicidad era perfecta, completándose el uno al otro y, de manera absurda, empezó a preguntarse si serían igual en la cama.

Ahora sí que he perdido la cabeza por completo.

No estaba allí para fantasear con el sexo y mucho menos con el que podría obtener de dos hombres como aquellos, miembros de un club erótico en el que lo más clásico era un empotramiento contra la pared.

No, estaba allí para conseguir pruebas que hicieran que Ellie abriese los ojos de una buena vez.

—Por enésima vez, no soy detective privado, ni una esposa vengativa, ni una novia celosa... —enumeró con un resoplido. Había pasado la línea de la paciencia y, cuanto más insistían, más se irritaba.

—Pero tampoco eres miembro del *Triple Trouble*, has entrado como invitada...

Miró a Wolf, quién se había inclinado sobre ella, buscando sus ojos.

—Quizá deba preguntarle a la pareja a la que estabas espiando...

—No les estaba espiando.

—...y preguntarles a ellos.

Resopló, ¿por qué tenía que ser tan sexy e irritante?

—No.

Sus labios se curvaron en una divertida y sonrisa. Ese hombre era demasiado seguro de sí mismo para su propio bien.

—Sabemos que no eres una delincuente, encanto, pero tienes que admitir que tu manera de actuar resulta sospechosa —añadió Casio a sus espaldas.

Puso los ojos en blanco y ladeó la cabeza para mirarle.

—¿Sospechosa? ¿En serio? —resopló y señaló la puerta que llevaba a la sala principal del club—. ¿Habéis visto bien lo que estaba ocurriendo? Creo que hay cosas mucho más sospechosas ahí dentro...

—Desde mi punto de vista no hay nada sospechoso en un club erótico privado y sí bastante en el que alguien se cuele solo para sacar unas fotografías con el móvil a una pareja —insistió Wolf, quién no parecía dispuesto a ceder ni un solo segundo—. ¿O acaso te va el voyerismo?

Enarcó una ceja y se llevó las manos a la cadera, tocando la tela del disfraz, recordando la guisa que tenía. Al contrario que ellos, los cuales no seguían el código de vestimenta de la fiesta, ella seguía embutida en ese vestidito indecente.

—¿Y a ti los interrogatorios?

Escuchó una risita a su espalda, Casio parecía estar pasándolo muy bien.

—De hecho, sí —contestó Wolf acercándose todavía más a ella, deslizando la mirada con abierta sensualidad, sin ocultar el hecho de que la encontraba atractiva—, pero suelo llevarlos a cabo en otro tipo de circunstancias, unas mucho más... eróticas.

Tragó, sintió como el calor la inundaba inmediatamente y no pudo evitar apretar los muslos.

Dios, ese hombre la aceleraba tan solo con sus palabras, su voz era tan demandante que estaba segura de que, si ahora le dijese que saltase con ese tono grave, lo haría.

—¿No me digas?

Demonios, ¿qué le pasaba? ¿Por qué lo desafiaba de esa manera?

Los ojos claros del hombre se entrecerraron sobre ella, su mirada era penetrante y muy sensual.

—Dímelo, Mai —pronunció su nombre con una cadencia que la hizo estremecer—, dime porqué debería devolverte el móvil y dejar que te marches ahora mismo.

No pudo evitar temblar, notó como su sexo se humedecía al instante y sintió la imperiosa necesidad de retroceder, de alejarse de Wolf, porque la alternativa era darle con algo en la cabeza y dudaba que se atreviese a tanto.

—Habla, dulzura, díselo —escuchó al mismo tiempo la voz de Casio, la cual le provocó otro escalofrío—, dínos lo que queremos saber.

Si Wolf la ponía nerviosa con su presencia y ese tono de voz que la derretía y empujaba a obedecer sus órdenes, Casio la descolocaba por completo con su actitud despreocupada y esos inesperados momentos de apoyo. El hombre era, además, realmente atractivo, de una forma más luminosa que Wolf.

Se lamió los labios, cerró los ojos y dejó escapar un agotado suspiro. La única manera que tenía para salir de esta era decir la verdad.

—Es el novio de mi prima —murmuró con un mohín—, y es un completo gilipollas, cosa que ella se niega a ver.

—Esa es la excusa que ponen la mayoría de las mujeres hacia los hombres que nos les caen bien, querida.

Fulminó a Casio con la mirada.

—Como también es típico de los hombres solaparse entre ellos.

—Mai, la verdad.

Se giró para encontrarse con los ojos de Wolf fijos en ella.

—Os he dicho la verdad —rezongó—. Ese Neanderthal de ahí fuera es el novio de mi prima, lleva casi un año viviendo con ella. Un año en el que el hijo de puta ha estado visitando el club, a

juzgar por los pagos puntuales de su membresía. Por no mencionar el pequeño detalle de que me ha estado acosando desde el primer día en que Ellie me lo presentó y ella es tan estúpida y está tan enamorada que no ve lo que tiene delante de sus narices.

Acabó soltándolo todo de carrerilla, enfadándose consigo misma ante la realidad que había en esas palabras.

—Y, obviamente, yo soy lo bastante estúpida como para preocuparme por una persona, a la que quiero como a una hermana, a pesar de que ella no cree una sola de mis palabras con respecto a ese idiota. Tan tonta que no he dudado en venir a este lugar, sabiendo que me estaba metiendo en terreno fangoso, solo para obtener pruebas de que ese mentecato le está poniendo los cuernos desde antes de que el hombre inventase la rueda.

Wolf le sostuvo la mirada durante un momento más, algo en sus ojos cambió, así como la manera en que la observaba. De repente, su fija atención decreció, la ignoró y sacudió la cabeza.

—Sí, eres estúpida —declaró entonces en voz alta, sorprendiéndola con el tono crítico que adoptó su voz.

—Wolf... —Un aviso de parte de Casio.

—Lo suficiente como para querer ayudar a una persona que debería abrir los ojos por sí misma —continuó sin más. Entonces se llevó la mano al bolsillo superior, sacó el móvil y se lo devolvió—. Yo que tú, no conservaría muchas esperanzas de que me creyese, ni siquiera con pruebas gráficas. El amor hace que la mayoría de la gente se vuelva cegata y no vea la verdad que ven todos los demás... hasta que ya es demasiado tarde.

Y la manera en que lo decía, la amargura que subyacía en su voz, le dijo a Mai que estaba hablando por experiencia.

—Sigue ocultándote tras la máscara y vete, pequeña Mai —le dijo, resbalando los dedos sobre su mejilla en una suave caricia—. El *Triple Trouble* no es lugar para almas tan nobles.

Dicho aquello, bajó sobre ella y le acarició los labios en un breve beso para luego darle la espalda y marcharse, dejando a Casio maldiciendo en voz baja.

—Y elige precisamente este momento para meter la cabeza en el culo —chasqueó y se giró hacia ella—. Le gustas... le gustas demasiado y posiblemente tenga razón. Eres demasiado cálida y luminosa para este mundo, bajo esa máscara... No, no se esconde el pecado.

Mai se quedó sin palabras, no sabía cómo reaccionar a sus palabras o a la sensación que le había provocado el beso de Wolf.

Tenía que estar perdiendo la cabeza por completo, porque el beso de ese hombre la había dejado anhelante y temblorosa.

CAPÍTULO 7

—Ey, Gabe, ponle algo dulce para beber y encárgate que nadie la moleste hasta que decida dar por concluida la noche. —Casio se detuvo frente a la barra del bar, la cogió por la cintura, levantándola sin esfuerzo y dejándola sobre un taburete. La había acompañado de vuelta a la sala principal, después de que Wolf hubiese desaparecido—. Sé buena, tesoro, y vuelve a casa antes de que cambie de idea y decida romper mis propias reglas y corromperte yo mismo.

Su boca descendió sobre la suya, pero, al contrario que el beso de Wolf, este fue crudo, profundo, con lengua y la dejó jadeando sobre el taburete.

—Ya veo que has hecho un nuevo amigo —comentó el barman atrayendo su atención. Le tendió la mano por encima de la barra y se presentó—. Soy Gabe, por cierto.

Parpadeó, todavía descolocada por el beso y le estrechó la mano.

—Mai.

—Un placer conocerte, Mai —declaró, entonces se movió tras la barra para prepararle una bebida—. Y dime, ¿qué le has hecho a mi hermano para que haya decidido renunciar a un bocadito tan apetecible?

La inesperada información la hizo parpadear.

—¿Tu hermano?

—Wolf —especificó, sorprendiéndola incluso más—. Había decidido bailar un tango con una buena borrachera hasta que apareciste por la puerta y le sorbiste el seso.

Su directa declaración la sonrojó.

—Yo no le he sorbido el seso —replicó—, de hecho, tengo dudas de que lo tenga.

Gabe se echó a reír, asintió con la cabeza y se apoyó en la barra.

—Eso no te lo discutiré —aseguró, entonces bajó la voz y le habló en confidencialidad—. Pero ese se debe a que todavía no lo conoces en profundidad...

—No estoy segura de querer conocerlo... en profundidad.

Su sonrisa se hizo más intensa.

—Hay pocas cosas que le llamen la atención, de hecho, suele pasar a cosas más importantes si le dicen que no, pero, por algún motivo, tú le has gustado —declaró sin más—, lo hiciste desde el mismo momento en que atravesaste la puerta del *Triple Trouble*.

Arrugó la nariz, no sabía que responder a eso, pero al parecer, él tampoco necesitaba de una respuesta.

—Lo que me lleva a preguntarte, ¿cómo has entrado en mi club?

Los ojos de este hombre eran igual de penetrantes que los de Wolf, sin embargo, sus facciones eran más brutas y, al mismo tiempo, lucía un semblante mucho más relajado, casi despreocupado.

—¿Por la puerta?

Su respuesta lo hizo soltar una carcajada.

—Muy ingeniosa —declaró cruzándose de brazos—. Pero ambos sabemos que no eres

miembro del club, de hecho, creo que ni siquiera encajas en este ambiente...

¿Por qué todo el mundo insistía en decirle lo mismo?

—¿Y cómo estás tan seguro de ello?

Ladeó la cabeza y la contempló durante unos instantes.

—Alguien que desea ocultarse detrás de una máscara no se atreve a ser uno mismo frente a otros —declaró y señaló la sala con un gesto de la barbilla—. Aquí utilizan máscaras como parte de un juego, pero más allá, lo que ves es lo que son realmente. Tú, preciosa Mai, no utilizas una máscara para jugar, la utilizas para esconderte.

Abrió la boca, pero él la silenció colocando un dedo sobre sus labios.

—Disfruta de tu bebida y luego vete a casa.

Se libró de su contacto. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en echarla? ¿Qué pasaba si no quería irse?

—¿Y si no quiero irme? —dio voz a sus pensamientos.

La manera en que la miraba la ponía nerviosa, al igual que Wolf, parecía ser capaz de mirar a través de ella.

—Entonces deja el antifaz y sube al segundo piso, tercera puerta a la izquierda —le indicó la dirección—. Pero si lo haces tendrás que dejar atrás el disfraz y dejar que te vean cómo eres en realidad. Esto es un todo o nada, dulzura.

Todo o nada. Un juego de una noche. Ser ella misma por unas cuantas horas en un lugar al que posiblemente nunca volvería a entrar. Disfrutar del pecaminoso erotismo que traía consigo el sexo y la libertad, experimentar, pensar en sí misma por una vez y no en los demás, ser egoísta y disfrutar de lo que pudiese encontrar en su camino.

¿Se atrevería a dejar atrás sus preocupaciones y ser ella misma durante un momento?

Cogió la copa que le sirvió, probó la bebida y cerró los ojos dejando que la calidez del alcohol la recorriera.

—Guárdame esto —pidió. Se quitó el antifaz y se lo entregó, junto con su teléfono móvil.

Sus ojos se encontraron entonces, libres de máscara y él le sonrió.

—Que disfrutes la velada, Mai.

Quizá estuviese loca, hubiese perdido la cabeza por completo o la bebida que le había servido Gabriel tuviese algo más que alcohol, pero no quería irse. Quería quedarse y quería ver de nuevo a Wolf, incluso diría que, a Casio, quería que ambos la mirasen a los ojos y la viesan. Quizá se arrepintiese después, pero esa noche, esa noche iba a permitirse ser ella misma y disfrutar de lo que le ofreciese la noche.

CAPÍTULO 8

Wolf se dio el lujo de darse una ducha. Necesitaba aclararse las ideas, sacarse toda la mierda que traía consigo de las últimas dos semanas y ver las cosas con perspectiva. El estrés de todo ello le estaba pasando factura, había renunciado a un bocadito tan apetitoso como Mai y eso lo enfurecía casi tanto como aliviaba.

Ella no era material para sus juegos, no se merecía que fuese un completo hijo de puta con una mujer que se había colado en un club erótico solo para echarle una mano a su prima.

Cuando escuchó su explicación sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Él había estado allí, había estado justo en el lado contrario al que estaba la gatita y sabía de primera mano que nada de lo que ella hiciese serviría; el amor hacía que las personas se volvieran ciegas, negándose a ver incluso lo que estaba delante de sus narices. Él se había negado a ello. Llegó a pelearse incluso con sus hermanos, con su familia, con Casio terminó llegando a las manos, una conducta que ahora le avergonzaba y que solo le mostraba lo gilipollas que había sido con la gente que le quería.

No, ella no encajaba en ese ambiente. Lo supo desde el momento en que la vio entrar, pero había sido precisamente esa fragilidad, su cara de sorpresa y esa esporádica timidez lo que lo atrajo. Ella era distinta a su ex mujer, era distinta a todas las féminas que se había llevado a la cama, con las que había hecho alguna escena e incluso compartido con Casio.

«¿Renuncias a ella porque no es lo que esperabas o porque lo es?».

Casio le había seguido después de dejarla en la barra del bar. Había permanecido a su lado con su habitual calma, exponiendo los pros y los contras de su actitud y ofreciéndole una resolución final. A él también le gustaba Mai, su amigo tenía un pasado casi tan hijo de puta como el suyo, pero, en su caso, lo había dejado atrás y seguía adelante con su vida disfrutándola de la mejor manera posible.

«Sabes que lo que ves, no es lo que se oculta realmente en ella. Esa máscara es solo una excusa, una forma de ocultarse del mundo. Y, curiosamente, tío, me ha recordado un poco a ti».

Su máscara no había sido un antifaz, pero la había llevado puesta durante mucho tiempo.

«Pero está bien, tú eres el único que puede decir lo que deseas hacer y lo que no. Por mi parte solo puedo decirte una cosa, yo sí estoy dispuesto a descubrir quién es la mujer que se esconde tras el antifaz».

Un sutil recordatorio de que la gatita le había causado una profunda impresión a su amigo, una que iba más allá del esporádico interés que traía consigo el atractivo sexual.

Sacudió la cabeza y metió la cara debajo del chorro del agua, empezaba a pensar demasiado. Se enjabonó el pelo y se lo aclaró, disfrutando de ese momento de relajación e hizo una mueca al escuchar el sonido de alguien tropezando en la habitación.

—Cas, empiezas a hacerte viejo si ya tropiezas con las cosas —replicó en voz alta, suponiendo que su amigo había vuelto para asegurarse de que no se hubiese ahogado o algo peor.

No hubo respuesta, pero tampoco le sorprendió. Casio solía hacer lo que le daba la gana cuando le daba la gana, ya estaba acostumbrado a ello.

Unos momentos después escuchó el chasquido de la cerradura de la puerta del baño.

—¿Sabes? Es un poquito difícil ahogarse en la ducha, hermano, así que relájate.

Sin embargo, la persona que abrió la mampara de la ducha, entró en su espacio y pegó el curvilíneo y femenino cuerpo desnudo y caliente a su espalda no distaba mucho de ser su mejor amigo y socio.

—Todo o nada —escuchó la suave voz de Mai—. Elijo todo.

Notó la vacilación, la timidez de esos brazos que le rodeaban la cintura, la suavidad de las manos que se aplanaron contra su estómago mientras el aliento de su respiración le acariciaba la columna.

—¿Estás segura de que es lo que deseas, pequeña Mai?

Sus senos se apretaron contra su espalda al acercarse un poco más.

—Ni lo más mínimo, pero de eso se trata, ¿no? —respondió con sencillez—. De descubrirlo.

Se giró, atrayéndola contra su pecho, contemplando su rostro ahora libre de la máscara y bajando su boca sobre la de ella.

—Descubrámoslo entonces —declaró antes de apropiarse de su boca y, ahora sí, besarla en profundidad. Su sabor era delicioso, su respuesta tímida y a la vez generosa, esa gatita prometía ser una compañera de juegos entregada.

—Me gusta como sabes —declaró pegado a su boca, entonces busco sus manos y las cubrió momentáneamente con las tuyas, apretándoselas contra su carne—. Y yo te gusto mojado y desnudo, admítelo —la pinchó, mordisqueándole ahora el cuello.

Una risueña carcajada resonó en el húmedo espacio, Casio se había apoyado en la puerta del baño, mirándoles con esa hambre que seguramente se reflejaría en sus ojos.

—No lo admitiré, no en voz alta —se rio su amigo—. Es demasiado educada...

Su respuesta fue apretarse contra él, su cuerpo ahora húmedo por el suyo, por el agua y ligeramente sonrojado.

—No soy demasiado educada... —murmuró con tono suave, ligeramente avergonzado.

—Um... —Casio entró en el breve espacio y se detuvo ante ellos, dejándola a ella acostumbrarse a su presencia, decidir si le quería allí—. No era una crítica, gatita, por el contrario, lo encuentro... fascinante.

Dicho esto, se inclinó sobre ella, le acarició la barbilla y tras mirarle a él fugazmente, le acarició los labios con suavidad.

Someterla iba a ser uno de los mayores placeres de los que iba a disfrutar en mucho tiempo. Ver su mirada vidriada por el deseo, su cuerpo dispuesto a sus caprichos, a los juegos de ambos y esa dulce sumisión en sus manos, plegándola a sus deseos y recompensándola con todo el placer que pudiese encontrar en ese cuerpo.

La notó temblar, pero no había miedo en su lenguaje corporal, aunque sí nerviosismo. Respondió al beso de Casio un poco cauta al principio, relajándose a medida que su compañero obraba su propia magia sobre ella hasta arrancarle un gemido al retirarse.

—Eres una gatita traviesa —le susurró Wolf al oído, la giró dejándola de espaldas a él y le cogió la mano para guiarla sobre la dura erección que se moría por enterrar muy profundamente en su interior—, y estoy deseando disfrutar de tus travesuras.

Notó el temblor de su cuerpo, el sobresalto cuando le cerró los dedos alrededor de su pene y la incitó a acariciarle muy lentamente.

Levantó la mirada y se encontró con que la de su amigo estaba ocupada en el cuerpo que tenía expuesto ante sí, el deseo se reflejaba en sus ojos, un hambre desnuda y sexual que hablaba de un apetito fiero y crudo.

—Y no soy el único —le susurró al oído haciendo que fuese consciente, una vez más, de la presencia de su otro compañero—. Está deseando tocarte.

Casio no se hizo de rogar. Ella era como una sirena que los atraía sin remedio y sucumbió a la tentación. Se cernió sobre ella, la besó con avaricia, oprimiéndola contra su propio pecho mientras notaba como esa dulce mano se cerraba incluso más alrededor de su polla.

La mano libre se interpuso entonces entre sus cuerpos y empujó. Ambos sabían que él le permitía hacerlo, pues se separó dejándola jadeante.

—No puedo respirar —musitó recostándose contra su pecho.

Los ojos de Casio se iluminaron con la misma sonrisa perezosa que le curvó los labios.

—Aprenderás a hacerlo, solo requiere práctica...

—Todavía no sé si quiero aprender...

—Demasiado tarde, dulzura —le susurró Wolf al oído—, decidiste aprender en el momento en que atravesaste esa puerta y te uniste a mí.

Se giró para mirarle y él le guiñó el ojo.

—Esto... esto es demasiado... yo...

—Tú eres mía —declaró Casio cogiéndole el rostro para que lo mirase, entonces alzó los ojos sobre él—, nuestra. Durante esta noche, eres nuestra.

La forma en que se tensó era suficiente indicativo de su nerviosismo.

—¿Y yo puedo decir algo al respecto? —musitó con cierta diversión y timidez.

—Claro que puedes —aceptó Casio—, Wolf dejará que gimas todo lo que quieras.

Los dos intercambiaron una mirada y él asintió, dejándola ir.

Casio la atrajo de nuevo hacia él, le acarició la mejilla y bajó sobre su boca ahora con mayor suavidad.

—Solo tienes que relajarte y disfrutar, Mai.

La dejó ir lo suficiente para que Casio afirmase también su posición. Se apretó contra ella, le rozó el culo con su dura erección y le aferró los pechos mientras le hablaba al oído.

—Sé que esto te excita —le dijo Wolf—, te enciendes bajo mi contacto y el de Casio. Te humedeces, te excitas y deseas más.

Se estremeció y gimió cuando le apretó los pezones, jugando con ellos.

—Pero no debería... yo... esto no es algo que... que haya compartido... antes...

—Siempre hay una primera vez —le aseguró, soplándole en la oreja—, y esta es perfecta para enseñarte como se juega...

—¿Jugar?

—Jugar —le aseguró Casio—. No pienses, Mai, no busques una razón, límitate a sentir y a disfrutar.

Volvió a restregarle la polla contra el culo y le susurró al oído al tiempo que le pellizcaba los pezones por última vez.

—De rodillas, gatita —le sopló el oído y la instó a ello.

Ella se retorció y se dejó caer de rodillas mirándole entre azorada y anhelante. La vio lamerse los labios mientras observaba su dura polla erguida ante ella.

—Hazle suplicar, nena —se rio Casio acariciándole el pelo un segundo antes de dar un paso atrás y limitarse a contemplarla.

Su vacilación no hacía sino calentarlo, la paciencia era una virtud largamente adquirida, una que siempre traía consigo una recompensa.

—Oh, sí, esta es sin duda una vista de lo más sexy —jadeó al verla bajar sobre su pene, introduciéndose la cálida y dura longitud en la boca, probándolo con tal suavidad que quedó inmediatamente en éxtasis—. Joder... sí...

—Parece que alguien ha encontrado la manera perfecta de vengarse. —La risa de Casio reverberó en el cuarto de baño mientras se movía tras ella, terminando de desabotonarse la camisa, para luego deshacerse de sus vaqueros.

—Y no será la única.

Con un rápido entendimiento, ambos se movieron para permitir que Casio se arrodillase justo detrás de Mai, con su rostro entre los muslos y su lengua acariciando el expuesto sexo femenino. No pudo evitar gemir al sentir como los labios que rodeaban su pene lo apretaban un poco más, arrebatándole el aliento, mientras gemía a su alrededor.

Enredó la mano en su pelo, haciéndola notar su presencia y tranquilizándola cuando empezó a retirarse con un quejido.

—Suave, gatita, suave... —le acarició la cara con la mano libre—, déjale que se divierta, hará que te sientas bien en un minuto.

El nerviosismo se mezclaba con la inesperada vergüenza, el placer se extendía por su cuerpo, humedeciéndola más y más y haciendo que sus gemidos se volvieran más crudos y eróticos. Su boca era cálida, su lengua una pícara provocadora, si bien había entrado en el juego con cautela, la pasión intrínseca en su alma despertaba en ella cosas que, probablemente, ni siquiera sabía que tenía.

Tenía que admitir que la imagen era sumamente erótica. Las manos de su amigo aferraban las nalgas, elevándola, obligándola a extender las piernas para hacerle sitio mientras bebía directamente de su sexo. El voluptuoso cuerpo de su dulce compañera de juegos era acariciado por la humedad provocada por el vapor, unos mechones de pelo se escapaban por su espalda mientras que el resto era retenido entre sus dedos y esos coquetos labios, ahora rojos, lo envolvían, tragándose solo para dejarle ir cada vez que necesitaba tomar aire.

—Adoro ver como mi pene se hunde en tus labios, la manera en que me aprietas en esa húmeda cavidad —gruñó, luchando consigo mismo para no tomar el mando y follarle la boca a conciencia.

Sus palabras tuvieron efecto inmediato, gimió alrededor de su pene y tembló, posiblemente provocado también por la boca masculina que se amamantaba entre sus piernas.

—Oh, sí, Casio es un bastardo afortunado, cariño —ronroneó Wolf tirando un poco de su pelo, adelantando las caderas y sumergiéndose un poco más profundo en su boca—, se está dando un banquete con ese dulce coñito.

Ella gimoteó de nuevo, el sonido reverberó alrededor de su pene y, esta vez, le permitió retirarse por completo.

—Wolf...

Escucharla pronunciar su nombre fue como una tierna caricia. Sus ojos se encontraron y lo siguiente que supo es que la había atraído hacia él, arrebatándola de su co-jugador y besándola en la boca con hambre, bebiéndose sus gemidos y disfrutando de ese cuerpo rozándose contra el suyo.

—Alguien está un poquito ansioso.

Gruñó en respuesta, abandonando su boca solo para volver a besarla.

—O algo más que un poquito. —Las carcajadas de Casio los dejaron a solas durante unos

instantes, escuchó de fondo como se abría la puerta del baño y supo que era el momento perfecto para cambiar de escenario.

—Es hora de un cambio de escenario.

Ni siquiera le dio tiempo a decir nada, le dio un último beso en los labios y se la echó al hombro como si fuese un saco de patatas.

—¡Wolf! —jadeó.

Dejó caer la mano desnuda sobre su redondo culo y a continuación se lo frotó.

—Silencio, gatita —clamó lanzándola sobre la cama redonda que había presidiendo la habitación para quedarse mirándola desde su lado, mientras Casio, ya desnudo, la contemplaba desde el otro.

—Discúlpale, tesoro, a veces se olvida de lo que son los modales.

—¿No? ¿En serio? —se rio ella. Y era una risa genuina. Mai estaba tranquila, expectante y disfrutando de ese inesperado encuentro que los había reunido a los tres.

—Deja de hablar, gatita y mejor, gime.

Wolf se relamió y bajó sobre ella, atacando sus pechos, succionando uno de sus pezones y amamantándose de él mientras Casio se colaba de nuevo entre sus muslos y retomaba con hambriento ímpetu su sexo.

La degustó con hambre, disfrutando de la mujer que tenía bajo él, notando como su pene se endurecía aún más mientras ella se arqueaba contra su boca y gritaba unos momentos después su primer clímax.

—Sí, eso está mejor —ronroneó Casio, lamiéndose los labios y ascendiendo ahora hasta su boca para besarla con la misma hambre que sentía él—. Eres deliciosa, un manjar adictivo.

Se sumergió entre sus piernas, extendió y separó los húmedos pliegues con los dedos e introdujo la lengua en una lenta caricia, probándola y gimiendo de deleite ante su sabor. La lamió perezoso, enloqueciéndola, succionó su abertura y se hundió en su húmedo pasaje mientras ella se retorció bajo él.

Ahora habían invertido sus posiciones, mientras él se daba un festín entre los muslos de Mai, Casio degustaba sus pechos, succionando sus pezones, mordiéndolos y tironeando de ellos haciendo que la chica se arquease y gimiese sin medida. Su voz resonaba en la pequeña habitación excitando a sus bestias y llevándoles a ambos a devorar a la hembra que les pertenecía a ambos. Mordisqueó los gordezuelos labios vaginales y se deleitó con los grititos de Mai cuando succionó su clítoris mientras su compañero abandonaba sus senos y devoraba su boca.

—Wolf tiene hambre de ti, dulzura —escuchó el ronroneo de Casio—, parece que no puede saciarse.

Y no podía, quería más, quería mucho más de ella, lo quería todo.

—Muéstrale quién eres debajo de esa máscara, Mai —escuchó a su amigo.

Ella se arqueó desinhibida, perezosa y sexy y lo sorprendió pronunciando su nombre.

—Wolf...

Dios, ¿podía una voz sonar más sexy?

—¿Sí, nena?

—Quiero más...

Oh, sí, él también quería más, mucho más.

—Pues más tendrás, dulzura.

Se cernió sobre ella con lentitud, controlando sus movimientos, decidiendo cuando besarla y cuando no, si le permitía moverse o debía quedarse quieta.

Mai gimió contra la boca de Casio cuando este se inclinó sobre ella y la devoró. Vio como hundía la lengua en su boca, pero sus ojos, esos ojos cómplices estaban fijos en él, provocándole, incitándole a reclamar lo que deseaba. Wolf abandonó los labios y bajó la cabeza para tomar un duro y puntiagudo pezón, mordiéndolo hasta dejarla sin aire, incitándolo sin más a tomar lo que deseaba.

—Wolf...

Perdió la batalla y sucumbió a la dulzura y la necesidad de la mujer y la suya propia, se cernió sobre ella y la poseyó. Penetró en ese húmedo y apretado pasaje, gimiendo cuando esos hinchados tejidos lo acogieron, permitiéndole introducirse completamente en ella, acomodándole en esas húmedas y firmes paredes que lo unían más íntimamente que ninguna otra cosa.

Mai gimió y se retorció bajo él, sus gritos ahogados por la boca de Casio que le mordisqueaba los labios.

—Por favor —gimió sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Oh señor, por favor...

Se rio por lo bajo, introduciéndose por completo, resbalando hacia fuera solo para volver a entrar.

—¿Por favor qué, gatita?

Se lamió los labios, esos bonitos y asombrosos ojos se posaron sobre él con vidriado anhelo.

—Wolf...

—Estoy aquí, dulzura.

Sacudió la cabeza de un lado a otro, apretó los labios, gimió y notó sus músculos internos apretándole de nuevo.

—Oh, maldito seas...

—¿Qué deseas, Mai?

Su sexo se contrajo una vez más a su alrededor.

—A ti —musitó arqueándose presa del placer, su rostro giró a un lado, encontrándose con el de su otro amante—, a los dos...

Casio se cernió sobre ella, le acarició el pelo y los labios.

—Y nos tendrás a ambos, dulzura, pero ahora disfruta...

Gimió ante las palabras de su amigo, su mirada seguía fija en la mujer. Los vio besarse, un beso largo, húmedo que le resultó caliente y erótico.

Entonces ella lo sorprendió de nuevo pues se extendió hacia él, rodeándole el cuello con los brazos y aferrándose a sus caderas uniéndolos aún más.

—No dejes que me arrepienta, Wolf, por favor, no dejes que mañana todo se haga pedazos.

Esa pequeña le encogió el corazón con su petición, con la necesidad que escuchó en sus palabras, sacudió la cabeza y reclamó su boca hundiéndose en ella y poseyéndola como deseaba.

Siguió penetrándola, cabalgándola con fuerza, sintiéndola suya, atándola a él de un modo que solo su otro compañero comprendería mientras ella se aferraba con fuerza a él. El clímax llegó sin previo aviso llevándose los a ambos, se vació en su interior, sintiendo como se derrababa en las profundidades de su sexo, saciado y más calmado de lo que lo había estado en mucho tiempo.

Se hizo a un lado y se dejó caer de espaldas solo para ver a su amigo con una perezosa y divertida sonrisa curvándole los labios.

—Bueno, ¿seguimos?

La sonrisa se extendió lentamente por su rostro de forma automática, bajó la mirada a su agotada y, todavía jadeante, compañera y asintió.

—Sí —asintió lamiéndose los labios—, aún no he tenido suficiente.

Ella gimió y se mordió el labio inferior.

—Vosotros queréis matarme.

Negó con la cabeza.

—No, gatita, pero no me arriesgaría a prometerte que puedas caminar derecha... mañana.

CAPÍTULO 9

Mai se dejó caer en el sofá nada más traspasar la puerta principal de su casa. No podía creer lo que había hecho, se cubrió la cara con las manos, pero fue incapaz de borrar la sonrisa que yacía debajo. Que la llamasen loca, pero esa había sido la mejor noche que había tenido en... ¡Qué demonios! ¡Siempre!

Lo que comenzó como una cruzada personal contra la estupidez ajena, había terminado en una liberación para sí misma. Cogió el bolsito que tenía a un lado, sacó el teléfono móvil y accedió a la carpeta de archivos para ver las fotos que había sacado.

La escasa iluminación, la cercanía de la pareja, había sacado un par de instantáneas de lado y, si bien se veía perfectamente que eran un hombre y una mujer, la definición de las mismas no era de lo mejor que había visto. Amplió el zoom y estudió el resultado. Sí, incluso Ellie podría darse cuenta de que era él.

Ahora la pregunta era, ¿se las enviaba o no?

—A la mierda todo —rezongó, buscó el número de su prima y le envió ambas fotos en un *wasap* de modo que las recibiese al instante. Hecho eso, lanzó el móvil a un lado del sofá y se estiró.

Sus músculos protestaron, su tierno sexo protestó y supo que era el momento perfecto para mimarse con un baño de sales aromáticas. El colofón para una noche especial.

—No puedo creer que haya pasado todo eso —murmuró para sí, dirigiéndose ya hacia el baño.

Wolf la había despertado entre besos y caricias, mientras Casio le daba un caliente buenos días entre las piernas. La boca de ese hombre era puro pecado. Y no solo su boca. Se estremeció de placer al pensar en todas las cosas que le habían hecho a lo largo de las últimas horas, la forma en que se habían alzado con el poder, despojándola de pensamiento o posibilidades de elección, ofreciéndose completamente a ellos.

Se lamió los labios y dejó escapar un pequeño suspiro.

Sus compañeros de juegos habían sido verdaderos diablos en la cama y caballeros fuera de ella, uno un poco más mandón que el otro, pensó con una sonrisa. Mientras Casio le decía que le encantaría volver a verla, Wolf había recuperado su teléfono, había grabado su número y le había ordenado —sí, ordenado—, que le llamase nada más llegase a casa para saber que había llegado bien.

Ups. El lobo feroz iba a cabrearse un pelín al ver no le llamaba.

La idea de tener esos penetrantes ojos sobre ella de nuevo, sus manos sobre su cuerpo y esa firme voz dándole órdenes la derritió haciendo que se humedeciese de nuevo.

—Oh, Mai, estás siendo mala, muy mala.

Se rio, abrió el paso del agua, reguló la temperatura y correteó de regreso al sofá para recuperar el teléfono. Buscó rápidamente el número de su compañero de juegos, solo para ver que no solo había anotado su teléfono, sino también el de Casio y le envió un *wasap*.

*«Querido lobo feroz.
He llegado sana y salva a mi casa.
Gracias por una divertida noche de juegos.
Besa a Casio de mi parte.
Caperucita».*

Se mordió el labio pensando en sí debería cambiar algo del cuerpo del mensaje o solo enviarlo. Dejó escapar una risita y lo envió.

Wolf parecía mucho más serio que su amigo, casi como si no fuese dado a los juegos y, sin embargo, él había sido el que había llevado la voz cantante, el que la había atado y hecho gritar, aunque Casio no se había quedado atrás.

La inesperada vibración del móvil seguida del aviso de un mensaje entrante la hizo saltar. Desbloqueó la pantalla y comprobó que acababa de recibir la respuesta.

*«Mi estimada y sexy Caperucita.
Mis palabras exactas fueron: Llámame cuando llegues a casa.
Me has enviado un mensaje de texto.
Te castigaré la próxima vez que nos veamos.
Wolf
PD: Me alegra saber que has llegado bien».*

Se mordió el labio inferior tras releer una segunda vez el mensaje. Wolf podía ser también divertido, de una manera retorcida y muy peculiar, pero podía serlo. Le envió un emoticono con el pulgar hacia arriba y dejó de nuevo el teléfono en el sofá para deleitarse finalmente con su baño de sales.

«Te castigaré la próxima vez que nos veamos».

No pudo evitar estremecerse de placer, en cierto modo sus palabras eran un aliciente, uno que dejaba abierta la posibilidad de un próximo encuentro.

Sonriendo nuevamente y con el ánimo renovado, se encerró en el baño a disfrutar de su largo baño de inmersión.

CAPÍTULO 10

Una semana después...

—¡Cabrón hijo de puta! ¿Cómo has podido? ¡Me has mentido! ¡Me prometiste que yo era la única!

—Por supuesto que eres la única, Ellie. Esto no es lo que piensas... puedo explicártelo...

—¡Y una mierda que puedes!

El eco de un bofetón llegó hasta la barra del bar dónde asistían con meridiana tranquilidad al espectáculo de esa noche. Cogió la cerveza que su hermano le había dejado y se la llevó a los labios.

—Tengo que ir con ella...

Extendió el brazo evitando que Mai saltase del taburete dónde estaba sentada entre él y Casio.

—Tú no vas a ir a ningún lado, gatita.

Esos bonitos ojos castaños se posaron en él con ese gesto medio desafiante, medio sumiso que tanto le gustaba.

—Pero...

—Ya has hecho lo que podías, Mai —aseguró Casio—, ahora es cosa de la diablesa.

Hizo un mohín, pero se mantuvo en su lugar, solo para pegar un pequeño respingo cuando intentó sentarse mejor. Todavía tenía problemas para sentarse después del prometido castigo de Wolf.

Ataviada con un breve corsé y una falda de cuero a juego que apenas le cubría las nalgas que había dejado de un bonito color rojizo por su previo castigo; uno que la había indignado y hecho gritar como si la estuviesen matando, solo para terminar gritando también, pero de placer cuando él la compensó regalándole tres orgasmos, uno tras otro.

—Déjala que ella misma se encargue de sus cosas —añadió deslizando la mano por su muslo desnudo, recordándole sin necesidad de palabras que mientras permaneciese entre esas cuatro paredes, le pertenecía a él—. Tú ya has hecho lo que podías, has hecho más que eso, de hecho. Ahora es su turno de sacar la cabeza del culo y, a juzgar por su gancho de derechas, no le costará mucho.

Respiró profundamente y dejó escapar el aire con un resoplido.

—De acuerdo.

—¿No? ¿He oído bien? —clamó Casio, sentado a su otro lado—. ¿Acabas de darle la razón a Wolf?

Esas bonitas mejillas se sonrojaron y se encogió sobre el asiento, abrumada.

—Que no se acostumbre.

Sonrió abiertamente y se inclinó sobre ella, le cogió la barbilla entre los dedos y le levantó el rostro.

—Todo o nada, gatita —le recordó—. Conmigo, sabes que siempre será, todo o nada.

Su sonrojo aumentó, pero sus ojos reflejaron el placer que ya coloreaba su piel.

—Todo, lobo feroz, todo.

—Buena decisión, caperucita, buena decisión —aseguró inclinándose sobre ella para besarle los labios.

—Supongo que eso me deja a mí como el Cazador, ¿eh? —añadió Casio, capturando también su barbilla para girarla en su dirección y besarla a su vez.

—Mi cuento de hadas favorito —replicó ella después haciendo que los dos se echasen a reír.

Sí, después de todo, el vestirse de sirvienta francesa y presentarse en aquel local con una misión en mente, la había llevado al mismísimo infierno, pero no se quejaría. En cierto modo había terminado ganando, prueba de ellos eran los dos hombres que la mimaban y la volvían loca de la más erótica de las maneras.

SERÁS MÍO

Kelly Dreams

CAPÍTULO 1

Estrangularla era una gran idea, pensó Gabriel, una que acabaría con sus problemas con esa endemoniada muchacha. No. Ya no era una niña, había dejado de serlo hacía años pero él se negaba a verlo, se obligaba a seguir considerándola la pesada mocosa que le había seguido a todos lados como un perrito perdido.

Conocía a Kitty desde que estaba en pañales, toda su familia la conocía. Diez años menor que él, había sido compañera de juegos de sus hermanos pequeños, un chico que no había dudado en trepar a los árboles o lanzarse la primera en una pelea terminando con un moratón en la cara.

Pero el chico había quedado olvidado en su infancia convirtiéndose en una pequeña y preciosa mariposa al llegar a la adolescencia, una que no había sino crecido en atractivo y perseverancia.

«Te lo juro, Gabriel Falcon, un día tú serás para mí».

Esa declaración que pronunció en la fiesta de navidad delante de toda su familia, lo había llevado por la calle de la amargura durante todos estos años. La mocosa se había encaprichado de él hasta el punto de armar un escándalo cuando, en una celebración a la que ambos habían asistido, él llegó acompañado por una mujer —su actual amante en esos momentos—, y la pequeña fiera casi la despelleja, después de insultarlo a él.

La última vez que se habían visto no habían terminado precisamente en muy buenos términos y, prueba de ello era la pequeña protuberancia que conservaba a causa de la rotura del tabique nasal; Jeremy, el tercero de los hermanos Falcon, le había roto la nariz y la culpa había sido de esa intrigante y condenada mujer. En honor a la verdad, tenía que darle las gracias a Jeremy por ello, ya que de lo contrario, aquella noche podría haber terminado en un completo desastre.

Los Falcon no eran precisamente afortunados en el amor, sus relaciones con las mujeres habían sido más bien desastrosas y, la suya, no había sido menos. Su historia de amor se había ido a la mierda una semana antes de la boda en la que uniría su vida con la que había sido su mujer desde el primer año de universidad. No solo había pillado a la hija de puta de Charlotte con su socio dándose el lote sobre la mesa de su oficina, dando así por finalizado su compromiso, sino que había tenido que verla morir una semana después bajo las ruedas de un coche, cuando asistía a una reunión con ella. El hijo de puta se había saltado un Stop y la había arrollado. Él había estado esperándola en la cafetería del otro lado de la calle y lo había presenciado todo.

La semana siguiente a eso solo se encerró en su casa, viviendo a base de comida precocinada y, sobre todo, bebiendo. Kitty había estado allí, llamando suavemente, pidiéndole que la dejase entrar, quedándose allí durante horas, hablándole y diciéndole que todo iría bien. Pero él no podía responder, todo lo que podía ver era el accidente, a Charlotte sin vida en el suelo de la carretera. Al final de la semana, los ruegos pasaron a convertirse en gritos, el pequeño incordio abandonó la suavidad en sus palabras y pasó a atacarle, a decirle lo gilipollas que era, a insultarlo... Sus lágrimas habían sido lo peor, tanto así que terminó enfurecido con ella, abriendo la puerta y

arrastrándola al interior para darle una lección.

«¿Esto es lo que quieres? ¿Esto?».

Le había magullado los labios, la había besado como castigo, enfadado consigo mismo por tenerla allí y, seguramente habría llegado mucho más lejos, jodiéndolo todo, si Jeremy no hubiese aparecido en ese momento y lo hubiese apartado de ella para luego darle un buen puñetazo.

Su hermano le había dado una paliza, la verdad fuera dicha, lo había sacado de la mierda de autocompasión en la que se había metido y lo había devuelto a una semejanza de normalidad.

Seis años. Seis largos años habían pasado desde ese momento, seis años en los que ella había desaparecido de su vida, con esa mirada herida, dolida y triste.

Una mirada que no tenía nada que ver con la que ahora compartía con cualquiera que quisiese mirarla en medio de la pista de baile.

—Gabe... Gabe... ¡Gabriel!

Se sobresaltó al escuchar cómo alguien le gritaba al oído. Giró la cabeza y encontró a Jeremy sentado en el taburete del bar del club *Triple Trouble*, el mismo lugar que llevaba ocupando los últimos cincuenta minutos.

—A menos que quieras hundir el bar, te sugiero que cierres ya el maldito grifo —le indicó el pequeño fregadero del que ya desbordaba agua.

—¡Mierda! —cerró inmediatamente y empezó a soltar tacos al ver cómo había puesto el suelo—. Joder... Puta noche...

Jeremy se rio entre dientes y echó un disimulado vistazo a la pista de baile.

—Deduzco por tu cara de gilipollas que no sabías que Kit había regresado a casa.

Lo fulminó con la mirada mientras se las arreglaba para recoger el estropicio que había organizado.

—Yep, esa es suficiente respuesta, hermanito.

—¿Qué coño hace ella aquí? —siseó, dividiendo su atención entre secar el suelo y la pista de baile—. ¿Quién le ha dado una invitación?

—Ese sería yo.

—¿Cómo?

—Nos encontramos de casualidad el miércoles pasado, la invité a comer y, me preguntó por ti —se encogió de hombros mientras fingía ser el epítome de la inocencia—. Quería saber si ya habías sacado la cabeza del culo.

—¿Te has vuelto loco?

Echó el pulgar por encima del hombro.

—¿Le has pegado un buen vistazo? Ya no es precisamente una niña —insistió con tono despreocupado—. Está muy buena y, está claro que sigue pensando en ti.

—A la mierda contigo, Jer —sacudió la cabeza—. ¿Tengo que recordarte que me pegaste un puñetazo y me rompiste la nariz por el simple hecho de besarla?

—Tenía veintiuno y tú estabas como una jodida cuba, además de sumido en una estúpida auto culpabilidad por lo de Charlotte —aseguró sin más—. Te hice un favor. Si te hubieses acostado con ella, habrías cometido una estupidez aún mayor y ambos habríais terminado heridos.

—Guárdate tus dotes de consejero para quien quiera escuchar.

Su hermano puso los ojos en blanco.

—Aún encima que te hago la consulta gratis.

—No la necesito —declaró y señaló hacia la pista de baile—. Ella está fuera de mi menú. Eternamente. Fin de la historia.

Chasqueó la lengua e hizo girar el whisky en su vaso, oyendo el repicar el hielo.

—Es bueno saberlo, así no te entrarán los mil males si la gatita decide ponerse a jugar —rumió—. Que, a juzgar por el modelito, es exactamente lo que tiene en mente.

Fue incapaz de no volver a mirar, la maldita estaba enfundada en un micro vestido de látex negro que enmarcaba sus pechos, haciendo asomar los globos a través del círculo que cortaba el vestido cerrado en el cuello y dejaba entre ver la piel de la línea del costado, desde el torso al muslo, a través de aberturas circulares. El traje se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, dejando muy poco a la imaginación. El pelo castaño le caía en tirabuzones hasta debajo de los hombros y esas largas y estilizadas piernas terminaban en unos zapatos transparentes que le daban unos buenos doce centímetros a su breve altura.

De la chica en vaqueros, camiseta y coleta que él conocía no quedaba ni el recuerdo, esta ya no era una niña de veintiún años, era una jodida y sexy mujer de casi veintiséis que hacía que su polla despertase deseosa de fiesta.

—Si lo hace, la mato —no pudo evitar responder al previo comentario de su hermano.

Jeremy se echó a reír, una genuina carcajada que hizo que algunos de los presentes se girasen en su dirección.

—Oh, vas a tener una noche muy larga por delante, Gabe, una jodidamente larga.

Gruñó, algo le decía que su hermano no se equivocaba. Esa noche iba a ser un jodido infierno.

CAPÍTULO 2

Kitty dejó escapar un pequeño resoplido mientras le daba la espalda al bar. Ese hombre iba a caer, como que se llamaba Kitty Callahan que Gabriel Falcon iba a ser suyo esa noche.

Llevaba enamorada de él toda la vida, desde que supo lo que era el amor, su corazón se había empeñado en prendarse de un hombre que no la veía nada más que como una niña latosa, una mocosa que no hacía más que incordiarle y que se volvía loca de celos cuando veía a alguna de esas estúpidas mujeres de plástico colgadas de su brazo.

Se lamió los labios y evitó mirarse a sí misma. Sabía que no era un palo de escoba, sus curvas eran generosas, lo habían sido desde que salió de la pubertad y ni las dietas más famosas del mundo habían podido arreglar eso. Pero entonces, ¿para qué arreglarlo? Ella se sentía bien así, si alguien la deseaba, tendría que hacerlo tal y como era, pues de lo contrario, no la estarían viendo a ella.

Había aprendido eso por el camino difícil. Después de lo ocurrido esa semana seis años atrás, se había convencido a sí misma para seguir adelante y olvidarse del imbécil que no la veía ni aunque se desnudase y se pusiera a bailar delante de él.

Ya había sido bastante malo enterarse que su amor de juventud estaba prometido y su boda sería inminente, su joven corazón se había roto en pedazos en aquella época. Como cualquier adolescente, había pensado que jamás se recuperaría y que terminaría muriéndose de amor por él. Sí, sus pensamientos siempre habían sido un poco teatrales. Pero entonces, él había descubierto que su prometida le era infiel, solo para verla morir delante de sus narices días después.

El shock había sido enorme para todos, apenas habían empezado a asimilar que ya no habría boda y estaban asistiendo al funeral de la que habría sido la novia.

A pesar del tiempo que había pasado, era incapaz de olvidar esos interminables días pegada a su puerta, hablándole, diciéndole que todo iría bien, que el dolor pasaría y que podía contar con ella, como amiga, como confidente. Habría dado lo que fuese por que le dijese una sola palabra, por que abriese la puerta y la abrazase buscando consuelo, pero él se había mantenido en silencio, uno que solo se había roto hacia el final.

Tenía que admitir que había perdido la paciencia, su falta de respuesta, el saber lo que podría estar haciéndose a sí mismo la comía por dentro. Su temperamento había estallado y la llevó a aporrear la puerta y a decirle la clase de imbécil que era. Lo acusó de querer morirse también, de culparse por algo que no era culpa suya con tal de sentirse culpable. Le gritó, descargó toda su ira y su frustración, su negativa a aceptar su consuelo solo para que esa maldita puerta se abriese y apareciese frente a ella.

Pero aquel hombre no era su Gabriel, era apenas una sombra del hombre que amaba. Con el pelo revuelto, ropa de hacía varios días y una barba que hablaba de falta de higiene, el hombre que poseía su corazón la había arrastrado al interior de la vivienda, la había empujado contra la pared y, después de decirle un montón de cosas hirientes, la había besado dispuesto a hacerle

daño.

Su primer beso con él no podía haber sido más cruel y al mismo tiempo igual de inolvidable. La había asustado, oh sí, la había asustado como el infierno. El olor a alcohol, el sabor al mismo en su boca y la crudeza de sus manos cerniéndose sobre su cuerpo no era lo que ella esperaba, pero incluso hoy, era incapaz de olvidarlo.

Jeremy había llegado entonces y las cosas se habían ido por el desagüe. Había golpeado a Gabe repetidas veces solo para recibir también los golpes de su hermano, ninguno escuchó sus gritos, ninguno quiso detenerse cuando lo pidió entre lágrimas. La sangre en la cara de su amado, los golpes en el rostro de su futuro cuñado y todo provocado por su presencia allí.

Esa noche le había dado la espalda a ambos y a su juventud, había dejado atrás los sueños y aceptado las pesadillas, se había apartado para no herir más al hombre que amaba, al que a pesar de sus continuos intentos, no había podido olvidar.

Y allí estaba ahora, en el *Triple Trouble*, un club nocturno que pertenecía al hombre que estaba dispuesta a recuperar, a hacer suyo, aunque fuese solo por una noche.

Los años que había pasado en la universidad y lejos de la familia la habían desatado un poco, qué demonios, la habían convertido en una verdadera harpía. El sexo dejó de ser ese sueño de amor de una adolescente y se convirtió en un juego más. Ni siquiera quería recordar cómo había perdido la virginidad; en una fiesta de fraternidad, con un completo desconocido y en un jodido cuarto de baño. Había querido echarle la culpa al alcohol y su poca tolerancia al mismo, pero ya no era la niña que había sido y sabía, sin necesidad de pruebas, que la rabia que vivía todavía en ella, la habría empujado a eso y a otras cosas igual de absurdas e irreflexivas.

El que sus tetas hubiesen aparecido en un periódico local junto con las de otras tres compañeras activistas, en una protesta contra el maltrato animal, solo ponía de manifiesto la clase de locuras a las que había sucumbido.

Pero eso ya había quedado atrás, ahora era una respetable auxiliar de clínica veterinaria, con trabajo fijo desde hacía año y medio y a sus veintisiete años, ya solo le quedaba una cosa para dejar por fin el pasado atrás; Él.

El que estuviese ese fin de semana en Las Vegas era culpa de su madre. Una amiga de su infancia se había puesto enferma y, fiel a su naturaleza compasiva, había cogido el primer vuelo para ir a echarle una mano. Estaría en Nevada dos semanas, lo que la había obligado a tener que volar desde Michigan, dónde vivía y trabajaba, a Nevada para traerle unas cosas que necesitaba para su estancia.

El encontrarse con Jeremy Falcon había sido otra de las sorpresas inesperadas del fin de semana. Había tenido que presentarse, recordándole su nombre, pues en un primer instante, no la había reconocido. Siempre amable y educado, el tercero de los hermanos Falcon la había invitado a comer —no había aceptado un no por respuesta—, con la excusa de ponerse al día y, durante ese intervalo de tiempo, había sido inevitable no preguntar por Gabriel.

—A Gabe le va bien —le había dicho—. Tiene su propia empresa de construcción y, tengo que reconocer, que es un contratista endiabladamente bueno.

Sonrió ante el palpable orgullo en la voz masculina.

—Así que, al final se salió con la suya. —Ella sabía que la intención de Gabriel era seguir un camino distinto al resto de sus hermanos. No quería trabajar en el campo de la seguridad, sus metas eran otras.

Jer asintió y la miró con cierta curiosidad.

—Sí, siempre ha sido bueno en eso —aceptó.

La velada transcurrió en medio de anécdotas, comentarios sobre sus propias vidas y trabajos hasta finalmente recalar en el descubrimiento que la había traído hoy hasta allí.

Ni siquiera sabía por qué había aceptado la invitación de Jeremy o como habían llegado al hecho de comentar la existencia del club nocturno, el caso es que ahí estaba.

La canción con la que estaba bailando terminó entonces, sonrió de soslayo a los hombres que se habían reunido a su alrededor, despachó un par guiños sin comprometerse, se quitó manos indeseadas de encima con pericia y se deslizó a través de la sala hacia el bar.

Había llegado la hora de enfrentarse con su pasado.

CAPÍTULO 3

—Gabriel Falcon —pronunció su nombre mientras se sentaba en uno de los taburetes de la barra del bar.

—Kitty Callahan —replicó al mismo tiempo, dejándole claro que sabía quién era.

—Y yo Jeremy Falcon —soltó él girándose en el taburete—. Ahora que ya hemos dicho los nombres de los tres, ¿tenemos premio?

Ella se rio, sus ojos chispeaban de diversión y se inclinó sobre la barra, haciendo que ese par de hermosuras destacaran.

—Es posible —declaró ella, sus ojos clavados en él—. ¿Me ofreces una bebida?

—¿Qué te apetece tomar?

—Sorpréndeme.

—¿Un agua con gas?

Ella hizo un mohín y puso los ojos en blanco.

—Ponme algo con alcohol.

—¿No es muy temprano para eso?

—¿Qué edad crees que tengo, Falcon? —se insinuó.

—¿Edad mental o física?

—Es así como recibes a las viejas amistades?

—No, es así como recibo a las vecinas mocosas de las que no he tenido noticias en los últimos años —le soltó. Entonces buscó bajo la barra y sacó una cerveza de la nevera—. ¿Qué ha sido de tu vida?

Aceptó la cerveza y se la llevó a los labios haciendo un poco de tiempo.

—No puedo quejarme, las cosas han salido tal y como quería que saliesen... al menos hasta ahora —comentó con gesto misterioso—. Vivo en Michigan.

—¿Michigan? ¿Y qué te ha traído hasta Nevada?

—Mi madre —hizo una mueca—. Vino a cuidar a una amiga y me ha tocado traerle algunas cosas aprovechando que libro los fines de semana.

—Un viaje bastante largo para solo un par de días.

Se encogió de hombros.

—Hay cosas por las que merece la pena hacer un esfuerzo —comentó, mirándole por encima de la boca de la botella—, y personas.

Enarcó una ceja ante su velado comentario y optó por no responder.

—Por lo que veo, a ti también te ha ido bien —aseguró echando un vistazo a su alrededor—. Curioso negocio el que tienes aquí.

—Curiosos tus gustos, si has terminado aquí.

—De acuerdo, ¿queréis que monte un *ring*, os de un par de guantes y continuáis con este

interesante combate? —los interrumpió Jeremy.

—No será necesario —declaró, mirándola a los ojos, dejándole claro que no estaba interesado en ella. Una mentira del tamaño de Manhattan—. Aunque ya que tú la has invitado, Jer, estoy seguro que podrás hacerle compañía.

—Vaya. Y yo que había pensado que el paso de los años te habría hecho menos capullo.

—De igual modo, yo habría pensado que habrías adquirido algo de madurez.

A juzgar por la sombra en sus ojos y la forma en que se sobresaltó, acababa de herirla en su orgullo.

—Niños, niños, comportaos o no os dejaré ir al recreo —intervino de nuevo—. ¿Dónde ha quedado el «*cuanto tiempo sin verte? Has crecido. Estás impresionante. ¿Quieres jugar?*».

Lo fulminó con la mirada.

—Jer, no estás ayudando.

—¿Se suponía que tenía que hacerlo? —fingió sorpresa—. Diablos, tendrías que habérmelo dejado claro desde un principio, *brother*.

Esperaba que su madre no se cabrease si se cargaba a uno de sus hermanos. Jeremy estaba haciendo méritos para no terminar la noche... vivo.

—El caso es que... sí, quiero jugar —declaró ella entonces, sorprendiéndoles.

Ambos la miraron.

—Así que quieres jugar.

Sonrió como un diablillo.

—Ajá —aceptó y se inclinó hacia delante con lentitud—. Contigo.

—¿Conmigo?

Se lamió los labios y lo recorrió con la mirada, la pequeña y sexy diablillo lo puso duro al instante.

—Sip.

—No sabes dónde te estás metiendo.

En realidad, ni siquiera lo sabía él mismo.

—Pues enséñamelo.

Tentador, pero no. Ni loco iba a caer en sus tretas.

—No me retes, mocosa.

Enarcó una ceja ante su respuesta e hizo un mohín.

—Pues deja de llamarme mocosa.

La miró de arriba abajo, apreciando abiertamente su figura, deteniéndose un poco sobre sus pechos haciendo que toda su sangre burbujease en sus venas.

—Lo haré, cuando me demuestres que no eres una mocosa —declaró mirándola a los ojos.

Sus labios se curvaron en un sexy y coqueto mohín.

—Lo haré cuando te atrevas a jugar conmigo.

Entrecerró los ojos, entonces dejó el paño a un lado, se quitó el breve delantal y se lo lanzó por encima a su hermano.

—Quédate en la barra.

Jeremy abrió los ojos como platos.

—¿Yo? —se rio—. Tío, yo soy bueno de este lado de la barra, no del otro.

—Incluso tú sabrás servir un par de consumiciones, Jer —le dijo al tiempo que salía del bar y se detenía a su lado—. Además, no me llevará mucho tiempo.

No pudo evitar poner los ojos en blanco. Si pensaba que la iba a despachar pronto, podía

pensarlo otra vez.

—Yo que tú, pedía refuerzos, Jeremy, solo por si las moscas.

El hombre se limitó a mirar a su hermano y frunció el ceño.

—No seas muy duro con ella... o se vengará.

Quizá debía haber prestado más atención a sus palabras y al silencioso intercambio entre los hombres, eso podría darle una pista de lo que iba a pasar. Sin embargo, su excitación era tal que todo en lo que podía pensar era en saborear esos labios, en deslizar las manos por ese duro y fuerte cuerpo y alcanzar el cielo.

—No seré demasiado duro —respondió, tomándola de la mano y tirando de ella—, solo le daré algo en lo que pensar.

—¿Eso es una promesa, cariño?

La mirada que le lanzó por encima del hombro la estremeció.

—Puedo prometerte una cosa, gatita —declaró con pereza—, no lo olvidarás.

—Eres un bastardo sádico —le aseguró Jeremy entre risas—. Sabes que te va a odiar por esto, ¿no?

Siguió la mirada de su amigo hacia la cruz de San Andrés dónde había atado y amordazado a una revoltosa Kitty. La adorable y sexy mujer pensaba que podía salirse con la suya, presentarse con esa voluptuosa figura, enfundada en ese vestido fetichista y hacer lo que le daba la gana.

—Necesita un poco de mano dura y aprender modales —declaró mirándola por debajo de las pestañas—. Déjala quince minutos ahí y luego mándala a casa.

Jeremy se señaló a sí mismo con un dedo.

—¿Yo? ¿Me has visto aspecto de suicida? —negó con la cabeza y puntuó la barra—. Puedo echarte una mano aquí, si es que consideras arriesgarte a que envenene a alguien, pero eso... Ah, no, Gabe, quiero mucho mis huevos como para que ella me los arranque. Llama a Reaver, él podrá cubrirte las espaldas.

Puso los ojos en blanco, le dio la espalda.

—¿Y si alguien se interesa en ella?

No lo harían. Había dejado perfectamente claro que nadie podía tocarla, liberarla o dirigirle la palabra sin su permiso. Un poquito de disciplina no le hará daño.

—Está terminantemente prohibido que te pongan una sola mano encima.

—Eres un gilipollas, lo sabes, ¿no?

Resopló.

—Quince minutos —le indicó—, luego te relevo.

Sin más, echó un último vistazo en dirección al fondo de la sala y le dio la espalda. Necesitaba despejarse o iba a cometer una jodida locura.

CAPÍTULO 4

Iba a matarle, destriparle, le haría el harakiri y se quedaría tan ancha. ¿Cómo se había atrevido a tratarla así? ¿Cómo había podido dejarla sola y atada como un jamón?

Empezaba a dolerle la mandíbula por culpa de la fuerza con la que la apretaba, la bola de mordaza que le había metido en la boca le había quitado la posibilidad de replicar o gritar como realmente quería hacer. Pegada al acolchado soporte, con las manos abiertas en cruz al igual que sus piernas, se sentía tan indefensa como cabreada. La mayoría de los miembros del club pasaban ante ella mirándola, dedicándole algún guiño o señalándola como ejemplo.

Afortunadamente había perdido la vergüenza años atrás, durante su tiempo en la universidad había decidido experimentar su sexualidad y se había atrevido con casi todo. Al final había decidido que no era un estilo de vida que encajase con ella, estaba bien para jugar de vez en cuando, pero no se veía obedeciendo sin rechistar o poniendo su voluntad en manos de ningún hombre de esa manera.

En cierto modo, esto precisamente era lo que la había preocupado al enterarse de que Gabriel era el propietario del *Triple Trouble*, pero la idea de volver a verle había restado importancia a todo lo demás.

Volvió a tirar de las esposas acolchadas que la mantenían atada y resopló frustrada al ver que no cedían ni un ápice. No estaban tan apretadas como para cortarle la circulación o lastimarla, pero sí lo justo como para que no pudiese soltarse por muchos esfuerzos que hiciera.

—¿Te echo una mano?

Jeremy se detuvo a su lado, la recorrió con la mirada y chasqueó la lengua.

—¿Nadie te ha hablado nunca de lo que significa la palabra sutileza?

Resopló a través de la mordaza, pero no perdió el tiempo en decir una sola palabra más.

—Si quieres acercarte a mi hermano, tienes que acercarte con un bisturí y no con una apisonadora —continuó. Sin avisarla, la rodeó y aflojó la mordaza de bola hasta que pudo empujarla con la lengua y deshacerse de ella.

—Unas tenazas... arrancarle las pelotas... de cuajo —siseó, gesticulando para aliviar la tensión de la mandíbula.

Jeremy enarcó una ceja, un gesto que hacía que guardase un enorme parecido con su hermano.

—¿Qué acabo de decirte?

—¡Me ha atado! —escupió.

—Tú solita te lo buscaste —se encogió de hombros.

—¡Y una mierda!

—Kitty...

Una advertencia en toda regla.

Resopló y tiró de nuevo de las esposas.

—¿Te importaría soltarme?

—Estoy pensando en si lo hago o no.

—¿Perdona?

—Te conozco casi desde que llevabas pañales, gatita —aseguró sin más—, y él también.

—Ya no soy una niña.

—Eso salta a la vista —declaró apreciando su figura—, y eso, también, es el problema principal de esta ecuación.

—¿Cómo demonios puede ser eso un problema?

Sonrió de medio lado.

—Lo es cuando dejas de ver a la niña con quién creciste como una mocosa y la ves como una compañera de juegos potencial.

Ahora fue su turno de enarcar una ceja.

—Me ha rechazado, Jer.

Sonrió y empezó a desatarla.

—¿Y eso cuando te ha detenido?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Sí, eso pensé —se rio el hombre y terminó con las esposas que le ceñían los tobillos—. Ahora, sé buena y procura que no quiera suicidarse... cuando acabes con él.

Se frotó las muñecas y aceptó su mano para bajarse de la plataforma.

—¿Por qué me da la impresión de que estás de mi parte?

Le besó la mano, sorprendiéndola con el gesto y le guiñó el ojo.

—Porque estoy deseando ver a mi hermano suplicar.

CAPÍTULO 5

¿Podía una sola mujer traer consigo tantos problemas? Kitty, sí. Los suficientes para que hubiese cometido la estupidez de jugársela y dejarla atada en la cruz de san Andrés. Lo que tendría que haber hecho era ponerla de patitas en la calle, el club no era lugar para ella o eso es lo que quería creer, lo que deseaba creer. Necesitaba que ella volviese a ser esa mocosa de antaño para poder seguir ignorándola y mantenerla alejada de él.

Él estaba acostumbrado a tomar lo que deseaba y marcharse después. Sus mujeres no duraban más allá de una noche; odiaba los reproches, las lágrimas de cocodrilo y la absorbencia de muchas de ellas. Su interés desaparecía en el momento en que abandonaba sus cuerpos convirtiéndose en otra muesca más en una larga lista. Era un hijo de puta y lo sabía.

Dejando escapar un frustrado gruñido, cruzó la habitación dejando atrás la cama de plataforma redonda, se sacó los zapatos y los calcetines, a los que siguió la camiseta. La tensión de la noche le había pasado ya factura, estaba incómodo, excitado, su sexo empujando alegremente contra los pantalones.

El cinturón cedió también cayendo al suelo, desabrochó el botón y se dirigió hacia el cuarto de baño.

Necesitaba una ducha y quitarse de encima todos esos pensamientos calientes con la última mujer que debía darles rienda suelta. Sus pies descalzos entraron en contacto con el frío suelo provocándole un estremecimiento que dejó atrás para abrir el grifo del agua caliente.

Se quitó los pantalones y los calzoncillos dejándolos a un lado, su sexo se mantenía erguido y orgulloso, un ligero tirón en la dura y caliente carne hizo que resbalase la mano y se acariciara a sí mismo.

Gruñó, dejó escapar un jadeo entre los dientes y suspiró. Estaba excitado, el haberse restregado contra ella mientras la restringía lo había encendido y llevado al límite. Había sabido que de quedar tras la barra del bar antes o después habría sucumbido a sus propios deseos; ella.

Se relamió y disfrutó de la sensación de sus dedos acariciando la dura erección. Su mente actuó por sí sola reemplazando su mano por una de dedos largos y suaves, una que había acariciado y rodeado cuando cerró la muñequera de las esposas a su alrededor. El solo pensamiento lo hizo gemir, sus caderas se impulsaron solas hacia delante acicateadas por la imagen que se formaba en su mente y resolló con frustración.

Frustrado consigo mismo se metió bajo el chorro de la ducha y permitió que el agua caliente lo recorriese por entero. El gel de baño rodó en sus manos antes de extenderse sobre la piel borrando las huellas de sudor y reavivando un cuerpo sobre excitado. Fue imposible evitar que su mente siguiese su propio curso, que fantasease con la mujer que había dejado en la planta de abajo y la cual, si Jer hacía lo que le había pedido, ya no estaría cuando volviese. Ahora eran sus manos las que le recorrían el cuerpo, acariciándole los músculos, rozando el suave rastrojo de vello que

espolvoreaba su pecho y descendía en una fina línea negra desde su ombligo hacia su sexo. Se imaginó esos sensuales labios sobre él, bajando sobre su dureza, saboreándola, sosteniéndole tan íntimamente como podía hacerlo una mujer. Dejó escapar un gemido y se apoyó con una mano en la pared mientras la otra se cerraba alrededor de su erección bombeando con premura. Deseaba su boca sobre él, conducirse profundamente en ella, sentir su lengua acariciándole, rodeándole y probando su sabor mientras se la chupaba.

Su pene tembló en su mano, sentía los testículos apretados, la necesidad hizo presa de él clavando sus garras con desesperación. Sus caderas se impulsaban solas hacia delante, en su imaginación era la mano de ella la que rodeaba su sexo, la que le acariciaba más y más rápido, apretándolo, extrayendo de él lo que deseaba. Oía sus jadeos, un eco distante procedente del recuerdo que lo empujó hacia la culminación. El semen brotó con fuerza machando los azulejos, resbalando sobre ellos mientras él se encargaba de vaciarse por completo dando un poco de tranquilidad a su cuerpo, aunque no por ello calmó la excitación que ella le había provocado.

—Sabes, hay algo realmente erótico en ver a un hombre darse placer a sí mismo.

La inesperada voz lo llevó a dar un respingo, se giró y se quedó sin palabras al ver al objeto de su deseo de pie en medio del cuarto de baño y, vestida únicamente con una diminuta toalla.

—¿Qué haces tú aquí?

La vio lamerse los labios, lo recorrió con la mirada y finalmente se encontró con sus ojos.

—Demostrarte que no soy la mocosa que crees que soy —aseguró con voz suave—, y que esta mujer que ves ante ti, está dispuesta a hacer lo que sea para que entiendas una cosa.

Entrecerró los ojos.

—¿Cuál?

Caminó hacia él, dejó caer la toalla y entró en la ducha, pegándose a él, pero sin tocarle todavía.

—Que eres mío.

Esos suaves labios se posaron sobre los suyos iniciando un caliente y húmedo beso que lo puso de rodillas.

CAPÍTULO 6

Kitty gimió ante la rápida respuesta, sus manos volaron a su cuerpo, moldeándola, acercándola a un cuerpo mojado y duro que contrastaba con su blandura.

—Eres igual de impetuosa que antaño —lo escuchó murmurar contra sus labios—, pero mucho más peligrosa.

Se retiró lo justo para mirarle, sin querer separarse ni un solo centímetro de él ahora que por fin lo tenía.

—No para ti, nunca para ti —prometió, lamiéndose los labios.

—¿Qué es lo que buscas, Kit? ¿Un polvo? ¿Follar un rato?

Sus palabras podían parecer duras, pero no había burla en ellas, solo curiosidad.

—¿Por qué yo?

Porque te quiero, estúpido, porque nunca he podido dejar de hacerlo, aunque lo intenté con todas mis fuerzas.

—¿Acaso necesitas una respuesta para todo? —respondió en cambio, deslizando las manos sobre su pecho, acariciándole las oscuras tetillas, relamiéndose ante la perspectiva de lamerlas—. ¿No puedes pensar, sencillamente, que te deseo?

Se puso de puntillas, mordiéndole la barbilla.

—Porque te deseo, Gabe —aseguró deslizando la mano hacia abajo entre sus cuerpos hasta acariciarle el sexo—, y quiero que me desees también.

—No debería hacerlo —lo sorprendió con su franca respuesta, resbaló la mano sobre la suya y se la apartó solo para empujarla contra la húmeda pared de azulejos—, deberías desear huir y yo te dejaría hacerlo.

Se pegó a él.

—No voy a huir, no quiero huir —le dijo buscando de nuevo su boca—, y no dejaré que tú lo hagas.

Lo besó a conciencia, le hundió la lengua en la boca y se restregó contra él, haciéndole consciente de lo que tenía para ofrecerle, de lo que sería suyo si tan solo le daba la oportunidad.

Gabriel abandonó entonces su boca e inició un camino de besos a lo largo de su barbilla, le acarició el oído con la lengua, le mordisqueó la oreja y la hizo estremecer aumentando su excitación. Su sexo se humedeció aún más, chorreando por él. Su boca era una deliciosa tortura a la que no iba a renunciar, sus besos eran lo que siempre había ansiado y haría lo que fuera por disfrutarlos, por disfrutar de ese momento y hacerlo infinito e interminable.

Gimió de placer cuando le acarició el cuello con la boca regalándole mordisquitos y besos a lo largo de la tierna columna.

—Eres demasiado temeraria —murmuró él entonces, sus manos subieron a la cintura y, antes de que pudiese protestar, la giró, empujándola de nuevo contra la pared mientras le cubría la

espalda con su propio cuerpo—, y eso, siempre es un riesgo, gatita.

—Un riesgo que no me importa correr si es contigo.

La apretó, haciéndola notar su pene contra las desnudas nalgas.

—Pequeña y temeraria, Kitty —le acarició la oreja con la nariz—, solo espero que esto no acabe siendo un error.

No lo sería. Nada de lo que pudiese pasar ahora entre ellos sería un error.

Gabriel sucumbió a ella, deslizó las manos sobre esos hombros desnudos, resbaló sobre sus brazos, degustó la sensación de ese voluptuoso cuerpo apretado bajo el suyo que lo endurecía todavía más. Su pene había vuelto a engrosar en tiempo récord, el roce de las nalgas contra su dura polla le enardecía y ya podía imaginarse a sí mismo sumergiéndose entre sus muslos.

Sus manos alcanzaron las frágiles muñecas, acarició la suave piel interior con los pulgares siendo recompensado por un ligero estremecimiento y un sensual jadeo que le hizo sonreír. Kitty era una dulzura, impetuosa y con un cuerpo voluptuoso que encajaba perfectamente con el suyo. Le gustan esas curvas llenas, tener carne bajo sus manos y amortiguando su cuerpo, la encontraba realmente sexy, tanto que no podía dejar de tocarla. Esos preciosos pechos que había visto al desnudo eran lo suficiente grandes para sus manos, un par de montículos que se moría por tocar y degustar. Adoraba los pechos, podía ser un fetiche como cualquier otro, pero los de Kitty habían captado totalmente su atención desde el primer momento en que los vio contenidos por el indecente vestido.

Deslizó los dedos sobre sus costillas, apretando suavemente la carne que encontraba en el camino hacia su meta. Se concentró en mordisquearle un punto entre el hombro y el cuello haciendo que ladease la cabeza y la expusiera a su placer.

Ella sabía a crema, dulce y jugosa, puro aroma a mujer y un toque cítrico y especiado que la convertía en una cosita exótica. Sus dedos alcanzaron finalmente la meta deseada, senos grandes y grandes con puntiagudos pezones que se moría por tener en la boca.

Gruñó de placer al ahuecarlos en sus manos, comprobando su textura, su peso y disfrutando con ello.

—Perfectas.

Ella jadeó, restregándose contra él sin pudor, acariciándole a su vez, resbalando una mano hacia su cadera y la otra hacia su cuello, como si necesitaba sujetarse en esa vorágine sensual que los envolvía. Su cuerpo se arqueaba invitante, entregándose a sus manos, permitiéndole jugar con ella a placer.

Kitty lo escuchó gemir de placer, le amasó los pechos, acariciándole los duros y sensibles pezones con los dedos, excitándola al punto de obligarla a apretar los muslos para contener el ardor de su sexo. Alcanzó la fuerte columna de su cuello, hundió los dedos en el húmedo pelo y se deleitó con su textura. Toda ella estaba en llamas, malditamente excitada y la cálida agua de la ducha no hacía sino excitarla aún más. Era como miles de pequeñas caricias le tocasen la piel.

Dejó escapar el aire cuando notó como sus manos bajaban de nuevo a su cintura y la giró sin esfuerzo, permitiéndole ver una clara expresión de placer en su rostro mientras le miraba los pechos.

Gabriel se lamió los labios. Hambriento, la movió a su antojo, empujándola ahora contra la puerta de la ducha, recorriéndola con la mirada y deteniéndose una vez más en esos labios enrojecidos e hinchados por sus previos besos. Sucumbió a ellos, le mordisqueó la comisura, barriendo la huella con la lengua, compartiendo breves besos que no llegaba a profundizar. La deseaba caliente, húmeda, más excitada de lo que ya estaba, quería verla perdida en el placer.

Le acarició una vez más el labio inferior para finalmente introducirse en su boca y saquearla. Sus manos encontraron las suyas subiendo por sus brazos y las retuvo, bajándolas de nuevo hasta posarlas en la superficie del cristal, obligándola a mantenerlas allí mientras se apretaba contra ella, frotando su erecto sexo contra la suave de su estómago.

—Eres una pequeña hechicera —le susurró abandonando su boca solo para volver a darle un breve, pero intenso beso—. Quise alejarme y tú me trajiste de vuelta. Intenté ser honorable, intenté hacer lo correcto... pero eres demasiado impetuosa, demasiado apetitosa y un maldito y prohibido deseo al que no me veo con fuerzas de rechazar. —Un nuevo beso, una caricia de lenguas y una firme retirada que fue acompañada por un jadeo de protesta—. Así que voy a hacerte mía y a la mierda todo lo demás.

Introdujo una pierna entre sus piernas, separándose y volvió a ocuparse de esas tetas que lo mantenían embelesado. Sus dedos encontraron los desnudos pezones y los rodearon, acariciándolos, raspándolos con sus callosos pulgares antes de encerrarlos entre el pulgar y el índice notando su dureza.

La vio morderse el labio inferior con desesperación, sus manos resbalando en el empañado cristal, solo la pierna entre sus muslos y su espalda pegada a la puerta evitaban que resbalase hasta el suelo.

Sonriendo acercó la boca a uno de sus pezones, vertiendo su aliento sobre la puntiaguda carne. Sus ojos se alzaron lo justo para encontrarse con los de Kitty.

—Y este es mi plato preferido.

Se llevó el pezón a la boca, succionando suavemente, rodeándolo con la lengua, arrancando de su garganta incontrolables jadeos y gemidos. La sujetó contra la puerta de cristal, una mano en la cadera y la otra jugando con el pezón que no tenía en la boca.

Ella se retorció, lloriqueó, gimió, tembló bajo sus manos, se aferró como pudo a la resbaladiza pared y disfrutó de cada pequeño instante de ello. Sonriendo para sí, dejó que el pezón se le deslizara de la boca y sopló la rosada carne viendo como esta se arrugaba bajo sus atenciones. La respiración femenina se había acelerado, casi podía notar los latidos de su corazón, sus labios entreabiertos no hacían si no dejar escapar entrecortados jadeos que se vieron intensificados cuando pasó a prestarle la misma atención al otro pezón.

A Kitty le temblaban las piernas, en realidad, le temblaba todo el maldito cuerpo y su entrepierna se había convertido en un charco de humedad, su sexo latía de necesidad. De su boca ya solo escapaban excitados jadeos, apenas podía sostenerse, la pierna masculina parecía rozarse con su tierno sexo con cada movimiento que hacía volviéndola loca. Cuando tomó el pezón en su boca pensó que moriría allí mismo, la suave succión sobre su carne envió un relámpago de placer que se extendió directamente a su sexo.

—Gabe, por lo que más quieras, deja de jugar —rogó.

Él hizo oídos sordos a su ruego, no solo no la escuchó, sino que tragó con más fuerza, arrancándole un nuevo gemido. Sintió como su mano dejaba el otro pecho que había estado amasando y bajaba por su costado, sus dedos le acariciaban la sensibilizada piel en una promesa de algo más intenso.

Continuó descendiendo en dirección a su sexo y solo pudo contener el aliento, esperando, deseando sentirle allí.

Gabriel acarició el pezón una vez más mientras sus dedos jugaban sobre la piel de la parte inferior de su vientre, un rápido vistazo hacia arriba le mostró a una mujer que contenía el aliento, sus mejillas arreboladas, los labios entreabiertos con una expresión de puro deleite. Aquello lo

acicateó a continuar con esa peregrina y sexy exploración, cerró el grifo con una mano, cortando el agua y se dedicó a ella por completo. Encontró los húmedos rizos de su sexo y resbaló los dedos a través de ellos hasta los gordos labios que ocultaban su sexo.

La primera caricia le arrancó un nuevo jadeo, volvió a tomar posesión del atrayente pezón, amamantándose de él mientras sus dedos la acariciaban, abriéndose paso entre sus pliegues, buscando aquello que sabía la haría gritar sin pudor. Uno de sus dedos incursionó más allá, hundiéndose suavemente en su lubricado canal, estaba estrecha, muy mojada y por dios que caliente, la sensación de sus paredes vaginales oprimiendo su dedo era suficientemente bueno como para hacer que se corriera. Solo podía pensar en lo bien que se sentiría si fuera su polla la que estuviese en lugar de su dedo, la forma en que ella le envolvería, apretándolo en su vaina de terciopelo.

—Eres una cosita caliente, Kitty.

Ella gimió en respuesta.

—Tú me pones caliente.

Sonrió, no pudo evitarlo. Ella era directa, no se guardaba nada, su cuerpo era igual de honesto y eso lo hacía toda una novedad. Las mujeres que había conocido, con las que había tenido alguna clase de relación, eran cualquier cosa menos transparente, su ex prometida había sido una prueba viviente de ello. Pero Kitty, ella siempre había sido así, clara, directa, honesta.

—Quiero que te corras para mí —declaró, empujando sus dedos en ella, follándola lentamente—. Quiero escucharte gritar, ver alcanzar tu placer, saber que es por mí y solo por mí.

—Lo es —declaró ella, acercándose a él, buscando su boca para reclamarle un húmedo beso mientras la montaba con los dedos—, por ti, solo por ti.

Le mordió los labios, jugó con su lengua y se bebió el gemido que emergió de su garganta, mientras su cuerpo convulsionaba y se estremecía preso de un primer orgasmo.

Las piernas ya no la sostuvieron más, Gabriel la sujetó cuando resbaló hacia el suelo, apretándola contra su cuerpo mientras intentaba recuperar la respiración.

—Y ahora que ya hemos entrado en materia —le susurró al oído, ayudándola a incorporarse, girándola de modo que sus manos quedasen aprisionadas contra la pared—. Vamos a por el segundo asalto.

Sus manos se cerraron alrededor de sus caderas solo para deslizarse hacia abajo, observando su cara de incertidumbre y sorpresa al comprender lo que tenía en mente. Sus ojos brillaron de deseo, se mordió el labio inferior y, tenía que confesar, que ese era uno de los momentos más sexy que había tenido con una mujer.

—Ay dios...

Sonrió ampliamente, le dio una palmadita en el trasero y le separó los muslos al tiempo que descendía sobre sus rodillas.

—Agárrate si puedes, dulzura.

La primera pasada de su lengua le supo a gloria, ella era dulce, deliciosa y algo le decía que no se iba a cansar de ello.

—La madre que te... ¡oh, dios!

Kitty se aferró a la columna de la ducha cuando sintió el cálido aliento de la boca masculina cerniéndose sobre su sexo. La lamió una vez, dos, haciéndola dar un respingo, intuía que de no ser por las manos que la mantenían inmóvil habría saltado.

—Gabe... oh sí... dios sí...

Pero él no se detuvo, sino que volvió a lamerla, recogiendo sus jugos con la lengua,

saboreándola, bebiendo de su sexo... ¡Y qué bien sabía! Su dulzura se mezclaba con el sabor salobre de sus jugos, su aroma a mujer y excitación le estaba volviendo loco. Su polla palpitaba con rabiosa necesidad en el confinamiento de sus pantalones, necesitando liberación, pero todavía no, se merecía esta pequeña venganza por ponerlo al borde, por obligarlo a sucumbir.

¿A quién trataba de engañar? La deseaba rabiosamente, siempre la había deseado, incluso esos días en lo que ella no se había ido de su puerta, esa noche en la que la besó por primera vez... La deseaba. Quería hundirse en ella, montarla fuerte y rápido, hacer que suplicara por más, por correrse solo para mantenerla al borde permitiendo que se relajara solo para volver a excitarla una vez más, la deseaba loca de pasión, necesitada y desesperada, así era como deseaba a esta mujer.

—Gabe, por dios... oh, joder...

Sonrió para sí al escucharla, gemía y farfullaba cosas ininteligibles, sus dedos se habían enterrado en su propio pelo, acercándole más a ella y a su hambriento sexo. Acarició una vez más sus pliegues antes de incursionar en su interior, lamiéndola, succionándola, chupándola con hambre, su sabor y gemidos aumentando su propia necesidad, no podía esperar más, la necesitaba, quería estar dentro de ella, follarla hasta grabársela en la piel, hasta que no existiera para ella nadie que no fuese él.

Era una locura, lo sabía, pero así era como se sentía, como siempre se había sentido. En cierto modo, una parte de él, siempre había estado esperando este momento, esperando a que creciese, a que la diferencia de edad que los separaba no fuese tan evidente y ahora, parecía que ese momento había llegado.

—Gabe, por favor. No puedo más, necesito correrme, por favor.

Una vez más hizo caso omiso a su petición, la tomó con más ímpetu, amamantándose de su sexo hasta alcanzar la meta que había estado buscando, el cuerpo femenino empezó a estremecerse y ella se corrió una vez más con un pequeño grito desesperado.

Lamiéndose los labios, saboreando los últimos restos de su orgasmo, bajó sobre su propio cuerpo, acariciándose. Ya estaba hinchado, duro, sentía las pelotas pesadas y apretadas, quería hundirse dolorosamente en ella.

Kitty jadeó en busca de aire, seguía aferrada a la columna de la ducha, intentando mantenerse en pie. Su piel brillaba por el vapor que todavía colgaba en el cuarto de baño atrayéndolo como un faro en la niebla. Notó como le acariciaba la espalda y no pudo evitar estremecerse de placer bajo su contacto, era como si supiese que tecla exacta tocar para enardecerla. Gimió al sentir los dedos masculinos rozándole el contorno de los pechos, la suave piel de su tripa y finalmente las nalgas. Sus manos resbalaron sobre sus muslos acariciándole la parte interior un instante antes de acariciar su sexo con los dedos arrancándole un nuevo estremecimiento.

—Gabe...

Gabe. Ella siempre lo había llamado así. Solo le llamaba Gabriel cuando estaba cabreada con él o no conseguía su atención, para todo lo demás, su nombre siempre surgía con dulzura y suavidad de sus labios, una dulzura que ahora también contenía picaresca.

Se inclinó sobre ella con premeditada lentitud, su erecto pene le rozó las desnudas nalgas mientras dejaba un sendero de besos desde el inicio de su columna hasta el final. Encontró sus pechos y los acunaron, empezando a excitarla una vez más. Su cuerpo la cubrió desde atrás como una cuchara, encajando perfectamente, blandura contra dureza, suavidad contra fuerza.

—Te has salido con la tuya —le susurró al oído y frotó su gruesa erección contra las nalgas desnudas—. Al final, te has salido con la tuya, Kitty y, por dios que no puedo decir que no esté

satisfecho con ello. Esto es también lo que yo deseo.

Empujó suavemente, su polla abriéndose camino fácilmente a través de su lubricado canal, tomándola poco a poco. Kitty gimió, acogiéndole en el interior de su cuerpo, permitiéndole enterrarse hasta las pelotas, llenándola completamente; una sensación indescriptible.

—Eres una pequeña bruja deliciosa.

Ella se rio.

—Solo contigo, cielo, solo contigo.

Se inclinó sobre ella, le mordió el arco de la oreja haciéndola gemir.

—¿Estás bien?

Giró el rostro, sus ojos se encontraron con los suyos y le acarició los labios con los suyos.

—Estaré incluso mejor cuando te muevas.

Profundizó el beso, devorándola para finalmente complacerla a ella y a él mismo. Deslizó la mano entre sus cuerpos, buscando la perla oculta en su sexo para acariciarla, su boca cubrió la base de su cuello una vez más, besándola, mordisqueando esa apetecible piel y empezó a moverse, disfrutando de esa mujer.

—Gabe —gimió arqueando la espalda.

La envolvió por la cintura y buscó su boca, excitándola con un beso tan carnal como su actual unión.

—Eres deliciosa —gruñó sobre su boca—, un pecaminoso bocadito.

—Gabe —gimió su nombre, sobrepasada.

—Córrete para mí, Kitty —le susurró besándola tras la oreja, su voz entrecortada, jadeante por el esfuerzo—, quiero sentir como me aprietas, como te derramas sobre mí, quiero que grites mi nombre cuando te corras...

Ella sacudió la cabeza, los jadeos se hacían cada vez más intensos animándolo a penetrarla más rápido, más fuerte.

—Oh sí, justo así Kitty —empezó a penetrarla más rápido, más fuerte—, ven a mí, tesoro, déjate ir...

Ella gimió, su cuerpo sacudiéndose por las embestidas, su sexo apretándose en torno suyo, exprimiéndolo, buscando ordeñarlo.

—¡Gabriel! —gritó su nombre arqueándose contra él—. Oh, dios, ¡Gabe!

Un ronco gruñido brotó de la garganta masculina unas cuantas embestidas después, uniéndose a ella en su propio orgasmo.

Jadeante y agotada, Kitty dejó que su cuerpo se deslizara contra el de Gabriel, quien la abrazó mientras intentaba recuperar su propia respiración.

—Eres mi perdición —declaró él entre jadeos, manteniéndola contra él—. Lo sabes, ¿no?

Los hinchados labios se estiraron en una perezosa y traviesa sonrisa.

—Me lo dijiste una vez hace años, aunque entonces estabas un poquito... perjudicado —respondió girándose en sus brazos.

—¿Un poquito perjudicado? —se rio.

Ella correspondió a su sonrisa.

—Vale, borracho perdido —aseguró, entonces lo miró con dulzura—. También me dijiste que no eras adecuado para mí, que lo mejor que podía hacer era dar media vuelta e irme.

—Pero no lo hiciste.

—Nop —aceptó—. Esa última noche te dije que ibas a ser mío y te reíste.

Sí, lo recordaba. Se había reído porque esas palabras habían bailado en su mente tras besarla.

Eso había sido antes de que apareciese Jer y lo hiciera entrar en razón a golpes.

—No quería hacerte daño.

—Lo hiciste —aseguró ella, pero no había reproche en su voz—. Pero yo no soy de las que se rinde fácilmente, Gabriel Falcon. Esa noche decidí que ibas a ser mío.

Dejó escapar un suspiro y le cogió la barbilla.

—Por esta noche, lo seré —aceptó acariciando sus labios—. Todo tuyo, Kitty, todo tuyo.

Ella le rodeó con los brazos y se pegó aún más a él.

—Ese es un buen comienzo.

CAPÍTULO 7

Gabriel volvió al bar un par de horas después, no se arriesgaba a dejar mucho más tiempo a Jeremy solo ante el peligro. Su hermano podía ser un fantástico inspector de incendios, pero no iba a arriesgarse a dejarlo demasiado tiempo en un medio que no era el suyo. Al contrario que Wolf, que se pasaba a menudo y le echaba una mano ocupándose de la barra cuando a él le apetecía jugar, el tercero de sus hermanos no estaba hecho para la hostelería en ninguna de sus vertientes. Podía dejar la contabilidad en sus manos y lo bordaría, pero servir bebidas, no era su campo de acción.

Afortunadamente, parecía que todo estaba en su lugar, había un par de parejas descansando y tomándose algo y él estaba charlando con una exuberante mujer que, cogió su consumición y le dedicó una sensual sonrisa llena de promesas.

No pudo evitar echar un vistazo por encima del hombro pensando en la mujer que había dejado en la ducha. Kitty había conseguido salirse con la suya esa noche, la pequeña revoltosa lo había puesto contra las cuerdas y se había alzado con la victoria del primer round.

Sacudió la cabeza y devolvió su atención a la barra, tenía que ser muy cuidadoso con lo que hacía, jugar era una cosa, pero algo le decía que ella quería más, mucho más.

—Vaya, parece que has sobrevivido al huracán Kitty —se rio su hermano—. Di «*Gracias, Jer*».

—Debería haberte atado a ti a la cruz y no a ella.

Su risa aumentó.

—Me gustaría verte intentándolo.

Resopló y rodeó el bar, para intercambiar lugares.

—Te dije que la enviases a casa.

Su hermano se quitó el delantal y se lo entregó.

—Si lo hubiese hecho, ahora mismo estarías preguntándote qué habría pasado si ella se hubiese quedado —le soltó. Entonces sacudió la cabeza—. ¿Crees que no me he dado cuenta? ¿Que ninguno nos hemos dado cuenta de lo que esa mocosa significaba para ti? Sinceramente, Gabe, me sorprende que no me hubieses mandado a la mierda esa vez e ido a por ella.

—Le llevaba diez años... —Un recordatorio que insistía en utilizar como escudo.

—Los mismos que le llevas ahora.

—Solo era una cría...

—Una que te hacía tilín.

—No me hacía...

Jeremy resopló.

—Tiempo muerto, hermano —lo interrumpió—. No voy a entrar contigo en una discusión que no nos va a llevar a ningún lado.

Se limitó a poner los ojos en blanco y empezó a recoger vasos y colocarlos en el lugar dónde debían estar.

—Solo procura no joderla de nuevo esta vez, ¿ok? —pidió con voz seria—. Ella no es Charlotte. Si la lastimas, vas a tener un enorme problema.

—No voy a lastimarla, Jer, yo la...

Su hermano sonrió con picardía.

—Quieres —aseguró palmeándole el brazo—. Y eso es justamente lo que quería oír.

—No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho.

—No hacía falta, es algo que se ve a simple vista —aseguró, entonces se inclinó hacia un lado y levantó la mano—. ¿Te has divertido, gatita?

No necesitaba mirar hacia atrás para saber de quién se trataba.

—¿Acaso lo dudabas? —se rio ella. Se sentó en uno de los taburetes y sonrió con esa dulzura y picaresca que le volvía loco—. ¿Me puedes poner algo que no contenga alcohol? Tengo que volver conduciendo.

Se limitó a asentir y le preparó un coctel de frutas, refrescante y sin alcohol, que puso frente a ella.

Sus miradas se encontraron y ella se la sostuvo durante un buen rato.

—¿No vas a preguntarme dónde me alojo?

Sonrió a su pesar, esa mocosa era sagaz.

—¿Debería hacerlo?

Ella se inclinó sobre la barra y se lamió los labios.

—Sí, deberías —aseguró con gesto coqueto—. Porque me estoy alojando en un hotel y sería todo un detalle que alguien me rescatase de ese frío y serio lugar.

Enarcó una ceja ante su abierta sugerencia.

—¿Todavía no has tenido suficiente?

Sus labios se curvaron suavemente, se inclinó sobre la barra, extendió el brazo agarrándole la camiseta y tiró de él hacia ella.

—Gabe, de ti, jamás tendré suficiente.

Lo besó con suavidad, un roce de labios antes de volver a sentarse y mirarle satisfecha.

—Así que, ¿cuándo cierras esto?

—A las dos y media de la mañana —se adelantó Jeremy, quien había estado observando el intercambio bastante divertido—. No dejes que se quede ni un solo minuto más. Y Kitty, bienvenida a casa.

Sí, iba a estrangular a su hermano, posiblemente antes de que sus palabras se hiciesen inevitablemente realidad.

—¿Entonces...? —insistió ella, una vez quedaron a solas—. ¿Debo volver a mi hotel?

—¿Tienes idea de dónde te estás metiendo?

Su mirada se volvió seria durante un momento, sus ojos se encontraron y le sostuvo la mirada durante un buen rato.

—Lo que sé es que ahora eres mío, Gabriel Falcon —le dijo totalmente convencida—, y te quiero demasiado como para dejar que sigas haciendo el gilipollas alejándote de mí.

Y esa era una declaración que, si bien intuía, no esperaba ver surgir de sus labios, no de esa manera y allí.

—Nunca has sabido lo que es el tacto, ¿eh?

Ahora sonrió.

—Claro que sí, pero contigo necesito mano dura —declaró risueña—. He esperado demasiado tiempo por este momento, Gabe. Sé lo que quiero, siempre lo he sabido y haré lo que esté en mi mano para que me creas.

—¿Y si yo no te quiero, Kitty? ¿Has pensado en ello? —insistió, necesitaba que ella recapacitase, dejarle la oportunidad de tomar otra decisión si así lo deseaba—. ¿Y si solo te quiero para jugar? ¿Para echar un polvo?

Se encogió de hombros.

—Pues entonces seremos compañeros de juegos y nada más —aceptó con gesto razonable.

Sacudió la cabeza.

—Tienes respuesta para todo, gatita.

Ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Acaso lo dudabas?

No, no lo dudaba. Como tampoco dudaba que esa pequeña haría todo lo que estuviese en su mano para salirse con la suya una vez más. Y condenado fuese, porque estaba deseando verla intentarlo, así el resultado fuese terminar completa e irremediamente enamorado de su pequeña y mocosa vecina.

—Eres como una fuerza de la naturaleza, Kitty —aseguró—, no hay forma de resistirse a ti.

—Bien —aceptó complacida—. Entonces, ¿en tu casa o en mi hotel?

No pudo evitarlo, su perseverancia lo llevó a sonreír.

—¿Ahora que tú también eres mía? —aceptó en voz alta—. En mi casa y ya veremos a dónde nos lleva eso.

Ella asintió, cogió su consumición y la levantó en un silencioso brindis.

—Me parece bien —aceptó y tomó un sorbo—. Allí te recordaré a quién perteneces exactamente.

Oh, él ya lo sabía. Era suyo, ahora y siempre, sería todo suyo.

CONQUISTADA

Kelly Dreams

CAPÍTULO 1

Elizabeth Carmody se mordió el labio inferior y respiró profundamente antes de colocarse bien el bolso. Se llevó la mano a la boca y rescató el chicle de mental que había perdido ya el sabor y lo envolvió en un trozo de papel y lo dejó caer en la papelera más cercana.

Era esta noche o nunca.

No podía seguir vacilando y, mucho menos, haciendo algo tan estúpido como escuchar conversaciones de su jefe con su hermano a hurtadillas; Wolf Falcon le pegaría una patada en el culo y la sacaría de la empresa en un abrir y cerrar de ojos si lo supiese.

Resopló y reanudó sus idas y venidas sin moverse del trozo de suelo que llevaba más de quince minutos desgastando con sus tacones. Había perdido un tornillo y no había manera de encontrarle reemplazo.

—Esto es una auténtica locura —farfulló girando sobre los talones para volver a caminar—. Nadie en su sano juicio hace estas cosas.

Una nueva vuelta y a caminar otra vez.

—Sí, lo mejor será que me vaya a casa —decidió. Entonces sacudió la cabeza—. Pero si lo hago, ya no habrá vuelta atrás.

Y con lo mucho que le había costado decidirse a presentarse allí, sabiendo que él estaría...

—No. He llegado hasta aquí, solo necesito un poquito de valor.

Valor que le costaba encontrar debido a su timidez natural, que le había impedido decir lo que realmente quería cuando lo tenía delante, a él, Jeremy Falcon, el inspector de incendios que la había rescatado un par de meses antes de terminar bajo el techo de su propia casa.

Su entonces novio —ahora no era más que un exnovio gilipollas al que no quería volver a ver ni en pintura—, había cometido la enorme estupidez de hacer una barbacoa en el diminuto balcón de la cocina. Eso había terminado en un inesperado incendio que había consumido toda la habitación y dañado la estructura; algo que solo había notado cuando el techo empezó a descascarillarse sobre su cabeza.

Jeremy Falcon había estado allí para inspeccionar el lugar como perito del seguro, al igual que todas las compañías, estas no iban a soltar un solo centavo a menos que no les quedase más remedio.

Se suponía que nadie podía entrar en la casa hasta que los técnicos diesen el visto bueno, pero tras enterarse de lo ocurrido —pues había estado de visita en casa de su hermana Cleo cuando la llamaron—, no había existido fuerza humana que hubiese podido detenerla de entrar en su casa.

Él había terminado herido por culpa suya. En su afán por alejarla del peligro, un trozo del techo se había desprendido golpeándole en el hombro; una herida de la que todavía se estaba recuperando.

Suspiró, se detuvo una vez más y levantó la mirada hacia la entrada del club nocturno que

presidía el bajo del edificio, el cual pertenecía a Gabriel Falcon, el hermano mayor de Jeremy. Esa misma mañana, su jefe, Wolf, le había pedido que llamase a su salvador para recordarle que tenían una reunión en el local.

«Dile que se lo espera a las nueve en el Triple Trouble. Y que más le vale no llegar tarde».

La voz directa y firme de su jefe contrastaba con la de su socio, Casio, un tándem que hacía de su empresa una de las mejores empresas de seguridad del país.

La llamada despertó en ella toda una amalgama de emociones, escuchar su voz la dejaba caliente y temblorosa e incluso tuvo un momento en el que terminó balbuceando.

Sacudió la cabeza y deslizó las manos sobre el ceñido vestido negro que se había puesto, una prenda que chocaba estrepitosamente con lo que solía vestir generalmente.

—Esto es una mala idea, una malísima idea —rumió, sacudió la cabeza y volvió a empezar a caminar de un lado a otro—. ¿Qué le voy a decir?

¿Cómo demonios se le pasó por la cabeza que podría venir hasta aquí y entrar como si nada? No estaba muy segura de qué clase de club era este pero, a juzgar por la gente que había traspasado las puertas del mismo en todo el rato que ella llevaba allí, algo le decía que no iban precisamente a tomarse unas copas.

Deslizó la mano a través de la espesa melena pelirroja que se había dejado suelta sobre los hombros y liberó algunos mechones que habían quedado presos bajo el asa del bolso. Miró el reloj, pasaban un par de minutos de las nueve y media. Si se daba prisa podría coger el metro, volver a casa y olvidarse de la estúpida fantasía de volver a ver a un hombre cuyo único contacto se limitaba a breves saludos y comentarios educados cada vez que la venía a visitar a su jefe.

—Sí. Nada se te ha perdido aquí, Lizzie, será mejor que vuelvas a casa antes de que hagas el ridículo.

Giró sobre los altos tacones, recolocó la tira del bolso y apenas había dado dos pasos cuando alguien chocó con ella, haciéndola trastabillar. Se giró volvió dispuesta a decir un par de cosas, pero las palabras se esfumaron de su garganta en se encontró con esa mirada.

—Lo siento. Ha sido culpa mía. Llego tarde y...

No siguió escuchando, las mejillas empezaron a arderle con la misma celeridad que sus miradas se habían encontrado, no pudo hacer otra cosa que dar un paso atrás.

—¿Elizabeth? —pronunció su nombre con visible asombro—. Vaya, no te había... reconocido.

No era de extrañar, puesto que no llevaba sus gafas, ni el pelo recogido, ni los trajes de oficina tras los que siempre se escondía. Esta noche no era la seria y eficiente secretaria y, ahora, tampoco estaba segura de ser lo que pretendía ser. Una mujer independiente y atractiva dispuesta a seducir al hombre más sexy, atractivo y divertido que había conocido en mucho tiempo.

—Señor Falcon...

CAPÍTULO 2

Jeremy llegaba tarde, media hora tarde, a decir verdad. Sus hermanos no habían dudado en recordárselo a cada cinco minutos después de que diesen las nueve. Había salido tarde de la última sesión del fisioterapeuta, cogido el coche y conducido hasta el aparcamiento de atrás para casi arrollar a la dulce ratoncillo que tenía ante sí.

Elizabeth Carmody era, entre otras cosas, la secretaria de su hermano pequeño, Wolf. La había visto alguna que otra vez tras el escritorio, pero no le había llamado la atención hasta la tarde en la que se vio obligado a sacarla de la casa que, según sabía, su novio había incendiado a causa de una estúpida barbacoa en el exiguo balcón de la cocina.

Él había estado haciendo su trabajo el día después del incendio, comprobando el lugar para presentar el informe al seguro, cuando una pequeña pelirroja entró como una exhalación, tropezando y precipitándose a la zona más inestable de todas; la cocina.

Hoy más que nunca agradecía a todo su entrenamiento su rapidez de reflejos, ya que, en vez de saldarse con una herida en el hombro, posiblemente la tarde habría terminado con ella muerta debajo de los escombros del techo y él en peor estado.

La eficiente y seria secretaria no había existido esa tarde, incluso su aspecto había sido totalmente distinto, haciéndola más joven y atractiva que con todo ese encorsetado traje gris que solía llevar. Su preocupación por la casa había cambiado inmediatamente cuando se dio cuenta de que él había resultado herido, prácticamente lo había arrastrado a fuera para meterlo en un coche tan pequeño que no entendía cómo demonios había cogido todo su metro ochenta y cinco sin romperse algo, y volar como un rayo al hospital más cercano.

Tenía que reconocer que su desesperación le había resultado divertida, aunque el dolor lo había convertido en un capullo gruñón.

La había insultado, la había llamado cabeza hueca solo para que ella le respondiese con el mismo tono. De aspecto frágil, delicado y una deliciosa timidez, aquel inesperado acceso de carácter lo sorprendió y lo dejó completamente embobado con ella.

Un ratón chillándole a un oso. La similitud había sido bastante divertida.

A partir de ese momento, cada vez que aparecía por la oficina de Wolf le preguntaba por su salud. Él aprovechaba esos interludios para hacer lo que más le gustaba; coquetear.

No era una mujer despampanante, de hecho, ni siquiera era su tipo, pero, al igual que ahora mismo, ese cambio de look era muy, pero que muy apetecible y el suave sonrojo que le cubría las mejillas la convertía en una cosita tierna y deliciosa.

La tela ceñida del vestido abrazaba sus pechos, la suave piel de su cuello quedaba expuesta al haberse echado toda la melena sobre un hombro reclamando silenciosamente la promesa de besos y mordiscos que le encantaría prodigarle. Curvas definidas y llenas, caderas llenas y enclaustradas en la tela y unas piernas torneadas y largas, para una mujer tan pequeña, la convertían en una más que apetitosa posibilidad para esa noche.

Si había algo que no había cambiado era el gesto tímido que hacía que le fuese imposible sostenerle la mirada durante mucho tiempo. Incluso cuando bromeaba con ella en la oficina, notaba esa ternura subyacente y la timidez que la convertía en algo raro y único.

¿A quién quería engañar? Deseaba a esa mujer. Lisa y llanamente.

No era un hombre de compromisos, no le gustaban las ataduras y sí jugar. Disfrutar del sexo y de las veladas esporádicas, si había pucheros o reclamaciones, borrón y a por la siguiente. Ese era su mantra y, hasta ahora, había cumplido perfectamente con lo que deseaba para sí mismo.

Por ello, seguía sin explicarse el motivo de que hubiese hecho una costumbre el pasarse por la oficina de Wolf al menos un par de veces por semana. Sabía que no era más que una excusa para verla y arrancarle esa perezosa sonrisa, notar sus mejillas sonrojadas y disfrutar de la compañía femenina de forma inocente. Su hermano se había dado cuenta de lo inusual de su comportamiento y había empezado a bromear con el hecho de hacerle un cuarto permanente en las oficinas.

—Creí que ya habíamos quedado en que nos tutearíamos, Lizzie —pronunció el diminutivo de su nombre, uno que ella le había dado solo para retractarse a continuación—. Con Jeremy es más que suficiente.

Observó se ajustaba bien el bolso al hombro y echaba un fugaz vistazo a su espalda, como si estuviese buscando la excusa perfecta para dejarlo plantado.

—Yo... siento... la interrupción, ya... tengo... tengo que coger el metro y...

¿No era adorable? Solía tener problemas para hablar cuando se ponía nerviosa, cortando las palabras, mesándose el pelo justo como ahora y echándole fugaces vistazos.

—Por el contrario, he sido yo el que tropezó contigo —aseguró reteniéndola—, y te pido disculpas por ello. Temo que llego un poquito tarde...

Como si quisiera dar testimonio de sus palabras, su teléfono volvió a sonar.

—¿Qué te decía? Se supone que tenía que estar aquí a las nueve, pero se me complicó la tarde —aseguró, entonces le guiñó un ojo—. Aunque eso ya lo sabes.

Su sonrojo se intensificó.

—Yo... será mejor que no te retrase más.

—Oh, no lo harás —declaró al tiempo que se acercaba a ella, le rodeaba la cintura con el brazo y la arrastraba, literalmente, tras él—, de hecho, sé que serás la excusa perfecta.

—¿Qué? —parecía verdaderamente asombrada—. ¿Qué excusa?

La recorrió con la mirada y sonrió.

—Que me entretuve al encontrarme con una deliciosa y sexy muñequita.

CAPÍTULO 3

Lizzie se sintió como si la hubiese arrollado un tren de mercancías a toda velocidad y dicho tren tenía el nombre y el aspecto de Jeremy Falcon. Ese hombre era puro pecado. De complexión amplia, hombros anchos y un rostro en el que se daban la mano la picardía y la sensualidad, era la fantasía húmeda de cualquier mujer que tuviese ojos en la cara. Y ella las tenía.

Si sus fantasías sexuales cobraran vida, lo harían con el rostro de ese pecado. Y sus ojos, ¿por qué demonios tenían que existir unos ojos tan enigmáticos? Ella los había visto una única vez lo suficientemente cerca como para saber que no eran negros, su color rivalizaba con el de la madera mojada, un tono marrón tan oscuro que a menudo se confundía con el negro.

Era incapaz de olvidar aquel momento, su cuerpo encima de él cubriéndola mientras caían sobre ambos partes del techo de su antigua cocina. Si no hubiese sido por sus rápidos reflejos, no estaba segura de sí habría salido de aquella entera.

Tragó, la sensación de sus manos sobre su cuerpo la excitaba tanto como la ponía nerviosa, más que un cosquilleo era como una descarga eléctrica que la dejaba temblorosa y tan húmeda que sentía la necesidad de apretar los muslos.

—No creo que esa excusa vaya a ser muy fiable...

Él enarcó una ceja, haciendo que su gesto resultase irresistible.

—¿Por qué no habría de serlo?

Se lamió los labios.

—Posiblemente porque tú serías el único en describirme de tal manera.

Parpadeó, un gesto un tanto extraño en él, quien siempre parecía seguro de todo lo que pasaba a su alrededor y que ahora, parecía sorprendido ante sus palabras.

Se separó de ella para dedicarle una profunda y totalmente directa mirada de apreciación masculina.

—No sé, nena. Si alguien no ve lo buena que estás, es que está tan ciego como un topo.

El calor que sentía ascendiendo por su cuello y se instaló en sus mejillas fue suficiente indicativo de que debía estar adquiriendo el color de una amapola.

—Yo... ah... gracias, creo.

Se rio. Un sonido ronco y masculino emergió de su garganta.

—No me las des, cariño, solo soy sincero.

Dicho eso, volvió a atraerla hacia él, hacia la dureza de ese cuerpo masculino y al embriagante aroma de su colonia.

—Lo juro —declaró levantando una mano a modo de juramento—. Palabra de *boyscout*.

Ahora fue su turno de parpadear.

—No eres *boyscout*.

Su sonrisa se hizo más profunda.

—Oh, pero lo he sido —aseguró, inclinándose ahora sobre su oído—, pero guárdame el

secreto, ¿vale?

No pudo evitar reír. Aquello era todo tan surrealista.

—Entonces, ¿aceptas tomarte una copa conmigo?

Una copa, dos, las que hiciesen falta. Todo el tiempo que él quisiera y más aún, pensó. Pero no estaba segura de que esa noche fuese la mejor para ello, especialmente dado el motivo por el que él había venido al club en primer lugar.

—Debería recordarte, por segunda vez el día de hoy, que tienes una cita —le informó con suavidad—. Y, cómo has apuntado, llegas tarde.

Su mirada se volvió más sagaz, se acercó de nuevo, haciéndola retroceder, solo para afianzar su agarre sobre ella.

—Solo una copa —insistió buscando su mirada—. Nada más, si eso es lo que deseas.

Oh, él no tenía la menor idea de lo que deseaba realmente y era una jodida suerte que fuese así.

—Además, ya estás vestida para el club.

El comentario la sacó de sus pensamientos. Esos ojos la miraban con inquisitiva fijeza, haciendo que se le acelerara el corazón. Diablos, si bien era tímida por naturaleza, no era cobarde, no se había acobardado ni se acobardaría jamás ante ningún hombre.

—No me vestí así para ir a un club —mintió descaradamente, obligándose a actuar con naturalidad, pero era tan difícil cuando estaba así de cerca. Su aroma a canela y menta le encantaba, lamería cada centímetro de su cuerpo solo para comprobar si también sabía de la misma manera.

Céntrate, Lizzie, céntrate.

—No —respondió él sobresaltándola—, lo hiciste para encontrarte conmigo.

La astuta respuesta la dejó sin aire, más aún cuando él sonrió de esa manera que prometía toda clase de perversidades y juegos húmedos.

Diablos, estaba metida en un buen problema.

Esos ojos oscuros pasaron a recorrerla una vez más, sus labios se estiraron en una satisfecha sonrisa masculina que, en su opinión, lo hacía parecer inclusive más sexy. Un lento e inocente gesto, la punta de la lengua acariciando el labio inferior dejando una huella húmeda y brillante de la parecía ser incapaz de apartar la mirada.

—Así que, saquémosle partido.

Obligándose a arrancar la mirada de la boca masculina alzó los ojos hasta encontrarse con sus ojos, inteligentes y cálidos y completamente honestos.

—¿Por qué?

La expresión de sorpresa en su rostro fue suficiente advertencia de la estupidez que acababa de preguntar. No había solución posible para ella, cada vez que estaba cerca de ese hombre, su cerebro hacía cortocircuito y era incapaz de hablar de hilar un solo pensamiento coherente.

—Olvidalo —murmuró, sus mejillas adquiriendo un intenso tono rojizo—. Ha sido una pregunta estúpida.

—¿No te fías de mí, cariño?

«Cariño». Siempre la llamaba así cuando la veía en la oficina de Wolf, llegando a hacerlo incluso delante de su jefe, quién se limitaba a poner los ojos en blanco y seguir con sus cosas.

¿Qué podía contestar ante eso?

«Claro que me fío de ti, evitaste que terminase debajo del techo de mi cocina».

Resopló en voz alta, llamando su atención

—Sí, claro que me fío.

Se rio.

—No lo dices muy convencida.

Se lamió los labios.

—Quizá es porque... no lo estoy, convencida quiero decir —aclaró. Entonces frunció el ceño y sacudió la cabeza—. No de fiarme o no de ti, sino de acompañarte.

Alzó la mirada y se encontró con la de él.

—¿Por qué me invitas? —preguntó—. No es como si no pudieses encontrar a alguna chica que pudiese acompañarte...

Los ojos marrones se cerraron sobre los suyos, dio un paso hacia ella y le cogió la barbilla entre el pulgar y el índice.

—Invitarte a una copa creo que es la manera más educada de pedirte que te unas a mí y aceptes jugar conmigo en el club —declaró sin apartar la mirada de su cuerpo—. Y, para ser totalmente claro, con jugar, me refiero a sexo. Tú y yo. Sin ropa. En la cama o dónde se tercié.

Parpadeó varias veces, abrió la boca, pero todo lo que pudo hacer fue balbucear.

—¿Qué quieres... qué?

Él arqueó una delgada ceja ante tal declaración, sus labios se estiraron en una pícara sonrisa un segundo antes de posar sus manos bajo sus senos y apretarla suavemente, acercándola a él.

—Follarte, Liz —acortó su nombre.

Sacudió la cabeza y dio un paso atrás, librándose de sus manos.

—No.

Ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Tienes una cita —señaló el club y, como si quisiera confirmar sus palabras, su teléfono volvió a sonar—. Lo... lo... lo ves.

Cogió el móvil del interior de la americana, respondió a la llamada y puso el altavoz.

—¿Dónde diablos estás? Llegas tarde y, con tarde, me refiero a jodidamente tarde —Una voz masculina sonó a través del altavoz.

—Estoy justo delante de la puerta.

—¿Y por qué coño no entras? —respondió una voz que conocía. La de su jefe.

—Porque tu secretaria no quiere jugar conmigo.

La respuesta se unió a su jadeo.

—¿Cómo?

—No puedo creer que hayas hecho eso —protestó ella.

—¿Esa es Elizabeth? —La voz de Casio se unió al corrillo.

—¿Quién es Elizabeth?

—Un ratoncito de biblioteca, sexy, eso sí, pero tímido —respondió el mismo hombre.

—No soy un ratón de biblioteca —barbotó ella en gesto defensivo.

—Nop, no lo eres —aseguró él—. Y ahora que estamos de acuerdo en eso, ¿me acompañas?

—¿Vas a traerla aquí? —La voz de Wolf era de completo alucine.

—Si la vieras también pensarías en ello.

—La conozco, Jer, lleva casi un año trabajando para mí —reclamó su hermano—. Y... joder... Mai, si das un paso más, te pongo sobre la barra del bar y te azoto el culo hasta que esté del mismo color que mi corbata.

Una ahogada respuesta femenina llegó de algún lugar.

—Esa es la pareja de mi hermano —comentó Jer a modo de explicación—, y de Casio.

¿Acababa de escuchar que había una mujer que era la pareja de dos hombres?

—Como sea, Jer, tráela contigo, pero entra de una vez.

La línea se cortó dejándola pasmada sin saber si mirar el teléfono o a él.

—No es posible que hayas hecho eso.

Sonrió de medio lado.

—Has dicho que llegaba tarde, así que, he avisado de que estamos fuera.

—¡Sí! ¡A mis jefes!

—Wolf y Casio solo son tus jefes cuando estás en la oficina.

—Esto es de locos —resopló. Se apartó de él y le dio la espalda—. Tú estás de psiquiátrico y yo, oh dios, yo no estoy mucho mejor.

—La locura es parte esencial de la vida —aceptó él, atrapándola por la cintura para atraerla hacia su cuerpo. No se molestó en disimular su propia excitación cuando la apretó contra su cuerpo, dejando que notase la dura erección que se apretaba contra su trasero—. Vamos, Liz. Di que sí. Ven a tomarte algo conmigo y, si después no quieres jugar, prometo guardarme las manos para mí.

Se mordió el labio inferior, excitada por el contacto.

—No son tus manos las que me preocupan —admitió.

Su aliento le acarició el oído.

—¿Tengo que hacerte un juramento de *boyscout*? —la acarició con su voz—. Prometo no hacer nada que tú no desees que haga.

Lizzie entrecerró los ojos, evaluando sus palabras, pensando en el verdadero motivo que la había llevado allí para empezar. ¿Se atrevería a dar ese paso?

—Si intentas alguna cosa...

Jeremy la ciñó aún más, descansando la barbilla sobre su hombro, debiendo inclinarse sobre ella para hacerlo.

—Cuando intente algo, lo sabrás —le aseguró—, ya que te avisaré antes.

Gimió interiormente, eso precisamente, era lo que más le preocupaba.

CAPÍTULO 4

Jeremy había prometido mantener las manos para sí mismo, pero no había dicho nada sobre la idea de fantasear con ella y hacerla partícipe de esas fantasías. Le encantaba ver cómo se sonrojaba, cómo sus ojos chispeaban y lo fulminaban obligándolo a interrumpir la descripción de sus intenciones. Debía confesar que hubo un par de momentos en el que temió que diese media vuelta y saliese huyendo, especialmente cuando llegaron a la sala principal del club, dónde se detuvo de golpe. Con los ojos abiertos como platos y un agónico jadeo escapando de sus labios, retrocedió con tanta rapidez que se habría caído si no la hubiese cogido entre sus brazos.

—Respira, cariño, respira —le susurró al oído.

—Esto... esto es...

—El *Triple Trouble* —declaró con un ronco susurro en su oreja—. Un lugar perfecto para jugar, ¿no te parece?

Tragó y se quedó allí, inmóvil. Y él la dejó. Quería darle tiempo para acostumbrarse, para tomar una decisión. Si no estaba preparada para ese tipo de juegos, la dejaría ir.

Pero no iba a hacerlo sin pelear. Estaba decidido a tenerla, conquistarla iba a ser el desafío más dulce de todos.

—Dime una cosa, Liz —le acarició el arco de la oreja con los labios—. ¿Qué llevas debajo de la falda?

Ella se tensó, se giró lo justo para poder mirarle.

—Ropa interior.

Sus labios se curvaron ante la directa respuesta.

—¿Qué clase de ropa interior?

Se la imaginaba con un diminuto tanga cubriendo su pubis y hundiéndose traviesamente entre los dos melocotones que formaban su trasero en forma de corazón, un coqueto ligero rodeando sus caderas y tiñendo de color sus muslos. Sabía por el tacto de sus pechos que llevaba sujetador y sin relleno. Sus senos eran llenos, succulentos y los pezones que destacaban en la tela del vestido... se moría por probarlos.

Un ligero tirón de su sexo le recordó que su pene estaba de acuerdo con él y sus apreciaciones.

—Ven, vamos a saludar antes de que decidan saltar sobre mí.

Notó su vacilación, la sintió temblar incluso, algo le decía que más que miedo era nerviosismo. Podía ser un tímido ratoncillo, pero él no le era indiferente. La había sentido estremecerse bajo sus manos, el titubeo en su voz y el color en sus mejillas había sido inmediato y rematadamente sexy. Lizzie era cálida, de una forma sencilla, sin pretensiones y aquello le gustaba, pero al mismo tiempo, aquella chispa que había visto en sus ojos cuando la llamaron ratón de biblioteca... Dios. Deseaba verla perder la compostura, dejar a un lado la timidez y dar rienda suelta a la emoción desenfrenada que había vislumbrado en sus ojos.

La deseaba, fuese como fuese, la deseaba y no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta,

no cuando esa negativa tenía de verdadero lo que él de santo.
Esa gatita iba a caer, solo era cuestión de tiempo.

CAPÍTULO 5

—¿Qué parte de quedamos a las nueve no has entendido?

Su recibimiento no pudo ser más cálido, pensó con ironía.

—Díselo al jefe del departamento de bomberos —replicó cogiendo uno de los taburetes libres e invitándola a tomar asiento—. Siéntate, cariño.

Wolf, quién tenía a su novia apoyada contra él parecía verdaderamente atónito ante la presencia de Lizzie.

—Joder, ¿de verdad eres mi secretaria?

La réplica de Casio no se hizo de rogar. Al ser socio de su hermano y trabajar en la misma empresa, conocía de sobra a la chica.

—A partir del lunes, quiero este atuendo como nuevo uniforme de trabajo —expuso recorriéndola con abierta apreciación con la mirada.

—Por encima de mi cadáver.

La réplica de la otra mujer no se hizo esperar. A juzgar por la forma en que se encogió y sonrojó, acababa de darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Cálmate, fierecilla, solo tengo ojos para ti —le aseguró Casio con un guiño.

—Sí, claro —rumió en un hilillo de voz.

—Hoy estás muy respondona, Mai —añadió Wolf, acercándola más a él.

—No sé de quién será la culpa.

Los dos hombres intercambiaron una divertida mirada y mientras Wolf sacudía la cabeza, su amigo añadió:

—Nena, a menos que quieras que Wolf te castigue, mantén la boquita cerrada.

Su respuesta fue echarle la lengua.

—¿Y Reaver? —preguntó buscando a su hermano por la sala.

—Abby tenía un nuevo caso y ha ido a echarle una mano —comentó Gabriel poniendo los ojos en blanco—. A Kansas.

—¿A Kansas? Joder, sí que le ha dado fuerte.

—Elizabeth, y... ¿cómo es que has terminado por aquí?

El interés en la voz de Casio era genuino, así como la curiosidad que subyacía en sus palabras.

—Una mejor pregunta sería, ¿cómo demonios has terminado con él? —añadió Wolf inclinándose para coger el vaso que Gabe había dejado en la barra y pasárselo a la mujer que permanecía apoyada entre sus piernas.

—Ha sido... cas... casualidad —tragó, mortificada por el temblor en su voz.

—No dejes que te intimiden, no son tan fieros como parecen.

Lizzie le dedicó una agradecida sonrisa a Mai, quién acabó pegando un salto en el regazo de Wolf.

—Alguien está haciendo méritos para ganarse un *castigo*.

La aludida pegó un salto, abandonando a Wolf para acercarse ahora a Casio.

—De eso nada —replicó acercándose al mejor amigo y socio de Wolf—. No he hecho nada que merezca un castigo.

—Nena, lo estás haciendo ahora mismo desafiándole —le recordó su otro jefe.

—Me encantan estos encuentros entre vosotros tres, es como asistir a un partido de tenis con Mai como pelota —se burló Gabe poniéndole a él una cerveza fría—. ¿Qué te pongo, gatita?

—¿Qué te apetece beber?

Señaló la cerveza que le había puesto delante.

—Lo mismo que él.

—Así que eres una chica de cerveza negra —ronroneó Gabe, abriendo una de las neveras para extraer una bebida—. Curioso.

—No empieces —lo atajó, se apoyó sobre la barra, extendiendo el brazo de manera protectora tras su acompañante—, o llamaré a Kitty y la lanzaré sobre ti como el Huracán Katrina.

—El Katrina es una brisa primaveral comparado con esa mujer —resopló. La pequeña Kitty había sido su vecina durante la infancia, diez años menor que Gabe, había sido una adolescente enamorada de su hermano mayor, un verdadero grano en el culo que había crecido para convertirse en una mujer fabulosa y con las metas claras.

Ahora estaba planeando conseguir una excedencia y trasladarse de su actual residencia a Nevada para vivir con el mayor de los Falcon. Oh, sí, Gabe no sabía dónde se estaba metiendo. Pero su hermano se merecía la felicidad que encontraba al lado de esa polvorilla y todos sabían que no había nadie que lo haría más feliz que Kitty.

—Está decidida a mudarse sin importar lo que yo tenga que decir al respecto.

—Lo cual lo hace una mujer inteligente —aseguró Wolf, mirando a su compañera, quién le devolvía la mirada con cierta timidez.

—Aquí tienes, gatita —le sirvió Gabe la consumición que había pedido—. ¿Quieres un vaso?

Negó con la cabeza, cogió la botella y se la llevó suavemente a los labios para dar un breve trago.

—Bueno, entonces, ¿cómo vamos a celebrar el cumpleaños de papá? —preguntó, sacando el tema antes de que empezaran a enzarzarse en otras cosas. No siempre podían reunirse todos, el hecho de que Reaver faltase era un indicativo de ello, así que, intentaban mantenerse en contacto pasándose por el *Triple Trouble*.

—Mamá quiere que movamos el culo al rancho y hagamos una barbacoa —informó Wolf—. No quiere que el tío Cliff ponga sus pezuñas y, cito textualmente, «sobre mis costillas de cerdo».

—Laura es una mujer inteligente —aseguró Casio abrazando ahora a Mai. La chica parecía estar conforme con ese arreglo, Wolf estaba más centrado que nunca y eso hacía que la chica fuese considerada ya de la familia.

Ese pensamiento lo llevó a mirar a Lizzie, quien permanecía en silencio echando fugaces vistazos a la sala principal. Reprimió una sonrisa.

—Tiene que serlo para no haberle pegado a papá todavía una patada en el culo —aseguró Gabe—. Entonces, nos organizaremos para ir el próximo fin de semana al rancho y empezar a prepararlo todo. Llamaré a Reaver para avisarle.

—Dile de mi parte, que como no vaya, me ocuparé personalmente de contarle a Abby todas las trastadas que hacía de pequeño.

—Eres vengativo, socio.

Wolf miró a su mujer, se levantó del taburete, la cogió de la mano y la arrancó sin esfuerzo del

abrazo de su mejor amigo para morrearse sin más con ella.

—Oh, no lo sabes tú bien.

Dicho eso, cogió a la chica y se la echó al hombro. Le magreó el culo y dejó caer la palma abierta con fuerza suficiente para que resonara y ella empezase a pelear y gritar como una *banshie*.

—Nos vemos después, si todavía estáis por aquí —declaró Wolf llevándose a su mujer pese a las protestas de ella.

CAPÍTULO 6

Ese hombre iba a matarla y ni siquiera necesitaría las manos, sus palabras eran un arma mucho más afilada y letal que cualquier posible acto y estaban haciendo estragos en su cuerpo. Lizzie sentía la piel tirante, la humedad se había instalado en forma de sudor entre sus pechos. Tensos, empujaban contra la tela del sujetador, los pezones duros se frotaban con cada movimiento obligándola a mantener la espalda recta para evitar aquella deliciosa tortura. Y señor, qué maldito calor, el ardor se había instalado en su cuerpo y había ido creciendo en intensidad al igual que su excitación, siempre espoleada por la sensual y profunda voz masculina, que hablaba sin cortarse un pelo de lo que realmente le apetecía.

¿Y ese lugar? ¡Cristo! Nunca había estado en un lugar así. Ni siquiera estaba segura de entender algunas de las cosas que pasaban allí, el chasquido de lo que parecía un látigo, gemidos y gritos de hombres y mujeres por igual... Ni siquiera la música podía ahogarlos y, lo peor de todo es que todos esos gemidos la estaban poniendo cachonda.

—¿Todo bien, cariño?

Volvió la mirada hacia la derecha, dónde Jer permanecía sentado, disfrutando de su cerveza fría.

No. Nada estaba bien. La piel le hormigueaba bajo la maldita tela, el sujetador parecía haber encogido una talla comprimiendo sus hinchados pechos y el tanga, aquella maldita prenda parecía dispuesta a darle la noche ajustándose más a su empapado e hinchado sexo.

—Estupendamente.

Alguien resopló al otro lado de la barra, su segundo jefe, Casio, sonría perezosamente mientras degustaba su propia bebida.

—Mientes igual de mal que mi Mai.

Mai era la mujer que había conocido al llegar, la misma a la que Wolf se había echado al hombro mientras ella chillaba y pataleaba, diciéndole un montón de improperios. Su jefe parecía estar mucho más cómodo que ella misma con su presencia en el local, tanto así que no se había cortado cuando le metió mano a su chica y le comió luego la boca delante de todos.

—¿Por qué no la llevas a uno de los reservados, Jer? —indicó Gabriel con un gesto de la barbilla hacia la zona de sofás—. Los altavoces están justo encima y amortiguan mucho más el sonido... ambiental.

Su sagaz acompañante, deslizó la mano alrededor de su cintura y tiró de ella al tiempo que se levantaba de su propio taburete.

—Tengo una idea mucho mejor. —Sin más, la hizo girar, la atrajo hacia sí y, tras enterrar ambas manos en su melena, bajó sobre su boca y la besó.

Todo pensamiento coherente o protesta que pudiese emerger de sus labios se extinguió de un plumazo, su boca se apropió de la suya, exigente, dominante, decidido a no hacer prisioneros.

—Y esa idea te incluye a ti, fuera de esa tortura —tiró del escote de su vestido—, y jugando

conmigo.

No pudo evitar tensarse ante su comentario, si su idea de jugar se parecía en algo a lo que veía a su alrededor.

—No creo que esto sea... para mí.

Se separó lo justo para mirarla.

—No lo es —declaró seguro—, por eso tú y yo, vamos a irnos al piso de arriba.

Parpadeó, pero eso fue todo lo que pudo hacer, porque su sexy rescatador la cogió de la mano y la arrastró sin preámbulos a través de la sala sin dejarse influir por sus intentos de detenerle.

—Jeremy, espera —pidió tambaleándose sobre los tacones que llevaba, los cuales eran más altos de los que acostumbraba a usar—. Vas a tirar... oh dios.

—Vamos a jugar —declaró cogiéndola en brazos y echándosela al hombro como si fuese un fardo.

Jadeó, pero su acto la excitó.

—Pero tú has dicho...

—...que te avisaría antes de hacerlo.

Dejaron atrás el bar, dónde Gabriel intentaba no reír abiertamente, las zonas de juego extremas, como ella las había apodado y entraron en un largo pasillo que se dividía en un tramo de escaleras.

Jeremy se detuvo entonces ante las escaleras, la deslizó al suelo y, sin previo aviso, la empujó contra la pared. La deseaba, la deseaba con desesperación, pero le había dado su palabra y, si ella no quería quedarse, no iba a obligarla. La aprisionó con su cuerpo, la espalda femenina quedó presionada contra la pared, con los brazos por encima de la cabeza, uno de sus muslos entre sus piernas desplazando el vestido hacia arriba. Los suaves y mullidos senos se apretaban contra su pecho, pero eran sus ojos abiertos con una pizca de temor, mezclada con pasión e incertidumbre quienes le obligaron a ir más despacio.

—¿Quieres irte, Lizzie? —preguntó con voz ronca. Sus ojos devorando los labios entreabiertos—. Dime qué es lo que deseas y te lo daré.

Ella lo miró a los ojos, buscando leer la verdad en ellos, pero se hacía difícil pensar cuando su cuerpo estaba aprisionado contra el suyo, sus senos aplastados deliciosamente contra el fuerte pecho masculino y su erección presionándose contra su estómago a través del pantalón.

—Si te quedas, haré que no te arrepientas —insistió—, pero si deseas irte... no te detendré.

Se lamio los labios y dijo lo único que podía decir; la verdad.

—No sé lo que quiero —aceptó en voz alta. Lo deseaba, oh, sí, lo deseaba como nunca, pero no estaba segura de si seguir adelante fuese lo más sensato.

Jeremy le acarició el rostro y apoyó la frente contra la suya.

—En ese caso, veamos si podemos descubrirlo juntos —declaró bajando la boca sobre la de ella.

CAPÍTULO 7

Jeremy gimió al sentir la suavidad de su boca, sus labios se entreabrieron tímidamente para él permitiéndole incursionar en el interior. Ella sabía a crema y licor, dulce y ardiente, un néctar al que muy bien podría hacerse adicto. En la posición de completa indefensión en la que la tenía, sin permitirle movimiento alguno, poseía todo el control, su boca mandaba y exigía una respuesta que ella le proporcionó con la más tibia de las caricias. El cálido aliento se mezclaba con el suyo, sus lenguas se tocaban una y otra vez en un silencioso intento de conocerse íntimamente retrocediendo ella cuando él avanzaba. Sus labios se sentían suaves y húmedos bajo los suyos, su boca se volvía tan hambrienta como la suya y un beso ya no fue suficiente.

—Te deseo —confesó lamiéndole los labios. Sus manos cedieron permitiéndole moverse ligeramente, recuperando una posición más cómoda mientras amoldaba su cintura y volvía a tomar su boca en breves y húmedos besos—. Deseo mucho más de ti, Lizzie.

Ella gimió en su boca, su cuerpo era un puñado de nervios corriendo a toda velocidad, su cerebro se había licuado con el primer contacto de sus labios, su sabor era adictivo y por lo mismo peligroso.

—Sube conmigo. —Abandonó sus labios y empezó a dejar pequeños besos y mordiscos por su rostro, ascendiendo hasta su oreja y deteniéndose en el lóbulo, chupeteando el pendiente en forma de bola que lo adornaba—. Juega conmigo esta noche, cariño.

Ella gimió, ladeando la cabeza, estremeciéndose ante las suaves descargas eléctricas que sus atenciones lanzaban por todo su cuerpo hasta desembocar en la húmeda excitación que aumentaba entre sus piernas.

—Jeremy...

—Sí, Liz —le respondió apartándose de ella lo justo para verle el rostro—. Solo dime que sí.

¿Se atrevería a decirle que sí? ¿Se atrevería a dar rienda suelta a su pasión y entregarse al hombre por el que había estado suspirando desde el mismo momento en que lo conoció?

Ella no era su tipo, no iba a engañarse con ello, solo era la secretaria de su hermano, una mujer común y corriente, ¿y él se estaba interesando en ella? ¿Quería llevársela a la cama? ¿Follarla allí mismo?

Cerró los ojos durante un instante y suspiró, si Cenicienta había tenido su noche, ¿por qué no iba a tenerla ella?

—Solo por esta noche...

Sonrió ampliamente, se lamió lentamente los labios y respondió.

—Será suficiente para empezar —aseguró tomando nuevamente su boca—. Y este es tan buen lugar como otro para hacerlo.

Lizzie jadeó cuando Jeremy la empujó escaleras arriba hasta un recoveco medio oculto en el descansillo, la apretó contra la pared y se quitó la chaqueta, dejándola caer a sus pies para luego besarla con ardor. Las manos fuertes y masculinas moldearon sus pechos por encima del vestido,

los pulgares hicieron contacto con sus pezones ya duros, atormentándolos con caricias interminables.

Dejó que sus manos vagaran sobre la camisa que todavía conservaba, uno por uno los botones fueron cediendo, sus uñas arañaron suavemente la piel mientras resbalaba la tela de sus hombros dejando a la vista la bronceada y suave piel masculina. Sus hombros eran anchos, duros, su pecho marcado por trabajados pectorales y abdominales, el hombre era magnífico y no tenía un solo gramo de grasa en cuerpo.

Sus manos obraron con la misma rapidez sobre la cremallera lateral del vestido, la bajó con un gruñido y empezó a resbalar la elástica tela por los hombros femeninos hasta bajársela a la altura de la cintura, dejando sus brazos atrapados en el proceso. Se la comía con la mirada, disfrutando de cada centímetro de su piel, buscando sus labios en breves pero intensos besos mientras sus manos seguían descendiendo ahora por encima del vestido. La moldeó con lentitud, apretándose contra ella, introduciéndose en el hueco de sus piernas.

Hundió las manos en su pelo, sosteniéndose anclada en sus brazos, sin dejar de besarle, disfrutando del ardor y el calor del momento. Los dedos masculinos acariciaron el borde de la falda del vestido, jugando con su piel y arrancándole pequeños jadeos mientras su boca bajaba por la columna de su cuello, sembrando pequeños besos que lo llevaron a enterrar el rostro entre sus pechos y aspirar su aroma. No pudo evitar temblar de placer al sentir su lengua deslizándose sobre su piel, su lengua atrapó uno de los endurecidos pezones por encima del encaje del sujetador, succionándolo en el interior de su boca, mojando la tela mientras se daba un festín con su pecho. La enloquecía sentir su erección pegada a su estómago a través del pantalón y solo podía pensar en lo delicioso que sería sentirse sin tanta ropa de por medio.

Jadeó al sentirse alzada.

—Rodéame con las piernas.

Lo hizo y él la apretó contra la pared una vez más, deslizando ahora las manos por debajo de la falda del vestido hasta cerrarse sobre sus caderas. La suave piel de su trasero se encontró con sus dedos, una suave exploración que la hizo gemir al notar sus manos apretándola tan íntimamente.

Jeremy volvió a ocuparse de esos magníficos pechos, dejó un pezón y se encargó de succionar rápidamente el otro. Amasó las prietas carnes, hundiéndose lo suficiente entre ellas para notar la empapada tela que cubría el hinchado sexo femenino. Los cálidos jugos resbalaban por los muslos, una clara evidencia de que el rato que habían pasado en la barra, la había excitado.

—Estás caliente —ronroneó entre lametones—, mojada, muy mojada.

Apretó ciñó los muslos en respuesta, sus dedos se deslizaron a través de su pelo mientras se derretía en sus brazos.

—Jeremy —gimió su nombre, frotándose contra su erección, consiguiendo un bajo y placentero siseo en respuesta—. Esto... esto es una locura.

Él sonrió y deslizó el dedo corazón a lo largo de la suave y depilada entrepierna, acariciando la tela que ocultaba el centro de su calor. Su recompensa llegó de la mano de un ahogado gemido y el repentino estremecimiento femenino.

—Es parte del juego —murmuró buscando ahora su mirada, deseando ver su rostro ruborizado, sus ojos brillantes de placer—, y tú eres una compañera de juegos perfecta.

Ella sacudió la cabeza, sus caricias la estaban volviendo loca, su mano se había desplazado hasta cubrirla casi por completo desde atrás, uno de sus dedos la acariciaba de atrás hacia delante friccionando la tela con su sobre excitado sexo y no podía hacer nada excepto permitirle y gemir en respuesta.

—Estás empapada —continuó susurrándole eróticamente al oído—, tan excitada que me mojas los dedos.

Lizzie se inclinó hacia delante, rodeándole el cuello con los brazos, ocultando su cara en su hombro mientras la intensidad y el placer iban en aumento.

—Ey —le susurró apretándola contra él—. No hay nada de lo que avergonzarse, dulzura. Así es como deseo tenerte, mojada, empapada, excitada y dispuesta a jugar conmigo.

Las uñas se le clavaron en la espalda haciéndolo dar un respingo, excitándolo si cabía todavía más.

—Así que mi ratoncilla tiene uñas —ronroneó al tiempo que sumergía el dedo por debajo de la tela, acariciando la húmeda y caliente carne—. Sí, esto es lo que quiero...

Gimió ante la inesperada invasión, su dedo la penetraba lentamente, con movimientos uniformes, su respiración se hizo demasiado pesada, la necesidad de aire la llevo a incorporarse en la medida de lo posible, pegándose de nuevo a la pared mientras se sostenía sobre sus hombros. Sus caderas empezaron a seguir la cadencia de la suave penetración, animándolo a ir más lejos, a penetrarla más profundamente.

—Oh, dios —gimió aferrándose con desesperación a sus hombros, sus rodillas haciendo presión para poder seguirle el ritmo—, Jeremy...

Se permitió el lujo de contemplarla mientras montaba su dedo, complacido por el rubor de la pasión que veía en sus mejillas, y el fuego encendido en sus ojos.

—Si pudieras verte ahora —ronroneó cambiando su peso durante un instante para poder sostenerla—, tan sexy, tan jodidamente sexy.

Ella sacudió la cabeza, sus labios húmedos e hinchados por sus besos se entreabrían dejando escapar pequeños jadeos, todo su cuerpo estaba en llamas, sus pezones encerrados en el confinamiento del sujetador estaban sensibles, demasiado sensibles, pero no era suficiente, deseaba más.

—Jeremy... yo... por favor —gimió inclinándose hacia delante, su boca buscando la de él en un húmedo beso—. Quiero... necesito...

Ante su tímida petición, él frotó su dura y palpitante erección contra su estómago sin dejar en ningún momento de atormentar su sexo.

—¿Esto? —le susurró con tono ronco—. ¿Quieres que te folle? ¿Quieres que te llene por completo?

Se mordió el labio inferior. ¡Sí! ¡Señor, sí! Lo deseaba, quería sentirse repleta por él, lo necesitaba. Si la dejaba ahora, dios, si la dejaba así no respondería de sí misma.

—Sí —murmuró mordiéndose el labio inferior—, por favor, hazlo... tómame.

Lizzie gimió cuando él retiró el dedo, la sensación de insatisfacción y abandono estaba punto de traer lágrimas a sus ojos.

—Desabróchame el pantalón —su voz sonó ronca en su oído—, y coge un preservativo del bolsillo trasero.

Ella se lamió los labios, sus ojos se encontraron una vez más.

—Hazlo, es parte del juego.

Aquella debía ser la situación más extraña en la que había estado jamás, medio desnuda, jodidamente caliente y a punto de ser follada en un hueco del descanso de un club erótico. Y no podía encontrar un maldito motivo por el que aquello no la excitara incluso más.

Siguiendo sus instrucciones, extrajo del bolsillo trasero de su pantalón un pequeño cuadradito de papel y descendió entre sus cuerpos para desabrocharle el pantalón y dejar libre la dura y

palpitante erección que salto a su mano tan pronto se vio libre. Su sexo era suave, caliente y lo notaba duro contra la palma de su mano.

—Cariño, si realmente quieres que te folle, tendrás que dejar de acariciarme así —aseguró entre bajos gruñidos—. Ponme el preservativo, quiero follarte.

Lamiéndose una vez más el labio inferior, se tomó un momento antes de romper el envoltorio y enfundarlo con la protección.

—Eres una buena chica —gimió, sus caricias lo habían puesto al borde, necesitaba tenerla tanto como ella lo deseaba, o quizás más—. Mi dulce y caliente buena chica.

Sin darle tiempo a pensar, la empujó contra la pared, sujetándola así para poder conducirse a su entrada y penetrarla profundamente con una única embestida que lo dejó alojado profundamente en su interior. Sus paredes vaginales lo apretaban formando una empuñadura perfecta, toda ella se tensaba a su alrededor, relajándose de nuevo, gozando de su tamaño, dejando escapar suaves jadeos entrecortados mientras clavaba una vez más las uñas en sus hombros.

Iba a dejarlo marcado pensó con irónica diversión un instante antes de retirarse para volver a embestirla, impulsando sus caderas hacia delante y hacia atrás, follándola con ardor. Sus gemidos hacían eco en las solitarias escaleras, el sonido de la húmeda carne chocando entre sí ocupó el lugar de la banda sonora, excitándolos a ambos.

Ella no podía respirar, todo su cuerpo estaba sobrecargado, el arrollador placer del momento la apabullaba.

—Jeremy... ay dios, Jer... —gemía su nombre una y otra vez.

Su amante se impulsó nuevamente en su interior, más fuerte, más profundo, robándole hasta el aliento.

—Sí, dulzura, justo así... —gruñó impulsándose ahora con fuertes estocadas hasta que por fin la sintió apretándole, sus paredes internas se cerraron a su alrededor mientras emergía un grito de liberación urgiéndole a unirse a ella en su propio éxtasis poco tiempo después.

Jadeante y agotada, dejó caer las piernas, terminando apoyada a duras penas contra la pared.

—Ay dios —gimió al darse cuenta de lo que acababa de hacer—. Ay dios, ay dios, hay dios... ¡Ha podido vernos cualquiera!

Sonrió ladino, se hizo cargo del preservativo y volvió a enfundarse los pantalones.

—En ello reside lo divertido de este juego, cariño —le dedicó un guiño—. Yo lo llamo, *«follada infraganti»*.

Abrió la boca para decir algo, pero no le dio tiempo. Depositó el preservativo en una papelera que parecía demasiado conveniente y tiró de ella una vez más, instándola a subir.

—Y no ha sido más que el principio.

CAPÍTULO 8

Ninguna de las fantasías de Lizzie podía haberse asemejado siquiera a la realidad, ésta superaba con creces todas y cada una de las sensaciones y perfección del momento. Cuando se encontró con él a las puertas del club, ni siquiera se le había pasado por la cabeza el que pudiese terminar de esta manera, jugando con el hombre que protagonizaba sus sueños eróticos; aquel que los estaba haciendo realidad.

Era capaz de hipnotizarla con sus palabras, conseguir que hiciese las cosas más impensables como estar con él en una habitación temática de un club erótico, vestida únicamente con ropa interior y disfrutando de una tardía cena.

—¿La cena también forma parte del juego? —preguntó disfrutando de unos canapés.

Jeremy, vestido únicamente con los pantalones, descalzo, sin camisa, con el pelo negro revuelto por sus manos, balanceaba el vino en su copa, mirándola por debajo de unas espesas pestañas desde su asiento.

—No se puede jugar bien con el estómago vacío, cariño —aseguró levantando su copa hacia ella en un mudo brindis.

Ladeó ligeramente el rostro, sus ojos encontraron tímidamente los de él. Ni siquiera el pasional interludio en el descanso de las escaleras podía evitar ese toque de timidez innata en Lizzie.

—No dejas de llamarme así, ¿por qué?

Esbozó una sensual sonrisa y se encogió de hombros con gracia.

—Encaja contigo —declaró. Dejó su copa a un lado y se levantó—. Eres suave, pequeñita, blandita —murmuró acariciándole el labio inferior con la yema de los dedos—, y malditamente sexy. Sentada detrás del escritorio, con esos enormes ojos de cervatillo mirándome desde detrás de las gafas... Una cosita dulce y deliciosa.

Se inclinó sobre su cuello, mordiéndola suavemente sólo para lamerla después arrancando un suave gemido. El canapé que todavía sujetaba cayó de lado, manchando el suelo, quedando del todo olvidado.

—Así que, creí que «cariño» era lo adecuado —aseguró lamiendo su camino hacia la oreja, seduciéndola con su lengua, sin dejar que ninguna otra parte del cuerpo la rozara—. ¿Sabes? He tenido sueños húmedos contigo. He fantaseado con esos labios carnosos sobre mí, con esos dedos acariciándome, tu lengua lamiéndome, esos hermosos dientes mordisqueándome... He fantaseado con tu boca haciéndole todas esas cosas a mi polla, Lizzie.

Sus palabras la mareaban, la dejaban maleable y dispuesta, su boca la atormentaba con placer, haciendo que se le acelerara la respiración y su corazón bombeara más rápidamente. Su piel se volvía receptiva ante la más sensible de las caricias, los duros pezones seguían empujando contra la tela, demandando nuevamente atención, su sexo volvía a estar hambriento de atención, los jugos resbalaban más allá de la tela mojándole los muslos, el olor almizclado del sexo sobre sus

cuerpos la excitaba incluso más. Estaba nuevamente excitada, deseándole.

Las imágenes se habían ido formando en su mente al tiempo que las relataba. Podía verse ante él, arrodillada en el suelo, desnuda, con las manos acariciándole las nalgas, retirando el calzoncillo para descubrir su dura y palpitante erección. Su sexo expuesto, abierto y goteante, pulsaría deseando ser llenado por aquella dura verga, sus senos acabarían frotándose contra sus piernas mientras se amamantaba de él. Se le hacía la boca agua con sólo imaginárselo, ella, la más tímida de las mujeres deseaba follarle con la boca, chuparlo y lamerlo hasta que todo lo que pudiese hacer fuera suplicarle que terminara y sólo entonces lo tomaría más profundamente, todo lo que pudiera conduciéndole al orgasmo y tragándose su semilla.

Se obligó a dar un paso atrás, sus ojos esquivaron rápidamente la inquisitiva mirada oscura de Jeremy, los nervios regresaron y la incomodidad y desventaja de encontrarse en ropa interior cobraron vida nuevamente trayendo a la tímida mujer que se sonrojaba cada vez que él la miraba.

—Eres tan transparente —aseguró recorriéndola con la mirada—. Tan clara, tan dulce y tímida... y al mismo tiempo, hay tanta pasión dentro de ti...

Se lamió los labios, sus manos se cruzaron delante de su vientre, incómoda, sin saber muy bien qué hacer con ellas.

—Una pasión que quiero volver a ver en esos ojos —murmuró cerniéndose sobre ella—, quiero ver a la mujer que me clavó las uñas, la que me apretó entre sus muslos y deseo su boca sobre mí. Te deseo lamiéndome, chupándome, follándome con fuerza con esa dulce boquita y, a cambio, te daré lo mismo...

Jeremy la vio tragar, vio como sus ojos azules se oscurecían con cada una de sus palabras, como bajaba la mirada a la cremallera abierta de su pantalón y se lamía los labios y tuvo que luchar con la maldita urgencia de tumbarla en el suelo allí mismo y conducirse profundamente en ella, poseerla una vez más hasta que fuesen un único cuerpo y seguir incluso después de ello.

Estaba enloquecido, febril, la deseaba con desesperación, imágenes de ella en todas las posiciones imaginables, de él tomándola una y otra vez, saciándose en ella para volver a empezar de nuevo. Estaba embrujado, esa mujer lo tenía embrujado.

—Desnúdate —ordenó mientras se llevaba las manos al pantalón y lo deslizaba por sus caderas y piernas hasta quitárselo por completo. El eslip negro de licra se amoldaba a sus curvas conteniendo su erección a duras penas—. Ahora.

Lizzie se lamió los labios involuntariamente, sus ojos habían seguido cada uno de sus movimientos hasta terminar sobre la abultada erección que asomaba más allá del elástico de los calzoncillos. Se estremeció, todo su cuerpo reaccionó instintivamente, el cosquilleo volvió a su piel, sus muslos se cerraron involuntariamente ante el ramalazo de placer que penetró en su sexo. Su lengua abandonó la húmeda cavidad de su boca para mojarse el labio inferior, la lujuria crecía lentamente aumentando con el combustible que le proporcionaba el magnífico ejemplar masculino que tenía ante sí, pero era incapaz de moverse, incapaz de hacer algo más que mirarle embobada.

—Desnuda, cariño —repitió con voz firme, profunda y endiabladamente sexy. Una suave caricia que descendió por la espalda femenina como una oleada de corriente.

Sus ojos se encontraron entonces, le sostuvo la mirada, permitiéndole retirarla si así lo deseaba, pero desafiándola a pesar de todo.

—Quítatelo para mí —murmuró nuevamente, apenas una suave caricia—. Y ven aquí.

Un profundo suspiro atravesó los labios femeninos un segundo antes de que las temblorosas manos alcanzaran el broche trasero del sujetador. Los tirantes se deslizaron por sus brazos, las copas liberaron sus pechos mientras el pequeño trozo de lencería caía al suelo.

La mirada de Jeremy sobre ella era como un afrodisíaco, aumentaba su apetito y el ver su complacencia le daba la seguridad que necesitaba para continuar.

Enganchó los dedos en la cinturilla del tanga y empezó a tirar de él pasando por sus caderas, deslizándolo a lo largo de sus piernas para finalmente sacárselo y dejarlo caer a un lado.

Él se lamió los labios, parecía querer decir alguna cosa, pero no podía encontrar las palabras.

—Y parece que al final me he salido con la mía —murmuró por fin recorriéndola lentamente con la mirada—. Te tengo para mí, completamente y a mi merced.

Sonrió tímidamente, pero caminó hacia él deteniéndose únicamente a un par de centímetros de distancia.

—No eres el único que ha ganado aquí —murmuró ella esbozando una suave sonrisa—, me estás dando mucho más de lo que imaginas.

Sonrió, esa curvatura de sus labios que decían muchas cosas sin necesidad de palabras.

—Ven aquí.

—Ah-ah —Lo detuvo diciéndole que no con un dedo.

Respiró profundamente, se lamió los labios, se dejó caer de rodillas y deslizó las manos por las fuertes piernas masculinas acariciando sus nalgas. Enganchó el elástico de los calzoncillos y los bajó dejando a la vista su erecto sexo. Se lamió los labios y levantó la mirada para encontrarse con una expectante. Jer estaba esperando a ver que hacía, su mirada llena de deseo. Aquello le dio ánimo para continuar, su lengua acarició la dura erección sobre la tela y finalmente, sus dientes se engancharon en ésta, tirando de ella hacia abajo, dejando libre la erección con la que pensaba darse un banquete.

Jeremy contuvo el aliento cuando la lengua femenina serpenteó sobre la punta de su erección, lamiendo la gota de líquido pre seminal que la coronaba. Su caricia fue suave, pero suficiente para hacerlo apretar los dientes y los puños que descansaban a ambos lados de su cadera. Aquella lengua rosada lo recorría desde la punta a la raíz provocándole deliciosos estremecimientos, la visión de ese pelo negro balanceándose al compás de sus movimientos era muy erótico y las ganas de tomarlo entre sus manos y hundir las manos en él se hacía cada vez más apremiante.

Su boca era pura dicha, una abrasadora delicia que lo envolvía y succionaba haciéndolo temblar. Entonces, esos carnosos labios se separaron y ella lo succionó, despacio al principio, como tanteando su tamaño, probando su sabor, buscando la mejor manera de tomarlo en su boca.

—Joder —jadeó lanzando la cabeza hacia atrás, sus caderas abalanzándose hacia delante sin previo aviso—. Sí, así... dios... cariño... sí...

Una pequeña succión, una pasada de su lengua envolviendo la punta de su verga, un pequeño pellizco de sus dientes... Se obligó a separar más las piernas para mantenerse en pie, esa mujer sería capaz de ponerlo de rodillas con su bendita boca.

Los gemidos de placer por parte de ella se alzaban por encima de la suave melodía de la música que había puesto al entrar en la habitación temática, una sinfonía mucho más agradable y erótica para sus oídos, una que muy pronto se vio coreada con sus propios gruñidos.

Sus dedos se le clavaban en las nalgas cada vez que se acercaba para succionarlo, sentía los testículos tan pesados que iba a explorar en cualquier momento. El sudor había cubierto su piel con una fina película, dejándola brillante y resbaladiza, su hinchado sexo no aguantaría más aquel asalto; iba a correrse.

—Muy bien... así... eso es... —La animaba, sin saber realmente si se lo decía a ella o a sí mismo—. Un poco más... sigue... oh sí, así...

No supo en qué momento sus manos vagaron al cabello femenino y se enredaron en él

acompañando los movimientos de su cabeza, pero cuando lo succionó incluso más profundamente, aquella fue su ancla. Sus caderas empezaron a moverse por propia voluntad, penetrando su boca como deseaba penetrar su sexo, suavemente, con cuidado, pero tan profundo como ella le permitía llegar. La tensión en su cuerpo amenazaba con romperlo si no se dejaba ir, necesitaba la liberación tanto como respirar y cuando ya no pudo aguantar más, ella lo apretó en su boca, lanzándolo directamente al orgasmo.

Lizzie tragó lentamente, bebiéndoselo, lamiéndolo a través del orgasmo hasta que los espasmos cedieron y el miembro se escurrió de entre sus húmedos labios. Levantó la mirada hacia él una vez más y se encontró con una traviesa sonrisa.

—Ah, cariño, creo que el conquistado aquí he sido yo.

Sonrió en respuesta, dichosa de haber podido darle un poco de lo que él le había dado a ella. Se levantó, con su ayuda, solo para terminar de nuevo entre sus brazos, pegada a su cuerpo mientras su boca se apoderaba de la propia en un húmedo e intenso beso.

—Conquistado —murmuró rompiendo el beso un momento—, ¿ese es el nombre de otro de tus juegos?

—No, cariño —negó con la cabeza—. El juego se llama «conquistada». Y ya estoy pensando en el título del próximo.

Enarcó una ceja.

—¿Debo preguntar?

La abrazó, apretándola contra él.

—Ese sería... —deslizó los labios sobre su oreja—. «*Arrasada*».

Um. No iba a decirlo en voz alta, pero, ese juego lo había puesto en práctica en el mismo momento en que la salvó.

CAPÍTULO 9

—No deja de ser curioso cómo cambian las cosas, ¿eh?

Jeremy se giró para ver a su padre, cerveza en mano, parado a su lado. Su mirada estaba puesta en sus hijos y las mujeres que estos habían traído consigo; toda una declaración de intenciones.

Se habían reunido en el rancho familiar para celebrar el cumpleaños de su progenitor, una excusa como otra cualquiera para reunir a toda la familia en el mismo lugar.

—Si lo dices por la mocosa que está colgada del brazo de Gabe, no vas a decirme que no es algo que esperabas que ocurriese, antes o después.

Fiel a su estilo, su padre se limitó a encogerse de hombros.

—La vida da muchas vueltas y no siempre en la dirección adecuada —comentó, mirándole de reojo—. Pero incluso eso puede enmendarse.

Sonrió de medio lado y contempló a su gente. Reaver se estaba haciendo cargo de la barbacoa mientras Abby, su chica lo importunaba arrancándole de vez en cuando una carcajada.

Estúpidamente, le envidiaba y no era al único. Incluso Wolf y Casio habían sido capaces de arrastrar a Mai, quién parecía estar a punto de cometer suicidio si alguno de ellos se le acercaba aún más. La pobre chica estaba avergonzada, casi aterrada, posiblemente reconcomiéndose por dentro por lo que pensarían sus padres de tan extraña relación.

—Mamá debería salvar a Mai y decirle que no la van a quemar en la hoguera —comentó divertido—, la pobre chica parece lista para lanzarse al fuego si cualquiera de sus hombres la acorrala una vez más.

Su padre se rio entre dientes.

—¿Y meterme en los asuntos de tu hermano pequeño? Ni lo sueñes —respondió de buen humor—. Ya se encargará él de introducirla en la familia, si eso es lo que desea.

Y esa era la mentalidad de sus padres. Mientras sus hijos fuesen felices, como si decidían casarse con una cabra.

—No, tus hermanos no me preocupan —continuó y lo miró de reojo—. Cada uno, a su manera, se ha hecho cargo de sus propias vidas.

Enarcó una ceja, las palabras que no había dicho pero estaban allí le picaron como el aguijón de una avispa.

—¿Y te preocupo yo? —se echó a reír—. ¿Desde cuándo? Ambos sabemos que, del cuarteto, soy el más sensato.

La mirada que le dedicó decía claramente lo que opinaba de tal afirmación.

—La sensatez no es una de tus cualidades, Jer —aseguró con sorna—. Tienes muchas, pero esa no es una de ellos, hijo.

Se rio a su vez.

—*Touchè* —admitió divertido—. Pero incluso así, no es necesario que llames a los Rangers.

El hombre se giró al escuchar el ladrido de uno de los dos labradores que vivían con ellos,

entonces se volvió hacia él y le apretó el hombre.

—No, ya no hace falta que los llame.

El misticismo en la voz de su padre lo llevó a darse la vuelta y comprobar que era lo que había llamado su atención y allí estaba ella.

Vestida con unos jeans y camisa de cuadros, el pelo atado en una coleta alta y gafas, su dulce y tímida ratoncilla hizo acto de presencia.

Las dos últimas semanas se habían estado viendo esporádicamente, sin compromiso de ningún tipo, sencillamente disfrutaban de salir a comer o jugando en el Triple Trouble. En una de las últimas cenas que habían compartido la había invitado a asistir a la barbacoa, pero las dudas que había visto en los ojos femeninos habían hecho que dejase en sus manos la decisión de ir o no.

Lizzie le gustaba, más de lo que estaba dispuesto a confesar, pero no quería precipitarse, no había necesidad de ello. El compromiso podía estar hecho para ciertas personas, pero no para él, al menos no todavía.

—Ve con ella y dale una cerveza —lo instó su padre—, hoy hace un calor de mil demonios.

Dicho aquello, dio media vuelta y fue hacia Wolf, dispuesto a explicarle al menor de los Falcon como se hacía la carne.

Sacudió la cabeza, sonrió para sí y salió al encuentro de su chica. Su chica, no dejaba de sonar curioso y divertido a la vez. Él, uno de los hombres con menos interés en comprometerse, estaba pensando en una mujer como algo que podría ser, en cierta forma, permanente.

—Hola —saludó ella al reunirse por fin.

—Hola, cariño —la recibió con un beso—. ¿Qué tal el viaje? ¿Has tenido algún problema para dar con el lugar?

Sacudió la cabeza.

—No. Tus indicaciones y el GPS han sido de gran ayuda —aceptó. Estaba cohibida, nerviosa, mirando todo con recelo—. Yo... espero no llegar tarde.

—Para mí has llegado justo a tiempo, Liz —aseguró rodeándole la cintura y atrayéndola hacia él—. Gracias por aceptar mi invitación.

—A ti por invitarme —aceptó ella, derritiéndose en sus brazos. Esto era algo que le encantaba de ella, la sinceridad con la que mostraba sus emociones, con la que se entregaba a él y a sus juegos—. Esto... le he traído un regalo a tu padre.

La sorpresa del detalle lo llenó de ternura. Su pequeña ratoncita siempre tan detallista.

—Es una botella de vino —declaró levantando la bolsa—. Es de la bodega de mis tíos. Tienen unos viñedos en la Toscana y siempre nos mandan unas botellas.

Le quitó la bolsa, mantuvo el brazo alrededor de la cintura y la instó a caminar.

—El mejor de los regalos, te lo aseguro. —Su padre era un gran catador—. Gracias.

Negó con la cabeza, sonrojada.

—No tienes que dármelas.

—Hay muchas cosas que me encantaría darte, cariño, pero me temo que por ahora, tendrás que esperar —le dijo, susurrándole al oído—. A menos que quieras que demos un espectáculo digno de recordar.

—¡No! —El gritito que emergió de su garganta fue lo suficiente alto para que lo escuchasen todos y se girasen en su dirección. Ella enrojeció al instante, encogiéndose contra él—. Ay dios.

No pudo evitarlo, se echó a reír.

—Jer, deja de martirizar a mi secretaria —clamó Wolf con tono divertido—, y dale algo de beber.

—Aquí no es tu secretaria, hermanito —declaró en voz alta, sin dejar de mirarla—. Es mía.

—Y eso es una declaración de intenciones en toda regla —se rio Casio—. Elizabeth. Ni se te ocurra marcharte a la competencia, si hace falta te doblamos el suelo que te ofrezca ese mentecato.

Si se arrimaba más a él acabaría fundiéndose con su cuerpo, pensó divertido.

—Me gusta mi trabajo actual, gracias, no tengo intención de cambiarlo —comentó ella luchando con la vergüenza—. Y tú no digas estupideces.

La abrazó, impidiéndole escapar al tiempo que buscaba sus ojos.

—No he dicho ninguna estupidez, nena —contestó con sinceridad—. Yo te he conquistado y ahora eres mía. Toda mía.

Bajó la boca sobre la suya y la besó, sin importarle quién estuviese mirando, deseando que lo estuviesen haciendo pues así quedaría constancia de sus propias palabras. Quizá su relación no saliese bien, quizá terminarían separándose en el futuro, pero sin importar lo que sucediese mañana, hoy ella era suya, su conquistada.